

punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

No. 239
ISSN: 0188 - 381X

R
U
T
A
S
D
E
V
I
A
J
E





punto
de partida

No. 239

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers

Rector

Rosa Beltrán

Coordinadora de Difusión Cultural

Anel Pérez Martínez

Directora de Literatura

y Fomento a la Lectura

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada

Edición: Aranzazú Blázquez Menes

Redacción: Alejandro Arras

Diseño original: Jonathan Guzmán

Diseño de este número y

dirección de arte: Anilú Zavala

Difusión: Axel Alonso

Asistencia secretarial: Silvia Rodríguez

Impresión en offset: Litográfica Ingramex, S.A.

de C.V. Centeno 162-1,

Col. Granjas Esmeralda, Ciudad

de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura y

Fomento a la Lectura, Zona Administrativa

Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad

Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México,

04510.

www.puntodepartida.unam.mx

www.puntoenlinea.unam.mx

Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a

puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524.

Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

 @Puntodepartidaunam

 @P_departidaunam

 @puntodepartida_unam

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos, forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

MAYO — JUNIO

EDITORIAL

RUTAS DE VIAJE

CARRUSEL

TINTA SUELTA

Editorial 5

ww. Fabián Espejel 8

Cállate ya la boca. Efrén. Rocío Saucedo 12

Prometeo redimido, la ciudad tras el volante

Alfonso Salas 18

La canción de la llanura. Jorge Martínez 22

Postales. Carlos Ávila Villamar 26

Los azules en Argentina. Alma Itzel Franco 28

Itinerarios de unos cuantos viajes fracasados

Armando Gutiérrez Victoria 32

Una mañana londinense. Itzel Romi 35

Amarearse: ensayo de vida en el mar

Cindy Hatch 39

Sin más de cincuenta pesos. Eduardo Rodríguez 42

Rutina. Chejo García 48

Viajar con los libros. Bernarda Rebolledo 51

El camino. Sama Vagamontes 54

Postales. Ámbar Lucila Michel de la Selva 61

Camisa de Antonio Lee Lau. Paloma Muy Kuay 63

Sabino. Andrea Luna 66

Retrato a Villaurrutia o la presencia del vacío 72

César Cañedo

Fuck tu grupo: el arte de la periferia

Mateo Peraza Villamil 78

Un viaje por la pandemia. Daniela Romagnoli 87

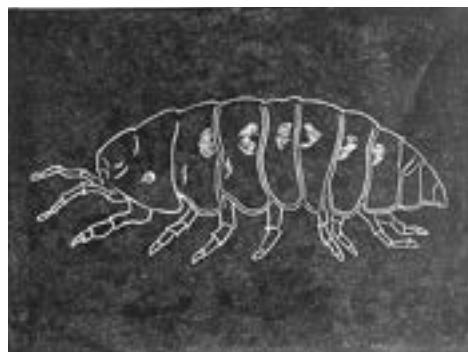
Colaboradores 91



Adelfo Cristóbal
(Santa Cruz de Villagómez, 2000).
Fotógrafo y diseñador gráfico. Estudia la licenciatura en Arte y Diseño en la UNAM. Ha trabajado en proyectos de fotografía, video documental, editorial, retrato y diseño editorial.
@adelfopc



CONTRAPORTADA / A CONTRALUZ



Alejandro Díaz (Oaxaca, 1992). Estudió Psicología en la UAM Xochimilco. Cursa la maestría en Estudios Psicoanalíticos en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Editorial

CON ESTA EDICIÓN LLEGAMOS A MEDIO CAMINO DE ESTE AÑO y al número 239 de *Punto de partida*. Comenzamos a bombo y platillo con un poema de Fabián Espejel, a quien celebramos con gran alegría por haber obtenido el Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes 2023. Abrimos, pues, con “Bitácora de un marinero”, que se mueve entre el verso y la prosa, y que espejea la biografía —de Harry Martinson— y la reseña —de su *Aniara*— para encaminar a la poesía hacia el viaje más incierto que podemos imaginar: más allá de nuestra órbita y de nuestra era. La celebración continúa con “Cállate ya la boca, Efrén”, de Rocío Saucedo, finalista del I Premio de relato UNAM-España sobre la experiencia de la migración latinoamericana en España: un día en la vida de Juana —mexicana en Barcelona al igual que ella— le basta a Saucedo para dar cuenta de la explotación laboral y las desigualdades que viven las mujeres migrantes a través de un diálogo entre el pensamiento de la protagonista y el reclamo persistente de quien fue su pareja.

Ambos textos dan pie al tema del número: RUTAS DE VIAJE. Sobre el camino, en ambos sentidos de la palabra, Alfonso Salas reflexiona en “Prometeo redimido, la ciudad tras el volante” acerca de los ritmos urbanos y los cambios que propició la modernidad industrial en la experiencia de los trayectos y el espacio. Jorge Martínez, autor del cuento que sigue, nos transporta a un espacio totalmente opuesto; en “La canción de la llanura” el desierto es más que un paisaje, es la áspera tinta con la que delinea la atmósfera, el habla y cada rasgo de sus personajes. Después, el poema “Postales”, de Carlos Ávila Villamar, que habla de la impersonalidad de esas imágenes viajeras, figura como la primera de las dos columnas de Hércules. Sus versos abren la puerta a una serie de crónicas y ensayos sobre viajes actuales, históricos, imaginarios y literarios.

Así, comenzamos el itinerario en el sur del continente con “Los azules en Argentina”, de Alma Itzel Franco, que acompaña con fotografías de su viaje. La fascinación de este ensayo contrasta con el desencanto de los viajes que marcaron a grandes escritores, “víctimas de los imaginarios desmedidos”, como los describe Armando Gutiérrez en “Itinerarios de unos cuantos viajes fracasados”. Desde el otro lado del Atlántico, la crónica de Itzel Romi nos cuenta las peripecias que vive durante “Una mañana londinense”, y de este lado, desde un mar que podría ser todos los mares, Cindy Hatch pone a prueba los pros y los contras de “Amarearse...”, es decir, de vivir al borde de estas inmensas profundidades. “Sin más de cincuenta pesos” es una crónica de Eduardo Rodríguez sobre un clásico de clásicos en cuanto a viajes se refiere: el raite, mientras que en el cuento “Rutina”, de Chejo García, Bilbao es el escenario donde se cruzan las rutinas de dos personas muy distintas. Bernarda



POESÍA



NARRATIVA



ENSAYO



ENTREVISTA



RESEÑA



ILUSTRACIÓN



FOTOGRAFÍA

NARRATIVA
GRÁFICA

Rebolledo nos invita a través de su ensayo a otro tipo de travesía, aquella que logramos mediante las palabras de otros sin necesidad de transportarnos a un lugar distinto. Después, en una crónica de Sama Vagamontes titulada “El camino” desfilan, a través de su mirada, estampas de la peregrinación al Santuario del Señor de Chalma; un viaje espiritual que David Robles capturó en las fotografías que acompañan este texto. Ahora nos encontramos con la segunda columna hercúlica: un ensayo breve sobre el encanto de las “Postales”, a mano de Ámbar Lucila Michel de la Selva.

Continúa el proyecto “Camisa de Antonio Lee Lau”, en el que Paloma Muy Kuay plasma la historia migratoria de su familia en un mapa textil. El *dossier* cierra con el cuento “Sabino”, de Andrea Luna, una historia oscura que nos recuerda que huir no siempre despistará a nuestros demonios.

El Carrusel, de aparente brevedad, lo inaugura César Cañedo con un ensayo que nos ofrece otras claves para releer la poesía de Xavier Villaurrutia. Por su parte, Mateo Peraza Villamil convocó a los integrantes del Centro de Experimentación, un proyecto interdisciplinario que se está abriendo camino, desde la periferia, para transformar los estándares literarios y artísticos de la escena cultural yucateca. Para este número Diego Tapia, Tamara Vega, Alejandro Díaz, Yola Reyes y Adelfo Cristóbal nos compartieron imágenes que expanden y acompañan estos viajes literarios, por ello les agradecemos sus fotografías, ilustraciones y linograbados, al igual que a Daniela Romagnoli, autora del cómic de Tinta suelta, que nos transporta a los momentos más confusos de la pandemia.

Los dejamos recorrer estas rutas de viaje que, de cierta forma, también son un retrato de las viajeras y viajeros que las llevan a cabo, movidos por el placer, la urgencia, la fe o la búsqueda de sentido. 📍

Aranzazú Blázquez Menes

RUTAS DE
VIAJE



Bitácora de un marinero

FABIÁN ESPEJEL

a Harry Martinson

Origen:

la tierra de Doris.

Destino:

Venus o Marte.

Duración aproximada del trayecto:
algunas semanas.

Tiempo de permanencia:
indefinido.

Causa:

el aire tóxico;

la tierra yerma;

la radiación o el uranio;

la supervivencia.

Vehículo: la goldondra Aniara,

una nave espacial. Capacidad:
8 000 personas.

Fecha: muchos siglos después
de nuestros tristes calendarios.

Autor:

*

Huérfano de padre a los seis y separado de su madre al año siguiente, al cuidado de familias adoptivas y orfanatos al sur de Suecia, se hace marinero a los 16 y zarpa de Estocolmo, lejos de todo lo que se puede dejar amarrado a los puertos. Son los años del riel, del agua y los primeros aviones. Conocerá la cálida India, el verde Brasil y, sobre todo,



el mar. Quizá aprendió a extrañar las orillas del Dalälven, la silueta de los abetos o ciertas luces ahuyentando la nieve en Gotemburgo. Quizá piensa que él —y no las estrellas— es un punto bogando en otro cielo.

*

A veces

esquivar el impacto de un asteroide
es descarrilarse del rumbo.

Un anillo de rocas
puede provocar una avería parcial.
La luz,

la gravedad funcionan;
no así el motor.

No así
lo que se va cerrando entre la espera
y la deriva.

*

Vuelve a Suecia para curarse de una enfermedad pulmonar, sin empleo ni vivienda fijos. Comienza entonces su carrera de náufrago, con ocasionales vueltas al mar. Ocasionales balbuceos, circunnavegación de Magallanes.

*

Otra vez

—aquí nunca es de día—
algo sigue distante:
un algo que no fui, imposible.
Tal vez algún día se acerque.
Tal vez pueda aprender a verlo irse.



*

Segunda Guerra Mundial: guerra de Invierno: Hiroshima,
Nagasaki. Años de ceniza, horas de frío y una depresión nuclear.

*

Nadie controla
lo que se proyecta al interior
de los huesos:
un trago dulce,
una ventana
para abrir por algunos minutos
la salida.

*

La poesía, que también sabe abrir algunas puertas. Notas épicas.
Pentámetro yámbico. Qué importa si lírico o dramático, si descubrir
apuntes, bitácoras o un diario de viaje y decir las palabras que se
recogen en la orilla.

*

No hay amarras para la vista
que no sabe frenar.
La noche
es el único alfabeto de este viaje.
Todos los falsos vientos alisios
se cargan de humedad y se enfrían
porque adentro también oscurece.

*

En la oscuridad
se capturan también algunas gotas:
imposible saber
si cosmos o rocío.

*

Terminó con su vida en el Karolinska Hospital el 11 de febrero de
1978. Su poema “Visita al observatorio” fue incluido en *Sonidos de la
tierra*, los famosos discos de oro de la sonda Voyager. En 40 000 años,
la cápsula antiolvido alcanzará la estrella más próxima a nuestro sis-
tema solar. ¿Habrá alguien para ver qué sucede al término del viaje?
¿O arribará como un museo repleto de objetos y de huesos/ y plantas de
los bosques de Doris ya marchitas? La imaginación siempre va al lado
de la duda; a veces un poema es suficiente.

Este poema forma parte del libro *Antártida*
(FCE/INBAL/ICA, de próxima publicación),
Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes 2023.



Cállate ya la boca, Efrén

ROCÍO SACUCEDO

JUANA RÍOS SE MOVIÓ ENTRE LAS SÁBANAS. La almohada era aceite, sí, olía a... alarma: alarma: alarma. Aparatejo de mierda. Alarma: alarma: alarma. Ah, cállate. Alarma: alarma: alarma. Si agarras pa'riba del río llegas a Tomixtlahuacán. Alarma: alarma: alarma. No, no, no. Sí, cruzas el Atoyac. Alarma: alarma: alarma. No quiero. Me duele. Puedes trabajar así. Alarma: apágate, pinche mierda. Se me jode la conciencia. Alarma, carajo. Quien me arruinaste fuiste tú. Mi tobillo. Tu cara. Mierda, mierda, mierda. Contraseña. Se nos cayó La Lagunita y... mierda. Alarma, Efrén. Alarma. Tortura. Alarma. Contraseña. La Lagunita.

—Ah, ¿qué coños? —se dijo en voz alta.

Otra vez la maldita alarma. ¿Pues cuántas puse? Contraseña y golpe. Vidrio fosforescente contra la mesa. Lo miró con la esquina de un ojo. Una hilacha de luz rota recorría la pantalla. Animalejo de hierros falsos, pensó. Invento de gringos protestantes. Timbres del infierno. Cállate ya para siempre.

Volvió a cerrar los ojos. Timbre. Luz. Vibración. No quiero verte. No. Mi vida, maldita sea.

Mensaje: *Juana comenzabas hace diez minutos.*

Mensaje: *Juana vas a venir o no*

Mensaje: *Si no estas en 15 olvídate de venir siempre lo mismo con vosotros.*

Se incorporó en la cama. Escribió: *Estoy en diez.* Enviar.

Probó el suelo. La punzada en el tobillo izquierdo. Pensó que con dos saltos llegaría a la cocina. Su estudio en el Born medía poco más de 20 metros. Beneficios de la pobreza, pensó. El tobillo le crujía más de lo normal. 150 servicios la noche anterior. ¿Cuántos comensales era eso? ¿300? ¿200? Por eso soy mesera. Si ni contar puedo. ¿Y las manos? Los dedos agarrotados. Bah, sólo la mano derecha. Me vuelvo vieja. Mesera y vieja. Digo, camarera y vieja y usada. Y es que... Bah, no importa. Mi mano derecha... la que dicen que hay que descansar, pero... Tanto le pesaban los platos en la muñeca izquierda, tanto la quemaban; y la gente, la gente que no se acuerda qué pidió, mientras una está ahí que agoniza; y pues, mejor otro plato en la derecha; y es que hay que elegir qué mano se sacrifica para ganarse el pan.

Tonta, se dijo. Despierta.

Empezó a preparar el café. Quiso no leer la etiqueta.

COLOMBIA ARÁBICA 100% COMERCIO JUSTO

Gente blanca diciendo que le hacen al comercio con justicia. *Yoris* mintiendo como siempre.

—No empieces ahora, Efrén. No te me metas en la cabeza que me van a despedir.

Escuchó sus palabras solitarias reverberar en el vacío del piso. Tonta.

Maldito seas, Efrén. Qué no ves que es tarde. Serás necio, y seré necia yo. Ya lo sé. Es patético y es triste y es malaventurado. Dos euros malgastados en comprar mentiras para *yoris*. Los *yoris* se sienten mejor así. Ándale, tú hazles todo más digerible, me dirías. Esclavitud. Libre mercado. Encomienda. ¿Y cómo crees que acabé aquí? Comercio justo. Cállate, Venado loco. Ni modo de comprar el que admite ser comercio injusto en su ordinaria desvergüenza.

Así, haces bien. Quédate callado.

Sorbió su café. Recordó las tardes con Efrén. Los dos tirados en el petate. La olla de café en el fuego del anafre. Le contaba sobre el sufrimiento de perder su tierra una y otra vez. Luego le decía: échale doble de piloncillo, Juanita. Entonces, con la boca empalagosa, le enseñaba palabras en su lengua.

A su padre, el altivo Capitán, esto no le parecía nada bueno. Le decía: deja al Mayo, está loco. Lo que busca no existe. A sus 15 años, la empezó a llamar señora de la Nada. Pobre señora Nada, no se le ocurre cómo estar en paz en su casa. Bueno, papá: tú estás muerto y la Tierra Caliente muy lejos. Cállate, viejo vencido.

Dejó el café a medias.

Bajó las escaleras de salto en salto de pie derecho. El tobillo izquierdo empezaba a calmarse. Se enfiló por la calle Princesa esquivando turistas pululantes sin sentido. Caminó lo más rápido que pudo con la cojera.

En la esquina con Vía Laietana tuvo que parar en seco. Un río inhóspito de gente. ¿Ahora qué? Independencia o impuestos o huelga. ¿Seguía dormida? ¿Día de la Hispanidad? Si es primavera y esa chingadera es en octubre, Juanita. Cállate, Venado Negro. Tú qué vas a saber de temporadas si eres polvo seco en Tierra Caliente. Ah, sí es lo mismo. ¿De qué servía contestarle? Efrén, el siempre entrometido y sin orejas.

Banderas, pensó. No iban con las banderas usuales a rojo y amarillo. Gualda, al amarillo se le dice gualda aquí. No, ni rojo ni amarillo. Morado. ¿Se dirá aquí violeta? Juana, todos estos años aquí y sigues sin saber nada, señora de la Nada. Río violeta que fluye lento y a gritos con dirección al paseo de la reina Isabel. Allá se van a ver las caras de piedra de Cortés y sus amigos. O se irán a ver la estatua de Pedro de Margarit. No, de ése no se acuerdan. Ven al indio hincado y ni se preguntan quién es. A Barcelona no le importan los indios hincados. Sólo yo sé quién era porque mis gentes eran las que eran. *Yoris* morados. Cállate, Efrén, que tengo que llegar al trabajo. Morado, digo violeta. Tanto violeta. Humanidad. Cuánta humanidad.

Comenzó a cojear a contracorriente. Antes nadaba en el río con tanta facilidad, sacaba la cabeza y veía las montañas como islas flotantes en el cielo. Antes de unirse al Partido. Antes de la Brigada. Antes de que llegará él. Efrén, el Mayo. Efrén, el Venado Negro. Efrén, su revolucionario. Lo recordó caminando frente a ella en la sierra. Sus pasos alargados. Su espalda cargada. Su cabello negro y lacio. El río ya lejano desde entonces. Empujón. El tobillo y un codazo la sacó del ensueño. Grito en la oreja. Catalanas. Muchas catalanas.

—¿Qué coños? —se dijo en voz alta.

Entonces vio la bandera violeta. El signo de Venus. Era el maldito Día de la Mujer. Pancartas. Señoras con tambores. Muchachas, muchas muchachas. Adolescentes. Lindas. Güeras. *Yoris*. Cállate ya, Efrén. Ahora no puedo. Efrén: tú estás muerto y



Guerrero muy lejos. La Lagunita en su río. La Lagunita. Siento envidia por ellas, Efrén. Deja de decir *yoris*. Si hubiéramos sido más *yoris*, hubieras vivido. Habríamos tenido venaditas blancas. En Lagunita, Efrén. No, no, no. Tienes razón. Ni muerto te callas. Y tú estás bien muerto, Efrén. ¿Qué no ves que no puedo con mi vida?

Cerró los ojos y empujó como si tuviera que seguir la avanzada en las noches de la Brigada. Ventajas de la pobreza. Nadie sabe abrirse pasos a mordidas como una mujer coja y pobre. Logró franquear el cauce violeta que se vertía por Laietana y llegar a la otra orilla. Entró al restaurante.

La luz fría fluorescente le heló la sangre. Nunca se acostumbraría. El frío también entra por los ojos. *Hits* de los 40 principales. El ruido del aire acondicionado. Franquicia inalterable, no vaya a ser que el capital se pierda. Las horas de tu vida valen seis euros cada una. Después de pagar impuestos al reino. Las horas extras pagan por la comida. No vaya a ser que sueñe usted, señora de la Nada. Su jefa la miró de reojo con mala cara desde el otro lado del salón. Estaba lleno.

Otra vez sirvienta en la revolución, pensó. Tiró el bolso al otro lado de la barra. Deseó no tener tobillo. Tomó el móvil del restaurante: otra vez tú. Insensible piedra protestante. Dos jovencitas con símbolos de Venus trazados al violeta sobre las mejillas levantaban la mano en la mesa dos. Parecían desesperadas. Tendrán prisa en su manifestación, había que llegar al paseo de la reina Isabel a tiempo para contonearse a gritos debajo de Pizarro.

—Buenos días —dijo Juana.

—Dos cafés solos —contestó una de ellas sin levantar la mirada.

Haz el esfuerzo de mirarme a la cara, muchacha grosera. Caminó lo más rápido que pudo detrás de la barra para preparar el café. Sentía la mirada de la jefa. Ah, está lejos. Ni modo que me despida ahorita. Dos cafés injustos... ¿por favor? Ni hola, ni buenos días, ni gracias. Ni una mísera mirada. Qué les enseñan en sus casas. *Yoris*. Quémales el café. Calla esa boca de muerto, Efrén. Tengo que pagar el alquiler. Tengo que sobrevivir en la tierra. Si de verdad me hubieras querido no te hubieras ido a dejar matar. ¿Es éste?, me preguntaron. Sí, señor, es ése. Tu brazo muerto y roto. Tu cara morada e hinchada y sin orejas. Mi tobillo. Violeta.

El café salía despacio. Mientras esperas a que se haga no te quedas ahí pensando, le había dicho la jefa. Si tienes tiempo para pensar, tienes tiempo para limpiar. Pasas la bayeta por la barra o metes una carga al lavavajillas o vas y coges otro pedido. Si tiene tiempo para pensar es que no le estoy sacando cada gota de su alma, señora de la Nada. El café justo cuesta dos euros más, si gano a seis la hora eso significa que comprar el consuelo de los *yoris* me sale a 20 minutos de mi vida. Si tuvieras 20 minutos de aliento, Efrén, ¿qué harías? Te irías a Acapulco, asaltarías el Banco de Comercio una y otra vez. Nunca te tocó ese encargo y estabas resentido con Lucio. Quémales el café. Calla, Venado Negro. No estarías aquí. El único gozo que sentirías sería al lado de Lucio Cabañas. Jamás vendrías aquí, a Europa. A verme convertida en señora de la Nada. Triste sirvienta de *yoris*. Quédate allá. Serás más feliz siendo polvo en Tierra Caliente, Efrén. Déjame ir. Yo sé, yo sé que te dejé. No podía ver ya las aguas del río. No podía ver la sierra desde Acapulco. Déjame mis euros en paz.

Se le enfrió el café de las muchachas feministas. Que así se lo tomen, *yoris*. La jefa seguía del otro lado del restaurante. Caminó con los cafés en la mano. El tobillo izquierdo y el dolor punzante. Llegó a la mesa y acomodó las pequeñas tazas de café enfrente de cada una de las muchachas.

—Un *croissant*.

La mirada fija la una en la otra. Tendrían unos 20 años. Yo estaba aún más chiquilla cuando te conocí. 20, qué son 20 años ahora. Ahora sólo importan los minutos. Tendría 20 minutos para no estar aquí si hubiera comprado café injusto, 20 minutos para estar sentada. Se fue cojeando a la barra.

—Pensé que no ibas a venir, pero luego pensé que tú jamás te irías de huelga. No es tu estilo.

Era Rosa, la de Nicaragua.

—Qué odiosas, ¿por qué la gente no puede pedir todo al mismo tiempo?

—Ni me digas. Todos los días lo mismo. Te ves muy mal.

—Estoy cansada. La estúpida no podía cuadrar la caja ayer en la noche y nos fuimos muy tarde.

—Casi no vengo hoy. Sí me tentó la huelga. Pero me levanté y sólo de pensarlo, te lo juro que me empezó a doler el estómago. Ponerme a buscar otro trabajo, las entrevistas, el permiso de residencia. No, no se puede vivir así. Alejandra sí que no vino. Claro, ella ya tiene el pasaporte.

—¿Cómo?, ¿hay huelga?

—¿No te enteraste? Ahora dicen que las mujeres están haciendo huelga todo el día. A mí nadie me avisó. Ayer me enteré. Alejandra me preguntó que si no había avisado. ¿Avisado de qué?, le digo. Al parecer aquí tienes que avisar que vas a hacer huelga.

—A mí tampoco nadie me avisó.

—Si es para españolas, ¿qué te piensas? Si ni a convenio llegamos. ¿Cuántos domingos te has tomado en tu vida?

—Pues muchos en México. Ya, es que nosotras no somos mujeres.

—Ahí viene.

Las dos se escabulleron. La estúpida de la jefa en la barra. Rosa en la mesa 15, ágil. Juana en la 2, coja. Soltó el plato con el *croissant* lo más rápido que pudo para evitar cualquier reclamo. Jódanse, muchachas groseras. El tobillo. Efrén, estás empezando a hablar como español.

Mesa 4. Orden. Aparatejo del infierno. Café con leche. Pálida luz eléctrica. Zumo de naranja. Tobillo izquierdo. Gritos allá afuera. Huevos rotos. Muñeca izquierda. Rosa, tan jovencita. Ojo derecho. Jefa. Eje izquierdo. Venus. Violeta. Tu cara morada e hinchada, Efrén. Huelga. Al menos no lo echaron al mar desde un avión, hija. Ay, Capitán. Eso en qué alivia. Al menos lo viste muerto. La Lagunita. Atoyac. Las aguas del río no llegaron a la casa. Otro *croissant*. Ningún español nunca ha dicho un *por favor* en toda su vida. Quémalos, *yoris* violetas. Cállate, Venado Negro. Que se me olvida la orden antes de meterla en este aparatejo protestante. Mesa 6. Zumo de melocotón. Colacao. Tu brazo izquierdo roto. Vete a Acapulco, una señora extranjera necesita quién le haga la limpieza. Todavía puedo ser maestra, papá. La Lagunita.



Roberto Pla, *Lolita Tapería*, de la colección *El mundo dibujo a dibujo*. CC BY-NC 2.0

Los hombres. El tobillo roto. La casa. Las cenizas. Su presencia aquí nos pone a todos en peligro, señora de la Nada. Hay trabajo en Acapulco. Café cortado. Barcelona.

—La estúpida no te quita el ojo de encima.

—¿Por qué estamos aquí, Rosa?

—Porque somos pobres, Juanita.

—Un día me voy a sacar la baja por el tobillo. Luego la incapacidad, vas a ver.

—Hoy estamos optimistas. No te veo haciendo esa maldad, con lo tranquila que eres.

—Estoy tan cansada. No te puedes imaginar lo cansada que estoy.

—Llevo trabajando todos los días desde hace dos semanas.

Para qué decir que eso es ilegal. Para qué decir que hay que derrocar a los ricos.

Para qué decir que hay que hacer valer el derecho a poseer y trabajar la tierra. Aire acondicionado. Pop español. Mesa 2. Debías unirme a la huelga, señora de la Nada. Quiero paz, papá. Quiero paz. Estoy tan cansada que podría dormir para siempre. Las muchachas con la mejilla violeta cuentan monedas para pagar el café. Dos céntimos de propina.

La jefa por fin la agarró en la barra.

—Es la tercera falta leve en lo que va del mes.

Es la quinta vez que violas mis derechos laborales este mes, pensó Juana. ¿Estúpida, crees que no sé leer?

—No volverá a suceder.

—Siempre lo mismo con vosotros. No sé cómo será en vuestro país, pero aquí se respetan las horas laborales.

Para qué decir que eso es mentira. *Yoris*. Cállate, Efrén.

—El convenio dice que tiene que haber 12 horas entre turnos.

—Y el convenio dice que con tres faltas leves te puedo hacer un despido procedente. Al finalizar tu turno pasas a verme. Tenemos que hablar.



Siempre las amenazas. No hay día en la vida del pobre en el que no haya amenaza alguna. ¿Para eso había venido a España? A que las amenazas se repitieran en su ordinaria vergüenza. *Yoris* a la leña verde. Calla, Venado Negro. ¿Qué no ves que me van a despedir? ¿Qué no ves que estoy agotada?

Mesa 16. Luz verde. Huelga. Me voy a la huelga. *Yoris*. Sí, huelga de *yoris*. Nadie nos invitó. Café cortado. La gente siempre pide las mismas cosas. Tortura. Pop español. Aire acondicionado. *Yoris* morados en la calle Princesa. ¿A poco ya no me amas? La Lagunita. El café. Si me levantan, mi Juanita, estaré pensando en ti para siempre. Nunca vivas hincada. El polvo no habla, Venado Negro. Tú estás muerto. El frío se mete por los ojos. Cinco céntimos de propina. Barcelona. Alquiler.

Malditos *yoris*, si la tierra siempre vive. Despierta, tonta.

Ah, los ojos negros del Venado. Vivos en alguna panza de luciérnaga que vuela por los cerros. Siempre la convencía de todo. Sus piernas de jovencita flaqueando otra vez de imaginar su brillo. El tobillo izquierdo dolía y dolía bien.

Cojeó menos camino al almacén. Busca un banco. Cállate, Efrén. Las cosas ya no son como eran antes. Ahora no se pueden asaltar los bancos así, de buenas a primeras. Qué va a saber un pedazo de polvo de Tierra Caliente cómo sobrevivir. Tantos años siendo una inmigrante modelo. Son *yoris*, Juanita. Calla, Venado Negro. ¿Qué no ves que estoy ocupada? Ya para qué hablas tanto.

La ventaja de que todos los jefes sean estúpidos es que se creen invencibles. La había visto más de una vez meter el sobre con las ventas del día en un congelador. No le costó nada encontrarlo. El banco de comercio. Las ventas al aire acondicionado. Derrocar a los ricos. Brigada de Ajusticiamiento. Franquicia inalterable. Tu brazo izquierdo. Tu cara, Venado Negro. Tus cabellos lacios. Una y otra vez. Hacer valer el derecho a tener educación, vivienda, cultura, higiene, salud y descanso. Tu espalda en la sierra. Tobillo. El olor de tu boca a café empalagoso cuando acercabas tu cara para hablarme de cerca. El sobre.

Juana Dos Ríos tomó ordenes de café durante seis horas más. El sobre metido en los calzones. Al terminar el turno no se despidió. Dejó el móvil del restaurante en la barra y se fue cojeando por la Via Laietana ya vacía. Caminar con dolor fue tan fácil como nadar en el río Atoyac. Compró café injusto y mucho piloncillo. Panela, aquí se llama panela. Venado Negro, cuando estabas vivo me abrazabas cuando hacía bien. Levantó la cabeza: los edificios como islas en el cielo. Timbre. Mensaje. Aparatejo del infierno, hasta crees que te voy a ver. Era la jefa. Golpe. Vete a rodar por el río desaparecido de Laietana. Vete a caer a los pies de Isabel. Se sacó el sobre de los calzones y lo puso en el bolso. Tenías razón, papá. El Mayo me arruinó la vida para siempre. Lo que busco no existe.

Subió las escaleras a saltos de pie derecho. Se sentó en la cama, su cabello aún olía a aceite de restaurante. Puso el café injusto en la olla. Se echó en el petate de la cocina. Cerró los ojos para oler bien.

Te amo, Juanita. Calla tu boca de muerto. Cállate ya la boca, Efrén. **P**

Relato finalista del I Premio de relato UNAM-España sobre la experiencia de la migración latinoamericana en España, convocado por el Centro de Estudios Mexicanos de la UNAM en España, el Festival Centroamérica Cuenta y la Revista de la Universidad de México.



Prometeo redimido, la ciudad tras el volante

ALFONSO SALAS

I

EL RELOJ DIGITAL MARCA LAS TRES DE LA MAÑANA. En la radio inicia el programa de jazz que escucharé durante las próximas cuatro horas, hasta que salga el sol. Sentado frente al volante, veo mi rostro en el espejo retrovisor y pienso mi nombre. Al hacerlo recobro la noción de realidad que he perdido últimamente. El hábito de conducir durante la noche ha generado en mí una sensación de neblina mental, un tipo de *jet lag* que trato de regular con música y la escritura de un diario para registrar el transcurso del tiempo. En esa mirada encendida apenas por la luz del alumbrado público, recuerdo quién soy. Al celular llega la notificación de un nuevo viaje. Enciendo el auto y me dirijo a recoger al siguiente pasajero.

Hace un tiempo comencé a conducir en Uber. No había forma de hacerme a la idea de un trabajo de oficinista, con horario fijo de lunes a sábado y una hora de comida, haciendo cosas que una máquina podría hacer mejor que yo. Encontraba en la calle un respiro que pocos oficios proveen cuando se trata de buscar el sustento. Acudí a un esquema de auto rentado. El dueño de una flotilla me ofreció lo que a todo novato: turno nocturno, de seis de la tarde a seis de la mañana. Jornada extenuante, aunque mejor que la contraparte diurna, la cual se vuelve una tortura por el tráfico ciudadano. Pronto ese horario de trabajo trastocó mi ciclo de sueño y la forma de mirar el mundo.

Hay algo de ocio en todo esto, pienso. La oportunidad de conocer la ciudad desde otro punto de vista y, sobre todo, alejarme de la desidia tras una ruptura amorosa fueron los principales motores que me llevaron a esa búsqueda. Una búsqueda personal que, no obstante, carecía de una meta prevista. Errar, andar sin rumbo, una actividad que encuentra en la desorientación y el delirio un motivo para alejarse del mapa. *Si he de vivir que sea*

sin timón y en el delirio. A la manera del *flâneur* invocado por Baudelaire, entregué mis noches al vagabundo en cuatro ruedas, sin otro destino más que el cálido deseo de otros viajeros por llegar a casa.

Viajar no siempre significa llegar a un lugar. Muchas veces se trata de un movimiento interno, un desplazamiento que restituye al viejo código para liberar el alma, según lo explica Montaigne al hablar de la soledad: “no basta con cambiar de sitio; debemos apartarnos de las disposiciones populares que están en nuestro interior; hay que separarse y retirarse de sí”. Desembarazarse de uno mismo: imperativo que asocio con la sensación de fuga, dinámica y rejuvenecedora, impulso único en esa lucha contra la nostalgia del amor perdido. El caos ciudadano, mi balada: ritmo y prisma a través del cual se contempla el misterioso (des)orden de la improvisación jazzística.

II

La visión del mundo cambia cuando pasas más tiempo dentro del automóvil. Su configuración permea la idea del trayecto mismo. Música, temperatura, calidez, todas las comodidades necesarias y a una velocidad de desplazamiento constante y creciente. Al menos, ésas eran algunas promesas que nacieron con la movilidad moderna durante la industrialización.

A finales del siglo XIX tuvieron auge las máquinas de transporte impulsadas por energía de vapor. Con el aumento de vías terrestres y el surgimiento del turismo en masa, el ferrocarril y el barco de vapor se abrieron paso como una alternativa que reducía costos y tiempo en los traslados. En los relatos de viaje de esa época es común encontrar un desapego de los viajeros respecto a los paisajes. Esta nueva visión del mundo se debió al reajuste sensorial producto de la conquista



Diego Tapia. Rumbo al norte

física del espacio a través del poder mecánico. En el caso particular del ferrocarril, es común encontrar figuras que lo comparan con un proyectil irrumpiendo violentamente en la naturaleza. Al atravesar túneles y puentes, el ferrocarril ocasionaba una doble fractura: por un lado, abría espacios que no existían previamente y, por otro, destruía ese mismo espacio al erradicar la distancia que había entre dos puntos geográficos antes alejados. Esta experiencia lineal afectaba el espectro perceptivo de los viajeros. Su visión del paisaje era similar al efecto cinematográfico: un destello continuo producido por la interposición entre los postes paralelos a los rieles, la ventana y el entorno.

En las ciudades surgieron algunos de los primeros automóviles que comenzaron a prescindir de los animales de tiro. En 1885 se construyó el primer automóvil de tres ruedas con motor de combustión interna ideado por Carl Benz. Años después, los pilotos de carreras alcanzaron por primera vez los 65 km/h, velocidad máxima que superaba definitivamente cualquier otra forma de transporte tradicional impulsada con energía metabólica.

La velocidad como un signo de civilización recuerda al viejo y profundo deseo de volar. Una antigua utopía que, más allá de admirarse en la concreción cotidiana del aeroplano, se parece cada vez más al mito prometeico: máquinas que invocan con su estruendo viril una vana idea de conquista de la naturaleza y emancipación humana. Pero el carro de Helios se ha atascado en un embotellamiento muy real. Nos hemos convertido, más que en la versión astuta y liberadora de Prometeo, en su versión encadenada, inmovilizada con sus propios hierros sobre el Cáucaso, padeciendo la eternidad del tráfico a las cinco de la tarde en Periférico Norte.

Superar ante todo la soledad que parece constreñirnos, esa jaula privativa de belleza que da movimiento y peligro es la consigna. Como elementos que desencajan y saturan la vista a cada paso, el conductor moderno ha de reconciliarse con el entorno. Retomo la descripción precisa de Cortázar: “Un auto: como decir un farol de alumbrado, un banco de plaza. Nunca el viento, la luz del sol, esas materias siempre nuevas para la piel y los ojos”.



Pienso también en la soledad que se impone a los desheredados que sufren las consecuencias del aislamiento en el artefacto móvil. ¿Qué mejor ejemplo que Travis Bickle, personaje claroscuro de *Taxi Driver* (1976) al que da vida Robert de Niro? La complejidad de Travis se agota en su lucha constante por mitigar la soledad: “Soy el hombre solitario de Dios”. Antes de que se desencadenen los serios trastornos mentales que lo llevan a una redención sangrienta, Bickle sufre una interesante exploración personal a través del movimiento. En algún momento parece establecer una relación de ternura con la pequeña Iris, niña que es prostituida en una de las calles de Nueva York. Es el momento en que Travis mira verdaderamente a su entorno. Así, conjura el sopor que lo invade, rompe la burbuja de hierro y cristal para ver la realidad que tanto desprecia.

Privado de la libertad y de la posibilidad de contemplar la belleza, no le queda al viajero en cuatro ruedas más que ensayar otras formas de reconciliación con el entorno: bajar la ventanilla para espantar la indiferencia.

III

Para atenuar las ansiedades que provoca el temor a un asalto o esquivar a los conductores ebrios que se multiplican a estas horas, me digo que la Ciudad de México luce especialmente hermosa durante la noche. Entre sus múltiples hallazgos, posee un paño de ensueño que se reserva a los menos. Las luces rojas de los semáforos iluminan la calle creando atmósferas que me llevan a experimentar un encuentro con criaturas imaginarias. Deformadas por la luz eléctrica y el onirismo de las sombras, observo figuras desplazándose por los cables de luz a velocidad paralela; rostros en los espectaculares que acechan o cuidan el camino; fantasmas que se confunden con pasajeros y viceversa. En este transcurrir se pierde la certeza del tiempo.

En la Ciudad de México el flujo de personas es similar al de un corazón: movimiento que se contrae y se expande, bombeando ciudadanos a todos sus rincones a laborar. *Arterias viales* les llaman los locutores de la radio, como si de corrientes de sangre se tratara. En ese sentido, sí, la ciudad se comporta como una bomba enorme, un monstruo sanguíneo. Por las tardes, la convulsión se retrae e

impulsa con la misma fuerza a los ciudadanos que ya se dirigen a la periferia. Imagino lo siguiente: si cada latido de la ciudad equivale a un día para nosotros y el corazón promedio de una persona late 42 mil veces por día, podríamos pensar que la ciudad, en su propia escala de tiempo, cumple cada 115 años humanos un día de vida.

La calle respira. A través de poros, inhala y exhala por sus alcantarillas el vapor de sustancias radioactivas que corren bajo la epidermis de concreto. Mezclas de todo tipo de desecho y energías que dan vida al lagarto enorme. Sobre esa piel transitamos, como frágiles insectos o partículas de un fractal cuya imagen matemática cabría en el ojo de una mosca. Hay una belleza en todo eso, pienso, mientras acelero con la pretensión de capturar en mi diario las impresiones de seres fosilizados, perceptibles sólo con vista periférica.

En ciertas avenidas el carácter bestial de la ciudad es más visible. En vialidades como Alta Tensión, al poniente de la ciudad, imagino que estoy en la caverna de un cetáceo enorme. Quiero pensar que por un momento la ciudad me alberga dentro de su cápsula de carne. Avanzo por ese túnel sin fin que se abre con cada respiración. ¿Acaso no soy yo quien mira en ella una fábula, una metáfora o un signo? Prefiero pensar que es ella quien me revive momentáneamente, quien me describe desde su interior.

Como las utopías, la ciudad entera se revela como un monstruo cuyos límites se extienden conforme avanza en el navegador digital. Volver a casa al amanecer sin haber tocado el horizonte deja algo que desear. Pero en el fondo, sabes que esos límites no son sino una ilusión: siempre existirán otras fronteras, imaginarias o visibles, por traspasar. De este modo resuelves continuar la noche siguiente con la esperanza de superar un límite, de palpar la circunferencia en la cuadratura de un mapa propio.

Como el ensayista, el conductor a sueldo es un viajero entregado a la vagancia, a la especulación filosófica y al sentir de la vida: el movimiento, el tiempo, el atraso, la prisa, la duda, la certeza, el extrañamiento, el descubrimiento, el miedo, la desconfianza y, más aún, la confianza, porque ¿no es acaso una locura compartir ese no-espacio con desconocidos?, ¿el mismo que es para el conductor, por fuerza del tiempo que pasa en

él, un hogar? Conducir, pues, brinda una oportunidad para la reflexión, similar a la tradición filosófica de la vía negativa: esto es, conocer la verdad de las cosas no a través de lo que son sino descartando lo que no son. Así, más que ofrecer una respuesta clara, el conductor anima al pasajero, a veces con un silencio pasmoso, a encontrar en sí mismo la respuesta a sus propios problemas.

Conducir es seguir una línea intermitente que va formando una recta en el pensamiento. Veo una curva prolongada y acelero, luego una recta y otra curva que van formando una cartografía mental inédita. Como en los libros para colorear, voy uniendo los puntos sin despegar el lápiz del papel. Imitador de los primeros astrónomos en unir las estrellas del cielo, busco figuras que me hablen de algún destino, de un significado oculto más próximo a la metafísica que al camino-concreto que ahora recorro. Conectar dos puntos, luego otro y otro, hasta obtener al final de la jornada una cartografía para darle relieve a los sueños. Conduzco para trazar una cosmología personal de la ciudad. **P**

Alejandro Díaz. *Camión*





La canción de la llanura

JORGE MARTÍNEZ

Y CABALGANDO FUE COMO LA ENORME VASTEDAD DE LAS LLANURAS se incrustó en las pupilas del forastero. Sólo el eco del galope interrumpía el silencio mineral. Ese sordo ronquido, ¿provenía de los cascos del caballo al romper la amplitud uniforme de la arena o era su respiración aterrada estrellándose contra la pechera? Una ligera tormenta le escaldaba la lengua, traía los oídos tapizados, sudaba barro caliente. Y el vacío óseo que le rellenaba los ojos y escarchaba sus pestañas de polvo reseco. Nada más. Únicamente la infinita muralla sepia, vertical, de este presente elástico y ondulante.

Debajo de su sombrero, el desierto le pesaba en el corazón.

En el fondo de las dunas, la sombra del jinete y su caballo se ensanchaba hasta tocar el precipicio del horizonte. La tormenta se volvió tan espesa que ambos parecían flotar en la llanura, ajenos a toda esperanza, tostándose bajo un sol moribundo. Y las cactáceas que nomás no les decían nada, mudas, absortas también en la contemplación del otro lado del cielo.

El caballo vio primero el fulgor que escupía la barranca, resopló y casi se tendía en la arena de no ser por la rienda que le ahorcaba las encías. El jinete soltó la reata y se dejó caer a un costado de la bestia, machacando candelilla y gobernadora con la espuela de sus botas. Encendió un fuego con la breña y esperó. La tierra que se iba quedando sin luz, los frágiles espíritus del llano revoloteando en los confines, el chaparral que chiflaba ronco y polvoroso. Al margen de la estepa venía cabalgando otro jinete abandonado, la hueste solitaria rezumando espuma y congoja se achicaba o agigantaba con relación al perfil que le ofrecía el monte.

El sol, una esfera abierta a golpes por encima de un cielo sin nubes, era la única alteración que se divisaba en el panorama.


—Padresanto... padresanto... —resoplaba el andariego, mascándose los dientes pelones.

Desmontó apenas, amarró la monta a un huizache reseco, medio derruido ya en aquella inmensidad, y se sentó frente a las brasas de una hoguera improvisada en el estertor de la llanura, como un sol recién encendido. Con su sarape se cobijó los huesos. Dos inertes andariegos frente al fuego sordo que asoleaba la única tierra conocida para ambos.

Al forastero lo miraba un hombre, por lo menos, con cientos de años en la calbata. Leña de otro o quizás del mismo desierto. El polvo se le acumulaba en las arrugas del rostro, una raya la mirada, la boca apenas una fisura. Picoteaba la arena con un chicote. Enfundó la diestra encogida bajo el sarape; la zurda como un garfio que accionaba un revólver imaginario contra la tierra, como apuntando hacia las piedras que conforman este desierto.

—Casi no llego —dijo de la nada el andariego—. Taba redura la arena, la mera verdá.



 Diego Tapia. *Dunas en la distancia*

Se chicoteó la frente por su mala talla:

—Ea, padresanto, saludeme. No le pregunté su nombre. ¿Trai bastimento?

Se metió en su cuerpo, puso los dos ojos cetrinos en el forastero. Le miró la zurda y apuntó el dibujo de sus dedos. Cayó en cuenta:

—Pero si yo sé quién es usted... yostaba también ese día, manque se me hace que no me vio, áistaba yo, encerrao en la polvadera esa tarde en que curtió la tierra al sol. ¡Sabrá dios ya cuándo! Y el tiroteo que picoteó el adoberío, qué gritos de los huercos y las damas, los cuacos que se gibaron de tanto relinchar encabritaos, y los demás rancheros que nomás sembraron los sombreros en el llano...

El forastero lo miró. Negó despacio. Dos cañones sus ojos:

—Cállese. Habla usted de más. Beba.

Le pasó un cuenco de aguardiente. En el fondo de ese relieve oceánico, las chispas de la fogata calentaban las puntas de sus botas. Nada dijo el forastero, y el viejo nomás lo miraba y lo miraba casi sin cerrar los ojos. Se emborracharon juntos y en silencio. Chisporroteaba el fuego cuando comenzaron a aullar los coyotes.

—Galopé. Ya era famoso cuando me perdieron de vista. No regresé al rancho en años. Ahora soy una prolongación del desierto, así de fácil se dice, pero en la llanura los fantasmas son enormes y montan a caballo, soflameros a cualquier hora. —El forastero calló. Nunca había visto un rostro como el del viejo, seco casi de pronto, como si lo hubieran dejado al sol durante años; 50, 80, 100 crepitantes años chamuscándose en el paisaje insondable de las llanuras. Vio el desierto en esos ojos duros de arena y mugre, las pestañas pardas y el cansancio en cada una de las botas. Sintió miedo de estar ahí y no saber quién o qué era. Odió su lengua y el sabor de la tierra.

—Qué tanto miró en el llano, padresanto —dijo de pronto el viejo andariego—. ¿Quéespera que salga de ahí? Cuénteme. Y le cuento que yo a usted lo conocí el mero día de su muerte, y de cómo recorrí el desierto entero y enterré su cuerpo en el

panteón del pueblo, muy pocos muertitos ese día, las plañideras que nunca llegaron, un ulular carrasposo el de los chanates. El camposanto vacío, vacío de a tiro. Y el viento que soplabá al pasito...

Cosa hermosa de ver fue el destello que rebotó en el cañón del revólver cuando el forastero lo desenfundó, parecía una pistola de fuego. Todo esto sucedió en ese momento como si alguien estuviera soñando lo que pasaba en el desierto. En medio de las dunas reseca de polvo y cal, los dos hombres columbraban la llanura entera. Ninguno imaginó el vasto silencio que se hizo entre los dos. El forastero apuntó a la frente corrugada del viejo, su mano la más aprisa que jamás nació en el rancho. Ahí estaba la noche abierta de nubes, encajándose en la tierra ponzoñosa alrededor de cada par de botas. Los hombres con el sombrero hasta la frente, y aquellos ojos que cada uno tenía, las cejas escarchadas, viendo el llano infinito a ras de suelo. Quién sabe qué se decían con tanto silencio, tanto mirar las lontananzas...

—Buenas noches —rumió el forastero.

En ese momento en que el desierto era la pista favorita del temible cachiripa: un rugido ensordecedor, la palabra secreta, los aullidos, quejas y carcajadas, el llanto insoportable de las criaturas, los gruñidos y los aullares de las bestias que se reuercen, y las historias que cuentan los que han cabalgado a esas horas la llanura, y el calosfrío y la interminable arena. No se oye el siseo del coralillo, no ven la lentitud de las arañas, no saben que la muerte anda muy cerca, se devoran las fieras, ruñen sus huesos los zopilotes, luego los cubre la tierra amarga y viven para siempre en la memoria añeja del desierto.

—Fueron muchos caballos hermosos, padresanto, y se miraban todos piciosos trotando en los desiertos, yo también los devisé —dijo por fin el andariego.

La llanura, pensó el forastero. Escarbó con la mirada en el suelo, la copa de su sombrero apuntando al viejo. Ya no supo a quién matar o quizás ya no le importó. Muchos hombres no desmontan nunca.

—Me llamo José Guerrero, señor, y por fin voy a morir.

Y el forastero le tendió el revólver al viejo andariego, con la misma obstinación del desierto que llevaba auestas. *Fueron muchos caballos hermosos*. Los escuchaba galopar a todos mientras rítmicamente percutía la cabalgata en su corazón. Cascos, cascos. Qué locura de canción. Había galopado mucho. El llano eternamente vacío. Se sentía exhausto. Faltaba mucho para que amaneciera. Y el desierto que sin embargo siempre quema, siempre arde, siempre cocina la carne. El mundo que todos los días acabó justo después de las orejas de su caballo. Cuánta sed, qué calor. Vio la resequedad de su alma, pero nunca había sido tan bello el color de su cara, de frente a la hoguerilla, como cuando cayó la única lágrima que había derramado en aquellos crujientes años picoteando la vereda.

El viejo andariego tomó el arma y habló claro, como sopesando las palabras, como si no fueran norteños los dos, rancheros de generaciones, sombrero eterno, olor a campo y ese humor sombrío que se impregna en el cuerpo luego de tantos años en la cabalgata:

—Ae Maiá Purísi... Ae Maiá Purísi... 





POSTALES

CARLOS ÁVILA VILLAMAR

Nada queda
que se parezca
a las postales.

Una carta rápida
cuando no había tiempo
o cuando no se quería
escribir una carta.

Una carta prácticamente
escrita por otros.

Una fotografía
cuando no se tenía una cámara.
Elegida y tomada por otros.
Retocada por otros.

Un edificio antiguo, un monumento
blanco hueso, una fuente
en el centro de la plaza semivacía.
Ni un solo mendigo.

Una carta y una fotografía
multiplicada en el mundo
como una baraja. Una jota de bastos
será siempre una jota de bastos.



Sentiremos su vejez incluso
en una baraja recién fabricada.
Se han fabricado barajas de toda clase.
Así sucedía con las postales.
Permutaban los mismos puentes,
las mismas vías, se cruzaban
de un lado a otro del océano,
impersonales y frívolas.

Tal vez las tres o cuatro formas que asociamos
con ciertas ciudades, sean culpa
de esas baratas falsificaciones
en papel cromado.

La pereza ha dado forma e imagen
al mundo.

Gran ironía que ahora para algunos,
habiendo hermosos álbumes del siglo pasado
cuyos colores se conservan intactos,
las postales, desteñidas a causa
de la mala calidad de sus tintas,
sean las que más provoquen
fascinación.



Los azules en Argentina

TEXTO Y FOTOGRAFÍAS DE ALMA ITZEL FRANCO

SIEMPRE HE SENTIDO INTRIGA POR LA FORMA EN LA QUE OPERA LA MEMORIA, en especial la razón por la que recordamos de manera tan selectiva y a la vez sin control alguno sobre nuestras memorias. Pienso en esto cuando intento trazar la ruta de mi viaje a Argentina en el 2019. Aunque en realidad no ha pasado tanto tiempo para olvidarlo, lo que inunda mi mente y eclipsa cualquier otro recuerdo son los azules. Cada parte de mi viaje se puede narrar en un tono distinto de azul.

Cuando me subí al avión —algo que no había hecho desde niña y que precisamente por eso ahora hacía con una conciencia nueva— el color del cielo me hizo saberme por encima de ríos y montañas de nubes. El punto inicial del viaje fue el azul infinito que atravesé para llegar al otro lado del continente. Como dice Maggie Nelson en *Bluets*, este primer azul tal vez fue “un delirio voluntario”, un deseo de que “cada objeto azul pudiese ser una especie de arbusto en llamas, un código secreto para una sola agente, una X en un mapa tan difuso para revelarse completamente pero que contiene el universo conocido”. Tenía la seguridad de que este azul tenía un significado y que así también lo tendrían los que vinieron después.

La primera parada fue en la capital del país. Después de los más deliciosos y baratos alfajores que he probado, de los días en Buenos Aires recuerdo un dolor en los ojos, una punzada y un ardor por el esfuerzo físico que hacía para que nada pasara desapercibido. Los mantenía bien abiertos intentando capturar todo lo que veía, incluida la presencia del azul ineludible del cielo. No sé si el cielo de Buenos Aires sea siempre así, pero a esos días los peinaba y despeinaba un viento que movía a las nubes como peces blancos. Cuando se vaciaba, el cielo era de un azul profundo, de tonos más oscuros mientras más alto subiera la mirada. Se sentía pesado, que se me caía encima, como escribió Emily Dickinson, pero también tan despejado que sentía que viéndolo con mucha concentración podría percibir el espacio exterior que rodea la Tierra. Ese azul me hizo percibir mi gravedad y agradecerla, porque en un cielo así nada impediría que saliera volando hacia la misma dirección a la que apunta el Obelisco. Recuerdo una extraña sensación al pensar lo similares que son el cielo y el mar, un azul impredecible al que se me ha enseñado a tenerle respeto. ¿Cómo haría ahora para no temer a esta enorme masa azul siempre encima de mi cabeza? ¿Cómo aceptar que nada sé del reino de las nubes donde habitan tormentas y truenos?

Mi segunda parada fue El Calafate, una ciudad en la Patagonia. Lo primero que vi por la ventana del avión durante el aterrizaje fue el lago Argentino: un turquesa sin precedente para mis ojos. Este color existe gracias a los minerales suspendidos en el agua que el glaciar arrastra consigo de las rocas hacia el lago. A este fenómeno se le llama *leche glaciar*, una leche azul que nutre al lago. El siguiente azul en el mapa proviene de la mora que le da nombre a la ciudad, un fruto de un penetrante azul





oscuro. Con calafates se hace mermelada, alfajores, mate, té, jugo y, mi favorito, helado. Aunque los productos que se hacen con él son más bien morados, me gusta pensar que el porcentaje de azul en el mundo aumenta un poco gracias al empeño de los calafateños por que todo lleve su fruto.

A diferencia del azul de Buenos Aires, en El Calafate el cielo es amable. Así como el frío, el cielo te envuelve por completo, desde la cabeza hasta los pies. La indecisión del sol por acostarse me permitió experimentar por primera vez noches muy cortas y atardeceres eternos. Las reglas del cielo que hasta entonces conocía no existen allí, ni en el tiempo ni en la paleta de colores. Pude apreciar el cielo con detenimiento y presenciar todos los tonos de azul que caben en un atardecer: lilas, morados, rosados, celestes, índigos, grisáceos. No saber nada sobre el cielo tomó una nueva perspectiva que calmó mi recientemente adquirido miedo.

Mi azul favorito es el del glaciar Perito Moreno o el de la pequeña parte de la totalidad que puede admirarse desde el parque nacional Los Glaciares. El Perito Moreno es un espectáculo científico de rompimiento de hielo, su existencia es la casualidad de millones de accidentes geográficos y la fuente económica de mucha gente, pues es el principal atractivo turístico de la zona; sin embargo, lo que se desborda en mi mente cuando cierro los ojos para recordarlo es un azul imponente y sus formas



precipitadas. Este glaciar es del mismo color que el lago Argentino, y no blanco como lo imaginaba. Un tono tan poco común en la naturaleza se alzaba frente a mí como una montaña turquesa. La palabra *colosal* me había parecido exagerada hasta que vi lo diminuto que era un árbol frente al glaciar y lo pequeña que era yo frente a un árbol. Al ver las fotos que tomé se vuelve a abrir un espacio en mi pecho, justo detrás del esternón; un espacio que es más bien una caída hacia un vacío que cargaré dentro de mí y que se abre para contener el terror de lo sublime que entró por cada poro de mi piel.

El nombre del Perito Moreno viene del explorador, científico y político argentino Francisco Pascasio Moreno, quien también fue perito. A mis oídos, de la palabra *perito* lo que más resonaba era la ironía de achicar algo tan extraordinario. Esta antropomorfización del glaciar me pareció uno de los intentos más tiernos de las personas y de la ciencia para conquistar lo inconquistable y comprender lo incomprendible. Al mismo tiempo tuve la convicción de que si los dioses y diosas son reales serían azules y de hielo. En esta sensación romántica de lo inaccesible comprendí la imposibilidad del azul como la describe Nelson: “Podrás querer extender tu mano y perturbar un puñado de pigmento, por ejemplo, primero manchándote los dedos de azul, para después manchar el mundo. Podrás querer disolverte en éste y nadar en él, querrás enrojerte los pezones con él, querrás pintar el manto de una virgen con él. Pero no estarás accediendo a él. No exactamente”. Quería ser una con ese cuerpo de hielo enorme, pero incluso tocarlo con la mano desnuda estaba prohibido. Lo que conseguí fue pararme en él, como una hormiga trepando un árbol. ¿Se enamoran las hormigas de los árboles?

En este azul surge la epifanía de la memoria: el pasado nos es tan inaccesible a nosotros como el azul. Podemos extender la mano y acariciar estos recuerdos, sacudirlos, pero lo único que conseguiremos será mancharnos de colores, olores, emociones y sensaciones, sin acceder del todo a lo que pasó; por ello nos aferramos a crónicas, postales, fotografías, souvenirs, la memoria misma en objetos. Para mí todo eso se desvanecerá excepto el azul y mi necesidad de que la gente lo vea a través de mis ojos y experimente lo que sentí. El deseo por describirlo una y otra vez, sabiendo que nunca me acercaré a contenerlo, como la vida, como los viajes. Pero haber visto estos azules y haberme parado frente a ellos meditando mi existencia hace que todo valga la pena. Hace que el mundo tenga sentido porque estos azules y su memoria existen, aunque todo lo demás se desvanezca. ❶



Itinerarios de unos cuantos viajes fracasados

ARMANDO GUTIÉRREZ VICTORIA

EN UNA DE SUS TANTAS CRÓNICAS ESCRITAS en 1888 para la revista *Violetas del Anáhuac*, Titania —pseudónimo de la cantante, actriz, profesora y crítica de ópera Fanny Natali de Testa— nos dice lo mucho que entusiasmaba a los turistas norteamericanos visitar México durante el verano. Con todo, y a pesar de los numerosos atractivos que la metrópoli porfiriana tenía para exhibir, la cronista también da cuenta del desencanto de algunos de estos visitantes que, entre otras cosas, se lamentaban por haber llegado tarde; tarde para recorrer sus caminos en diligencia y no en ferrocarril; tarde para contemplar de frente a aquellos ladrones a caballo, con sombrero y zarape, que asediaban los caminos del interior e infundían miedo entre los transeúntes. Y es que esto, decían los norteamericanos, “era cosa característica de México” y era una lástima que ya no existiera.

Víctima también de los imaginarios desmedidos, Amado Nervo viaja a la Exposición Universal de París en 1900 como corresponsal del diario *El Imparcial*. Es su primera vez en aquella nación que tanto ansiaba conocer, como tantos otros poetas y artistas de su tiempo. ¡Está en Francia, por fin está en Francia! Y, no obstante, no tarda en decirnos: “Lo primero que me sorprende es que no me sorprende nada”. El pasmo no llega, la sorpresa disminuye conforme se acopla al andar monótono de sus calles atestadas de gente. Esta ciudad, tiene la impresión, no es la misma que ha mitificado entre sus colegas, con la que ha soñado tantas veces. No es la urbe que a través de la ficción ha delineado hasta la saciedad en sus detalles, en sus monumentos, en sus iglesias, en sus plazas y en sus historias.

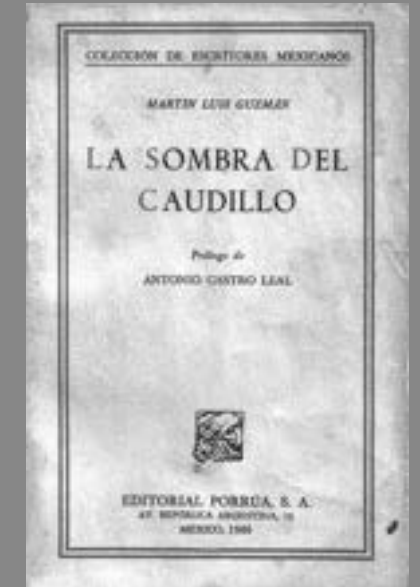
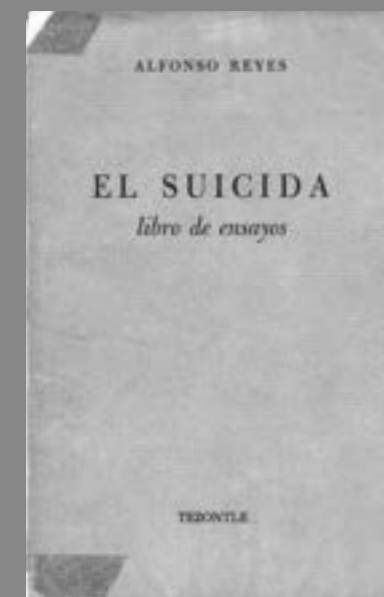
Poco o nada se habla del desencanto del viaje, así nos parezca tan absurdo como el de los turistas norteamericanos que relata Fanny Natali de Testa o tan

revelador e inocente como el de aquel Amado Nervo que escribió *El éxodo y las flores del camino*. Porque cuando se viaja a lo desconocido se viaja también hacia la sorpresa, hacia la fascinación, hacia lo inesperado o, al menos, hacia la promesa de un mejor lugar. Pero, qué pasa cuando no lo encontramos, qué hacemos cuando nada de nuestras expectativas se cumple y únicamente estamos en aquel sitio extraño que nos expulsa a cada paso, que nos hace sentir desasidos de las cosas y un poco más lejos de nosotros mismos.

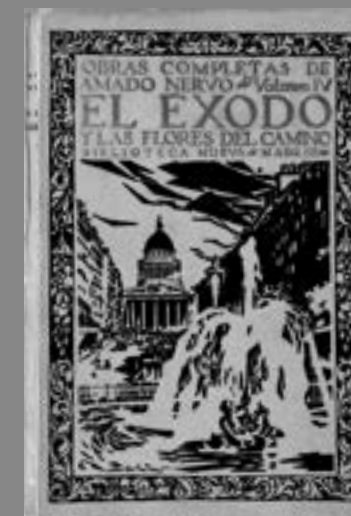
A veces pienso en lo mucho que comparten ciertas vidas y ciertos relatos, una especie de caminos subterráneos sobre los que pocas veces se repara y que sería bueno sacar a la luz de vez en cuando. Pienso, por ejemplo, en un joven Jaime Torres Bodet a finales de la década de 1920. Ha tenido que renunciar a sus aspiraciones de escritor y optar, en su lugar, por una conveniente, aunque incierta, carrera diplomática. Ahora debe abandonar su país y embarcarse a España en un vapor que no lo traerá de vuelta sino hasta después de muchos años. Antes de irse, se ve a sí mismo en el puerto, una última vez, como aquel joven preparatoriano que quiso un día ser poeta. Todo eso, como su propia casa, se quedará atrás. España, y más precisamente Barcelona, fue también el destino de un joven Sergio Pitó a finales de 1968, quien tras renunciar a su cargo diplomático llegó a una ciudad que no conocía, tan sólo con un montón de maletas, la promesa de un pago que parece nunca llegar y un hipotético trabajo en el extranjero. Pronto, en la primera entrada de aquel “Diario de Escudellers”, que paulatinamente se transforma en la bitácora de un varado, leemos: “Sí, mi barrio es muy animado, está bien, aunque me parece que se les pasa la mano. Algo me dice que ésta no es mi ciudad. La encuentro excesivamente ruidosa, ensordecedora, delirante en su hiperactividad”. Hoy, en una



Jaime Torres Bodet | Autor anónimo | Coordinación Nacional de Literatura-INBAL



Amado Nervo | Autor anónimo | Coordinación Nacional de Literatura-INBAL



Violetas del Anáhuac, Año 1, Tomo 1, Número 42, 1888-09-29. University of Texas Libraries Collection




novela que no tiene nada que ver con ninguno de ellos y que paradójicamente ha sido premiada en aquel país —*Ceniza en la boca* de la mexicana Brenda Navarro—, España reaparece como aquella tierra extraña donde concluye la infancia, donde somos llevados por circunstancias que escapan de nosotros mismos, donde, como Bodet, nos sentimos exiliados de nuestra casa, que es lo mismo que decir de nosotros mismos y donde, como Pitol, no encontramos el lugar en el que encajamos.

Al igual que ellos, Nervo terminó aquella aventura parisina varado en Europa, luego de un desacuerdo con su patrocinador y jefe, Rafael Reyes Spíndola. Lo que parecía muy prometedor, un viaje iniciático, sorprendente e indispensable para cualquier artista de aquellos años, pronto se transformó en una angustia más, en un estar en un lugar que no nos pertenece y que nos expulsa a cada paso, con muy poca ayuda de por medio, sin trabajo y, para colmo, sin dinero.

Pero parece que a los escritores mexicanos nunca se les ha dado muy bien eso de los viajes. Es más bien el autoexilio y la imperiosa necesidad lo que los lleva a dejar atrás aquellos lugares que más estiman. Pienso, por ejemplo, en Alfonso Reyes. Luego de la Decena Trágica y de la decisiva muerte de su padre, el general Bernardo, Alfonso llega a Europa no tanto por su voluntad, sino impulsado por las fuerzas políticas que le cierran el paso. Allá, como la mayoría, vendrán los apuros económicos y los múltiples trabajos que tendrá que desempeñar, muchas veces contra su gusto, para vivir modestamente. Entre los tantos textos que Reyes escribe en aquella estancia obligada destacan para mí los ensayos del volumen *El suicida*. Después de todo, el mal rato rindió, con el tiempo, buenos frutos.

Ni siquiera en la ficción los viajes parecen alentadores, aun cuando todo nos indique lo contrario. Tomemos por caso un texto canónico de las letras mexicanas, *Clemencia* de Ignacio Manuel Altamirano. Guadalajara, dibujada en esa mirada doble que organiza toda la novela, se nos expone de cerca y de lejos como la tierra de promisión, como el oasis en medio del desierto, un sitio de bonanza que celebra la calma que antecede a la guerra. Los militares Valle y Flores, también dobles, creen encontrar en ella no sólo la hospitalidad de su gente, sino también a dos mujeres que los correspondan en sentimientos y pasiones. Luego, lo que en apariencia se entreteje como un inofensivo trance amoroso, culminará con la muerte de uno de ellos.

Otro viaje nefasto es el último que emprende Ignacio Aguirre en *La sombra del caudillo*. No es un viaje en sentido estricto o, al menos, no uno que hagamos por voluntad propia, pero lo cierto es que aquel camino donde culminarán tanto sus aspiraciones políticas como su vida no deja de ser un lugar de tránsito significativo, un sitio intermedio por el que se anda, que no está en ninguna parte y al mismo tiempo existe como una ruta hacia algún lado. Como en todo, hay viajes que no nos llevan a sitio alguno, que no nos gusta recordar, que no conviene volver a andar porque son más bien callejones cerrados, sendas de las que no hay regreso, lugares en donde no somos bienvenidos, pero que, nos guste o no, también forman parte del camino. 

Una mañana londinense

ITZEL ROMI

LUEGO DE DAR POR MUERTO MI CELULAR ESA NUBOSA MAÑANA LONDINENSE y en una búsqueda ingenua y ególatra de mantener una supuesta dignidad, decidí que a los demás les contaría mentiras. ¿Qué dignidad podía quedar si había metido la mano en mis propios orines diluidos con el agua de ese excusado de hostel?, ¿qué dignidad, si bajé corriendo al *pub* de la planta baja con la mente obnubilada, intentando recordar, sin éxito, cómo decir servilleta en inglés y terminar suplicando por un *paper towel*?

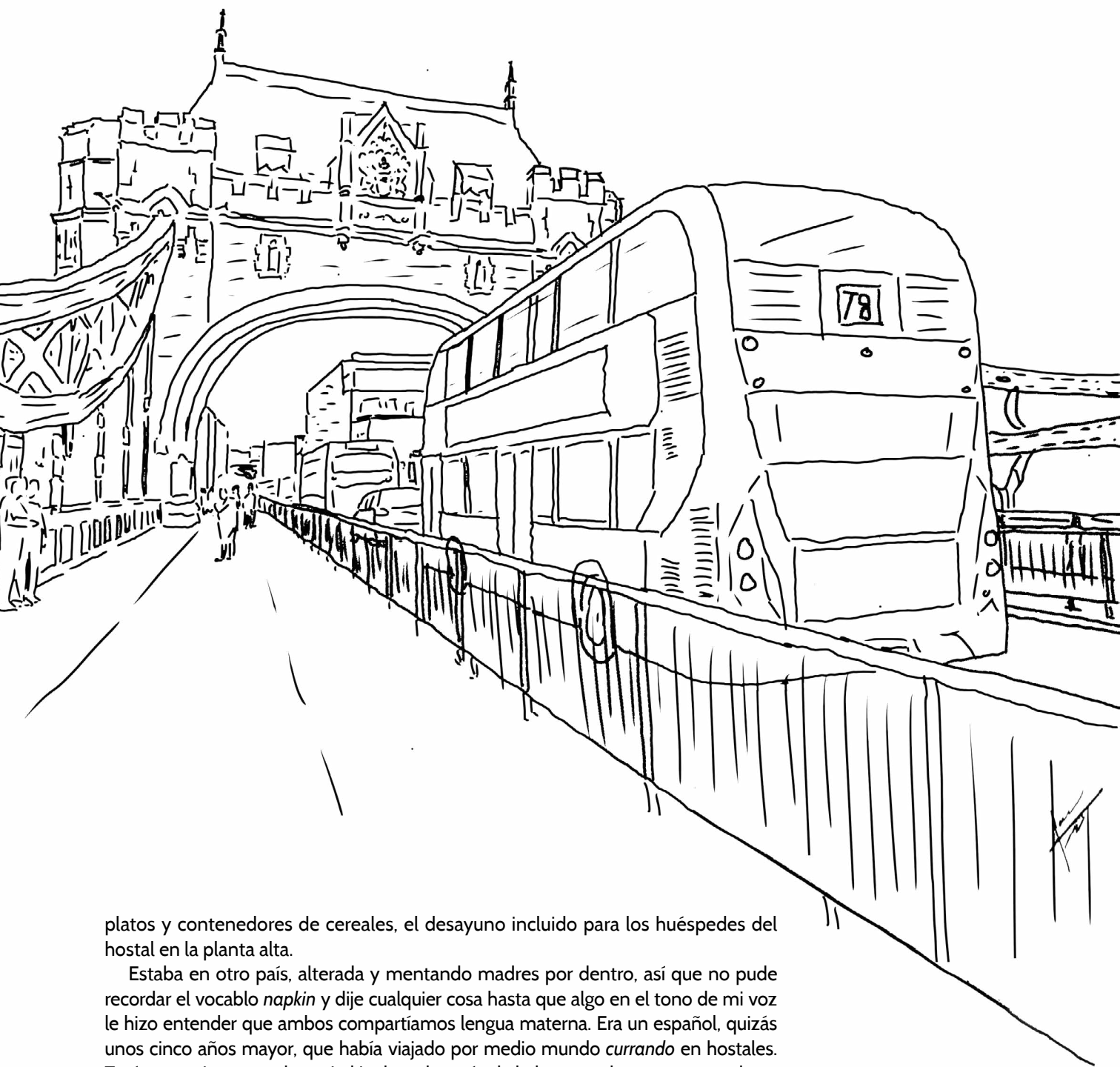
Pero eso nadie debía saberlo, como nadie supo que el día anterior mi torcedura del tobillo, en la escalera de aquel museo de pisos lustrosos, ocurrió en medio de una discusión con un chico a nueve mil kilómetros de distancia. Una discusión que se habría extendido hasta esa mañana y la siguiente y todas las del viaje porque él repudiaba la idea de saberme viajando con otros hombres, aunque fueran mis compañeros de piso. La discusión pudo haber seguido, sin embargo, mi torpeza decidí callarme sin posibilidad defensiva, dejando a su vez un hueco en mi cartera por ese celular —encargado en línea desde China por su precio conveniente hacía no más de un par de meses—.

Era apenas el segundo día en Londres y ya me había encargado, sin intercesión de nadie más, de hacer mis temores, con respecto a los hostales, una realidad. De nada me sirvió dormir con mis objetos de valor —celular, dinero en efectivo, tarjetas y pasaporte— metidos en una riñonera plana pegada a mi cuerpo si a la mañana siguiente, confiada en que los otros ocho cuerpos embutidos en literas triples aún dormían, yo misma me jugué en contra. Creía que podría ir y volver del baño antes de que alguien más se despertara, así que lo dejé todo, excepto el celular, porque debía ponerme al corriente en la discusión. Leer y contestar los mensajes recibidos mientras dormía. Mensajes desfasados gracias a la diferencia de horarios.

Mi paso por el baño compartido iba en perfecto orden hasta el momento de limpiarme. Creí necesitar las dos manos para cortar un trozo del poco rollo restante y, como el piso me daba asco, preferí apoyar mi celular en el tanque de agua sin reparar en su curvatura que, sumada a la falta de tapa, era una trampa catastrófica. No lo reflexioné hasta que me levanté y vi cómo, en el acto, el teléfono resbalaba directo al agua.

Lo saqué de ahí al instante, pero era tarde. La pantalla se puso azul y caracteres chinos aparecieron en ella, así que mi instinto me indicó apagar el teléfono e intentar secarlo lo mejor posible. Por desgracia, el papel higiénico en el dispensador era muy poco. Incapaz de pensar con claridad, bajé corriendo las escaleras hasta llegar al *pub*. Faltaban unos minutos para las siete de la mañana, así que era la única allí además del chico de la barra —rey y señor de la cristalería matutina—, quien acomodaba

 Tamara Vega



platos y contenedores de cereales, el desayuno incluido para los huéspedes del hostel en la planta alta.

Estaba en otro país, alterada y mentando madres por dentro, así que no pude recordar el vocablo *napkin* y dije cualquier cosa hasta que algo en el tono de mi voz le hizo entender que ambos compartíamos lengua materna. Era un español, quizás unos cinco años mayor, que había viajado por medio mundo *currando* en hostales. Tenía poco tiempo en la capital inglesa después de haber pasado una temporada en Nueva York. Quiso volver a Europa y estar más cerca de su casa, pero seguir facturando más de lo que lograría en su tierra, me explicaba al momento de entregarme un puñado de servilletas con el tacto suficiente de no preguntar para qué las usaría.

Lo que sí me preguntó fue mi nacionalidad. Después, emocionado, mi ciudad, y casi grita de alegría al descubrirme tapatía porque su mejor amigo de Nueva York también lo era y creía haber encontrado en mí una conexión. El entusiasmo lo llevó a

entregarme un platito con doble ración de cereal, un plátano entero, un vaso de jugo y la promesa de colocar en los parlantes del *pub* una canción especialmente para mí.

Asentí agradecida, pero cansada de tanta convivencia porque en ese momento mi cabeza estaba en otra parte —en los mensajes que no pude responder, en el agua que seguía humedeciendo las servilletas—, así que tomé mi desayuno y me dirigí en silencio a una de tantas mesas frente a los ventanales desde donde se contemplaba el cielo grisáceo. Era septiembre y, aunque los locales aún disfrutaban del clima en camisas de manga corta, yo tenía frío.

Quitó las servilletas humedecidas del celular y lo envolvió con otras. Apreté con fuerza, como si eso pudiera sustituir el deseo de estar en casa para enterrar el dispositivo en arroz durante todo un día. Mas no estaba en casa y no había nada que pudiera hacer. Me resigné a comer cereal sólo por hacer algo, aunque no tuviera hambre. Iba por la tercera cucharada cuando la “canción especialmente para mí” inundó ese rincón londinense. Los primeros acordes del mariachi fueron suficientes para anticipar, mientras me reía de mí, el nombre de mi ciudad natal: “Guadalajara, Guadalajara...”. Le siguieron al resto de la letra, las trompetas, los violines, las guitarras, la vihuela y el chico de la barra, que cantaba contento, quizás seguro de que su gesto me elevaría el ánimo. Sin embargo, sólo me sentía descolocada. ¿Qué hacía yo desayunando zucarcitas inglesas en un *pub* en lugar de empinar una pinta? ¿Qué hacía escuchando mariachi en lugar de rock inglés? Escuchar mariachi a esas horas del día y en ese lugar era un exceso de patriotismo al que jamás me habría atrevido por cuenta propia. Yo allí no era otra cosa más que un cliché entristecido.

Un cliché que, además, había abandonado el resto de sus pertenencias en la litera. Con la sutileza que mis nervios me permitieron me levanté, sonreí al español con la promesa de volver enseguida entre los labios, y retrocedí mis pasos hasta regresar a la habitación donde, para mi suerte, todos dormían en la placidez de las impersonales sábanas blancas. Trepé con cuidado al tercer nivel de la litera y suspiré aliviada cuando me amarré la riñonera intacta.

Antes de regresar a la planta baja me aproximé a despertar a Carlo, uno de mis compañeros, en busca de un testigo de que en el *pub* —donde el día anterior habíamos visto a un tipo raro que no hacía más que beber una cerveza tras otra sentado en el mismo lugar de la mañana a la noche— los cereales dulces de ese día se acompañaban con mariachi. Mi amigo se levantó de pura incredulidad y alcanzó a escuchar todavía un par de canciones y a compartir una breve charla con el español de la barra antes de que otros huéspedes comenzaran a bajar y la música de fondo tuviera que adaptarse a una selección más internacional.

A Carlo sí le conté toda la historia a sabiendas de que su infinita amabilidad le impediría burlarse de mi torpeza. Él trató de darme ánimos asegurando que no pasaba nada, que podría prestarme su laptop para avisar a mi madre y que con su cámara capturaría lo que yo le pidiese. Le agradecí, pero continué el desayuno en silencio, incapaz de controlar el recién adquirido tic de tomar cada tanto el celular. Acariciaba su pantalla, recorría el borde metálico con la punta de los dedos para sentir los botones y terminaba suspirando en partes iguales por la pérdida en sí y mi torpeza irremediable. Todavía faltaban otras tres ciudades por recorrer y me abrumaba no


tener el celular para ubicarme con el GPS, capturar atardeceres y edificios o, por lo menos, mensajear a mi madre para tranquilizarla.

Una chica desubicada, ésa era mi descripción precisa. ¡Y del otro lado del mundo! Terrible momento para lidiar con mi pésimo sentido de la orientación aunado a mi mala memoria espacial. Tampoco podía olvidar las circunstancias en las que se había descompuesto el celular. Un descuido intrascendente y burdo que me hizo recordar la decepción de un viejo amigo cuando le confesé que —contrario a su hipótesis— las máculas en el armazón de mis lentes no se debían a un instante heroico, sino a la negligencia de jugar con ellos de puro aburrimiento.

Incluso el teléfono anterior, que bañé por accidente en la pequeña purificadora de mi tío, tenía una historia más interesante. Una historia de extenuantes jornadas de trabajo veraniego. La autoexigencia desesperada por ahorrar me había nublado la mente, ¿pero, ahora qué? ¿En Londres qué?

No quería que nadie supiera lo que había ocurrido de verdad a excepción de Carlo porque siempre es necesario un cómplice para desahogar los secretos o explotar. Pero sólo eso. Al resto de la gente le diría otra cosa: me inventaría una tragedia digna, como un empujón al tiempo de tomar una foto que hiciera volar el celular hasta la orilla del río Támesis, de donde lo había logrado recuperar de puro milagro. Por lo menos un accidente menos vergonzoso: demasiado vapor en la ducha o un remojón fulminante.

O tal vez podría urdir un plan, fingir un robo: dejar “por accidente” el celular cargando en la habitación del hostel durante el día y volver en la noche con la ilusión de que alguien se lo hubiera llevado. Un hurto y basta de explicaciones. Sólo la lección de vivir el momento y la supervivencia más allá de la tecnología móvil. ¡Qué milagro tan grande sería descubrir que, contra todos mis pronósticos, es posible vivir sin él! Además, el viaje habría resultado aún mejor sin peleas, reclamos maternos, mensajes a medianoche o la tiranía de compartir fotografías para hacer constar mi presencia en este país. Eso sonaría bien.

Podría contar cualquier cosa —moralejas incluidas— menos la verdad, que tampoco importaba demasiado, pero su intrascendencia sería un insulto para quien pudiera leerme. 



Amarearse: ensayo de vida en el mar

CINDY HATCH

HIZO FALTA UNA PALABRA EXACTA PARA DECIR “ESTAR EN EL MAR”. El diccionario de griego clásico me lo dice: *θαλασσειω*. La traducción podría ser *amarearse*. Verbo reflexivo. A los 24 no sabía donde refugiarme así que elegí amarearme. Impensable. El mar nunca me pareció atractivo. Las razones, a favor y en contra, son tan abundantes como su extensión.

En contra: el mar demanda saber nadar para adentrarse en él. En contra: una ola me hizo perder el lenguaje cuando me arrastró y tragué agua. Estuve afónica un par de días. En contra: la llamada de mi mejor amiga cuando teníamos 12 años: “Karen murió”. Karen era una niña alta y asustadiza de pómulos permanentemente rosas. Cuando sus padres se divorciaron, su mamá la llevó de vacaciones a la playa en temporada baja. Mal clima. Durante la noche hubo una tormenta eléctrica que iluminó el rostro de la mamá de Karen por última vez antes de convertirse en una sombra eterna. Karen, asustadiza como era, brincó cuando cayó un trueno, se infartó y murió al instante. En contra: el mar puede matar a cualquiera y jamás será castigado.

A favor: la promesa de la felicidad que viene con el movimiento de las olas. A favor: mis hermanas llevaron a mis sobrinos a celebrar sus cumpleaños ahí. A favor: mi hermano eligió el mar como destino antes de desaparecer por más de un año. A favor: mis padres recordaron, en una fugaz visita, qué los llevó a formar una familia. Fueron y estuvieron a su modo, en su propia lengua, se amarearon.

Yo elegí amarearme porque anteriormente había experimentado algo cercano a la felicidad. Jugué a ser niña y me imaginé ancianísima con el pelo cano de mis sueños.

 Yola Reyes. De la serie *Cabo Pulmo*, 2022



Antes de regresar a casa, aquella vez, descubrí cuánto limitamos al mar por nuestras expectativas. Me atrajo su benevolencia. Nadie va al mar para entristecerse. Y eso me hacía falta a los 24. No es raro encontrar personas en actitud contemplativa a la orilla del mar. Nadie me atiborraría con preguntas para las que aún no tenía respuestas. Podía construir otra personalidad, nadie me conocía... excepto mi novio en casa.

El mar es su propio tiempo. Amanecía lentamente, la noche llegaba tarde. Cuando estuve ahí entendí por qué se le animaliza, por qué las gaviotas graznan y el mar truena cuando toca puerto. No me extrañaron los libros, los versos que hablan de él, su devenir lugar común y falso hallazgo. Adivino la causa: es imposible poner los pies en él y no recibir, casi instintivamente, un recordatorio de la finitud propia. Y sin embargo el mar retrocede más de lo que avanza. ¡Qué bien saberlo! La formación de una playa toma muchísimos años. Si el mar no tiene prisa, yo menos.

Aunque he visto muchas más especies marinas en el acuario de la ciudad, en el mar vi un pez en la orilla, cangrejos, miles de piedras lisas de tanto ser revolcadas y caracoles que, en algún momento, fueron albergues de la esperanza. Ahí, mientras caminaba y mis pies se hundían en la arena caliente, recordé la historia que mamá me contó de una mujer que se volvió loca. Una pareja muy joven paseaba a la orilla, se veían enamorados. Sus manos sostenían la satisfacción de un amor aún incorrupto. Se besaron por un par de segundos y abrieron los ojos para encontrarse con la nueva realidad: su hija ya no estaba. Gritaron su nombre hasta perder la voz, hablaron con extraños dando descripciones minuciosas, luego pinceladas de la apariencia de su niña, después todo fue desesperación e incongruencia. Miraron las olas, una tras otra y nunca nada les pareció más monstruoso, más absurdo. La mujer no quería irse, perdió la cordura, el matrimonio dejó de serlo. Él se fue, ella se quedó. El mar es también nuestras pérdidas, sus accidentes, sus muertos.

Al amarearme, amé. Demasiado mal instruida para enseñar a los demás, pero lo suficientemente astuta como para persuadir, convencí a mi novio de dejar nuestra vida y aventurarnos. Ahí lo amé más. Amé a Alexandro cada vez que se quitó la camiseta y los tenis

para andar descalzo. Eché de menos a mi padre y lo encontré en un anciano que comía solo junto a nosotros, lloré al ver las tres sillas vacías de su mesa. Amé a mi madre, pero también me escondí de ella. Aprecié sus abrazos, su recibirme a cualquier hora las dos veces que la visité cuando viví en el mar.

En el mar quise escribir. Y escribir fue invariablemente tratar de atrapar lo inaprensible. Conversé con extranjeros, con un entrenador de baloncesto. Vislumbré rostros conocidos que jamás había visto, pero tenían cierta alegría característica de quien va al mar. Todos lucíamos así si miraba con detenimiento. Hablé con un extranjero que bailaba riquísimo y se reía de mí por no meterme de lleno al mar. Me hizo recordar que "cuando los primitivos griegos querían acusar a alguien de incapacidad extrema era común entre ellos decir que no sabía leer ni nadar".

Llegamos el día en que Alexandro cumplía 25 años, lo fotografié comiendo camarones en banderilla. Buscamos un restaurante cuyo menú exhibiera pescado zarandeado, yo quería que él lo probara. Me arrepentí en cuanto trajeron el plato con un pescado lamentable de más espinas que carne. Nos fuimos. En el siguiente restaurante, a pie de playa, sólo bebimos cerveza. Él movía los hombros, bailaba con el ritmo de un grupo de *reggae*, sonreía con la nostalgia de estar finalmente en el cuarto de siglo. Al día siguiente miré a un grupo de mujeres que bebían cerveza Pacífico, hablaban inglés y escuchaban reguetón. Eran sólo mujeres divirtiéndose, un viaje de amigas. Ese día había muy poco sol. Nos ofrecieron marihuana y rebajaron el precio cuando dijimos que éramos locales, no turistas.

Llovió casi todos los días. Una vez mojada, la ropa no se secaba por la humedad, el cabello tampoco, la piel menos. Sudé como nunca, la piel me ardió, me descarapelé la nariz, la arena me raspó las piernas provocándome heridas ligerísimas y pasé largos minutos en el baño arrancándome los pellejitos del torso, la nariz y los labios. Después de mirar el mar por tanto tiempo, lo demás también oleaba. Admiré desde la orilla a quienes se adentraron en el agua y vi cómo se alejaban como persiguiendo al sol, llevados por el oleaje; temí por ellos cuando una ola me obstruyó la vista y sentí alivio al ver su cabello alborotado emerger de nueva cuenta.

El impulso de salvar algo me hacía caminar y recoger basura. Me encontraba tan desatadamente cursi, tan terriblemente asombrada, que me sentía absurda. No quería trabajar, deseaba que todo mi tiempo ahí fuera placentero. El amareo concluyó abruptamente cuando me despidieron del trabajo a través de un correo.

Antes de volver a la ciudad anunciaron un huracán. Banderas rojas. Esa noche pensé en mi amor del presente, en la vida que dejé atrás, en los meses lejos de casa. Pensé en mi cuerpo como albergue de pérdidas, de recogimiento y de placer. Afuera no había movimiento alguno, la quietud y el silencio atravesaron la pared. Estábamos en el ojo del huracán. Nos abrazamos sobre la cama, me hice bolita en los brazos de mi novio, lo escuché pasar saliva un par de veces. Ninguno admitió el miedo hasta pasado el silencio.

El tiempo que estuvimos ahí fue más corto de lo planeado. Recibí una llamada para presentarme a una entrevista de trabajo. Partí un lunes a las seis de la mañana.

Alexandro me alcanzaría después con todas nuestras cosas. Ni siquiera tuve tiempo de hacer mi maleta. Compré el primer boleto de autobús del día. Bebí café aunque el calor me había hecho perderle el gusto.

Dejé todas mis cosas, como cada vez que me he ido para siempre de un lugar. Para despedirme del mar dije en voz alta: "Me amareo, gracias". Detrás de mí y a mis costados, las palmeras, el sol y cada kilómetro de carretera, todo oleaba. 📍





Sin más de cincuenta pesos

EDUARDO RODRÍGUEZ

A todos los trailers del camino

RECUERDO QUE EL LIBRO *JUAN RULFO, LETRAS E IMÁGENES* contiene una crónica de cómo fue que Rulfo arribó al castillo de Teayo, sitio arqueológico del estado de Veracruz, a mediados de los años cincuenta. En la narración se revela la vorágine de la selva, consecuencia de una urbanización casi nula, difícil de encontrar hoy. De manera similar, *On the road* seduce a la mayoría en cuanto al sentido de la aventura, además de los paisajes rurales y urbanos de Estados Unidos y México. Lo último que leo de esta temática es *Cuentos de la Alhambra* del romántico estadounidense Washington Irving. Cito sólo estos tres ejemplos, pues nunca acabaríamos, incluso debe de haber tesis al respecto, pero algo es evidente: los viajes representan un descubrimiento también interior, un motivo de la literatura desde el prototipo de Ulises de regreso a su tierra.

Comenzaré por decir que, desde los 15 años, probablemente debido a cierta afición y asombro por las manifestaciones de rebeldía de los *hippies*, me dio por experimentar el raite. Fue así como muchas veces, ya estudiando en el Defectuoso, llegué a trasladarme hasta San Luis Potosí sin más de 50 pesos en el bolsillo; la esperanza de ser recogido por almas piadosas y encomendado “a la buena de Dios”. Casi siempre los trailers son quienes más apoyan en eso, el único requisito es ser buen conversador y saber escuchar para espantarles el sueño que puede llegar a facturarles con su vida.

Este raite fue más o menos en 2015. Lo hice para aprovechar un puente festivo y pasar un par de días en el añorado terruño. Me levanté temprano, como a las cinco o seis de la mañana tomé el metro para llegar a la estación Cuatro Caminos, justo como me había aconsejado un don en otro viaje: irse a Toreo, luego tomar un camión a Tepeji del Río, desde donde ya se puede empezar a levantar el pulgar y que el destino y la probabilidad echen los dados. Para las ocho o nueve de la mañana la carretera se extendía ante mí como una línea que besaba el infinito. Me encontraba en un entronque a las afueras de Tepeji, pero como es una curva prolongada es muy peligroso pedir aventón ahí, por eso caminé hacia una gasolinera que, según el chofer del tráiler del cual acababa de descender, quedaba a no más de un kilómetro. Se me ocurrió alzar el dedo gordo y seguir intentándolo, al cabo, las naves estaban quemadas. De pronto, una Nissan blanca, sin la puerta trasera de la caja, se me emparejó, “¿Pa ónde vas?”, “Voy hasta San Luis... de puro raite”, “Te llevo a la gasolinera, porque aquí nadie te va a levantar”. Pegué un brinco para treparme a la parte trasera de la camioneta, otro brinquito para descender y lancé un grito de agradecimiento (cuando se pide aventón nunca hay que olvidar agradecer el poco o mucho trecho). El viaje fue corto, no debimos de haber avanzado más de tres kilómetros.

Ahí estuvo la bronca, porque con tanta inseguridad los trailers dudan mucho: “No, wey, sáquese. La otra vez un wey así como tú me quitó el carro... sáquese”. Les pedía raite a donde fuera y era un constante rechazo, a veces grosero, con muecas de hartazgo y cansancio o palabras altisonantes: “No, cabrón, tengo prohibido subir gente”. “¿Pa ónde vas?”. Les respondía... “Ah, no, yo voy aquí cerquitas”. Estuve varado una o dos horas cuando de la nada me concentré en un tráiler blanco, reluciente, con un logo rojo en la carrocería de la defensa, marca Kenworth, que ingresó al gran patio que tienen la mayoría de gasolineras en las autopistas. Me acerqué esperando un no: “Operador, un raite”. “¿Pa ónde vas?”. “...hasta San Luis”. “¿A qué parte de San Luis?”. “A mero San Luis, por ahí por Prados”. “¡Ámonos! Nomás deja voy aquí al Oxxo, pero me voy a tardar. Espérame tantito”. Debo confesarles que la paciencia no es mi fuerte, como sí lo era de Santa Teresa de Ávila. Después de casi 40 minutos de estar como perro afuera del Oxxo me angustié sin motivo alguno, pues el tráiler seguía parqueado. Decidí entrar a la tienda a buscarlo, aunque no recordaba bien sus rasgos me guíé por su apariencia: baja estatura, cabello hirsuto, con corte militar. Ahora que lo recuerdo, en su momento lo asocié con el personaje animado del Pájaro Loco: se reía constantemente y de cierta manera sí estaba pirado.

“Espérame tantito al lado del carro. No me voy a ir”, platicaba con sus otros compañeros trailers. Di la vuelta y alcancé a escuchar: “Es que le voy a dar raite”. “Hombre, tú no entiendes, chingao. Desde que me asaltaron a mí, ni madres que subo a nadie”. Llegué a donde estaba el tráiler, lo contemplé como una salvación, algo que me quitaba el peso de encima. No pasaron más de diez minutos cuando apareció sonriendo. Yo también sonreí cuando rugió el blasfemo motor del Kenworth.

La cabina era confortable, no muy nueva pero tampoco vieja. El camarote estaba relativamente limpio, sólo se notaba una cobija desdoblada, supongo que horas antes. Creo que fue él quien rompió el hielo. “Por qué andas de raite” fue lo primero que me preguntó al agarrar carretera. “Es que mi abuelita está enferma y no tengo varo para ir a verla”. Afortunadamente mi querida abuela ya llevaba dos años de fallecida, de lo contrario habría pecado, y es que, en el anonimato

de las autopistas, uno puede ser quien desee e inventarse la vida que quiera.

Rememorar las conversaciones precisas equivale a una labor propia de un personaje borgiano como Funes. Y cuando se trata de alguien a quien no veremos de nuevo hay un 95% de probabilidad de que nuestra memoria se predisponga y borre lo acontecido. Las líneas amarillas continuas y discontinuas pasaban ante nuestros ojos entre chistes rojos y videos de Platanito. Después de Querétaro ya desahogaba su biografía amorosa: divorciado, con una hija de 12 años y comenzando otra relación. Los trailers, en el fondo, son caballeros andantes, poetas federales de caminos: solitarios, melancólicos contempladores de paisajes (sus mejores haikus son sus eternos viajes), anhelan la conversación sólo cuando extrañan el idilio salvaje.

“Yo estuve en la Marina. Así, chaparrito como me ves, soy bueno pa los chingazos. Te sé de defensa personal, de armería, de balística y de tácticas contrainsurgentes”, se estiró hasta la guantera, esculcó y extrajo un engargolado azul. “Mira, échale un ojo pa que veas que no te estoy choreando”. Eran unas copias desgastadas, algunas partes casi ilegibles. En efecto, se trataba de un manual castrense de adiestramiento. Lo supe por el título, que ya olvidé, además de dos capítulos, en los que me detuve rápidamente, acerca de uniformes y armas exclusivas del ejército. “Bueno, y qué haces de trailer”, le interpele. “Me gusta manejar, ver paisajes. Bueno, me salí porque tuve problemas con dos compañeros... ya sabes, pinches envidias, y pos yo soy de los que no se dejan, así que no me dejé... me le puse al tú por tú a un teniente y ya te imaginarás... que me amenaza de muerte, el cabrón. Pude haberlo esperado afuera de su cantón y descargarle mi escuadra. Pero por esas fechas me acababa de juntar y mi esposa, es la que te digo que es la mamá de mi niña, estaba embarazada. Así que decidí dejar las cosas por la paz y solicité mi baja. Sí... no, pos tã cabrón, ¿cómo ves?... y tú ¿qué show?”, se dirigió a mí con su rostro y peinado del Pájaro Loco. “No, pos te digo que voy a San Luis. Estudio acá en México, pero ya el pasaje está bien caro. Yo soy de allá, vivo por la B. Anaya, allí por Prados”. “¿Por el Rastro?”. “No, un poco antes”. “¿Oye, ya comiste?”. Se aproximaba la tarde, languidecían los rayos del sol,

se presentía el ocaso y yo sólo había ingerido una torta de tamal con un atole antes de agarrar vereda en Cuatro Caminos. “Vamos a pasar aquí al paradero antes de Santa María, aquí adelantito... No te preocupes, yo te invito”.

Se parqueó en La Estación: un conjunto de tiendas, restaurantes, una gasolinera y duchas, caracterizada con una temática de ferrocarril. Estábamos muy cerca de Santa María del Río, municipio limítrofe al sur del estado de San Luis Potosí. Apagó el motor, abrí la puerta del copiloto y descendí de un brinco. Me sentí todo un trailerero. Caminé erguido y orgulloso detrás de don Pájaro Loco hacia la entrada del comedor. En la fachada había un umbral y en un mostrador de vidrio se exhibían traileritos y locomotoras a escala, obvio a precios exorbitantes.

Nos recibió una mesera con minifalda y una gorra con el logo y los colores de la famosa marca de tractores John Deere. Al atravesar el patio lleno de mesas noté comensales con cara de cansancio, otros, hambrientos, devoraban su platillo. Llamó mi atención la vestimenta de muchos que cumplía el estereotipo que dictan las películas hollywoodenses: pantalón de mezclilla, gorras, lentes Ray-Ban de gota, setenteros, tejanas, playeras desfajadas y burras (en San Luis les decimos *burras* a las botas casuales, no *vaqueras*). Era un restaurante especial para trailereros, pero sin caer en la vulgaridad ni el peligro de una cachimba (término para referirse a un lugar para abastecerse, principalmente, de estupefacientes). Don Pájaro Loco saludó a dos o tres colegas suyos, como lo hacen los médicos cuando se encuentran en el cambio de turno. Durante todo el traslado a nuestra mesa nos guió la mesera. Escogí costilla de res en chile guajillo. No pronunciamos palabra mientras comíamos, estábamos hambrientos.

Con la panza llena el viaje fluyó más, de manera que a los pocos minutos de terminar de ingerir los sagrados alimentos y regresar a la cabina me familiaricé con el cambio del paisaje: ahora eran yucas, mezquites, pirules y estepas las que indicaban que nuestro destino, a paso de remolque, quedaba a no menos de tres horas.

El último relato de Pájaro Loco fue la vez que se trompeó con un federal: “Yo iba tranquilo, manejando, ya ni me acuerdo pa dónde. El pedo es que me rebasó a toda madre una patrulla de ésas de los Camaro. Son Camaro, ¿no? Y que me indica que me parquee. No tuve de otra, pero yo iba bien, todo en regla, yo venía chido y dije, qué pedo con este vato. Me bajé y le dije, ¿qué onda? ¿Por qué me paras?, vengo bien, si quieres chécame. ‘No es que andes mal’, le insistí en que yo andaba al cien, así, chido, sin deber nada. El chiste es que el wey no hallaba qué inventar, luego que me dice que venía a exceso de velocidad y encima que traía *full*”, así le dicen al doble remolque. “Pa no hacértela larga, le contesté ya molesto, un poco emputao, casi le grité, ése fue mi error, que lo único que quería era bajarme lana y que se me lanza. Me quiso someter, pero te digo que estuve en la Marina, o sea que mi mente, así de rápido, pensó ¿y si le quito la fusca? Lo iba a hacer, pero algo me detuvo. Nomás lo esquivé y le metí una cachetada... nombre que le dejo el cachete rojo. Ya iba a desenfundar, pero le dije: ‘Mira, cabrón, ni la saques porque si lo haces, te la quito y te mato, yo fui marino, así que mejor piénsale, ¡pinche policía culero! Tú ni eres oficial. Oficiales son los del ejército’. Vieras que no sé por qué, yo creo que me habrá visto muy encabronado, pero le bajó: ‘Es que ustedes los trailereros se creen los



Diego Tapia. *Contemplando el desierto*

dueños de la carretera, siempre nos quieren hacer pendejos. Ah, lo que no te dije es que cuando solicitó mi identificación también le enseñé ésta...”, de su cartera sacó una credencial enmicada, algo deteriorada. Era verdad, la identificación decía en la cabeza “Secretaría de Marina” Y sí, el de la foto era don Pájaro Loco con diez años menos. Entonces le creí y al hacerlo caí en la cuenta de la riqueza de sus vivencias. Quise preguntarle acerca del narcotráfico, pero era demasiado tarde: había arribado a mi destino. Justo en la entrada de una delegación, zona conurbada a la ciudad, contigua a la zona industrial potosina.

Le agradecí mucho. Tomé mi mochila militar, la de la buena suerte, abrí la puerta encerada y, con la mano en la manija, a punto dar el salto para apearme, le pregunté su nombre... Se ha diluido en los sueños. Crucé la autopista federal número 57 y tomé un camión urbano de ruta que me dejó en la esquina de mi casa. Misión cumplida, me había trasladado más de 500 kilómetros sin más de 50 pesos en el bolsillo. P





RUTINA

CHEJO GARCÍA

A MaJo, Goretty y Fabián

EL JET LAG PEGA FUERTE. Despierto sobre las cuatro o cinco de la tarde, ando desorientado por un par de segundos. Veo por la ventana que ya está completamente oscuro. Es mi primer día en Bilbao. No hay nadie en casa. Mi cuñada y mi hermano deben estar por llegar.

Traen comida china que paso con cocacola descafeinada. “¿Por qué no respondió a mis llamadas? Pensé que se había muerto o algo”, dice mi hermano. No sé qué responder, el cambio de horario me nubla las palabras. En efecto, tengo al menos 20 llamadas perdidas en mi teléfono.

Tardo un par de días en acostumbrarme. Aquí amanece a las nueve y anochece a las cuatro. El margen de acción diurna es corto; pero la vida nocturna, a pesar del frío, es muy activa. Me presentan a varias personas y éstas me presentan a más personas. Empiezo a frecuentar los bares y restaurantes de la ciudad. Trabajo amistad fácil. Me invitan al Azkuna Zentroa a ver *Cléo de 5 a 7* de Agnès Varda. Empiezo a mimetizarme con la ciudad.

Poco a poco pulo una rutina: en la mañana voy a la mediateca del centro cultural donde vi la película de Varda —en este lugar hay calefacción—, como algo en La Viña del Ensanche en donde encuentro una buena relación calidad-precio, regreso a la mediateca y leo algún libro —si me gusta, lo saco prestado y lo termino de leer en el piso de mi hermano y mi cuñada—, quedo con una amiga para comer algo y tomar vino en la calle Ledesma. Finalmente regreso al piso en la madrugada.


Mi hermano me escribe para que nos veamos en una tienda donde comprar los ingredientes de la cena. Mi cuñada me apura para que salgamos del piso. Justo ha comenzado a llover, pero sólo hay un paraguas. Lo compartimos y nos vamos caminando. Estamos cerca de Navidad. Hace un frío del culo. La Gran Vía está bañada por una serie de bombillas azules. Es como un río iluminado.

Tomamos por la calle de María Díaz de Haro y caminamos a buen ritmo para recortar un poco el trayecto y llegar a tiempo a la cita con mi hermano. Al pasar el cruce con la calle Pérez Galdós veo, a lo lejos, un bulto tirado en el suelo. Cruzo la calle, pero mi cerebro me detiene, me dice que eso no es un bulto, que regrese. Como yo llevo el paraguas le digo a mi cuñada que nos devolvamos un momento porque creo que he visto algo. Efectivamente: el bulto es en realidad una persona, un viejo que está tirado en el suelo al lado de un pequeño supermercado; parece

que nadie más lo ha visto, la puerta automática de ese lugar sigue cerrada y la cajera atiende a las personas que están en la fila.

Le dejo el paraguas a mi cuñada y corro hacia donde está el viejo. Tiene la frente llena de sangre, pero está consciente. Me quito la bufanda y se la pongo debajo de la cabeza. Mi cuñada llega y nos protege de la lluvia. No me atrevo a levantarlo, temo que se haya roto una costilla y se perfora luego un pulmón. Una chica sale del supermercado con una bolsa y me pregunta qué ha pasado. Le cuento a grandes rasgos todo desde que vi lo que creía que era un bulto tirado en la calle.

“¿Podrías llamar a una ambulancia, por favor?, no conozco los números de emergencia de aquí”. Ella llama y da indicaciones de dónde estamos. Me sorprende que la ambulancia llega en cinco minutos. Entre los dos le contamos a los paramédicos lo que ha pasado. Le preguntan al viejo su nombre, su edad, si sabe en dónde está. Todo lo responde. “He salido a comprar unas galletas para la cena y me he tropezado. No ha pasado nada”, dice. Los paramédicos lo montan en la camilla y lo suben a la ambulancia. El viejo se pasa la mano por la parte trasera de la cabeza, toma mi bufanda y me la entrega. Está empapada de sangre. “¿Usted es familiar?”, me dice uno de los paramédicos. “No, la verdad es que yo sólo pasaba por el lugar cuando...”. El paramédico no está para historias: “Necesito que se suba con nosotros y lo

 Metro Centric, Bilbao. CC BY 2.0





acompañe. Al menos necesitamos alguien que haga el reporte y que pueda estar pendiente mientras localizamos a su familia'. Miro a mi cuñada y le digo que se encuentre con mi hermano, que no tardaré.

Todas las clínicas son iguales, pienso. Huelen a lo mismo, tienen las mismas paredes y luces blancas. Las personas van de un lado a otro, nadie se mira ni se habla. Estoy sentado en una sala de espera. Alguien me llama para decirme que el viejo quiere hablar conmigo. "Señor, le debo la vida. Si no me socorre, ahora sería poco más que un jamón de cordero congelado de la tienda —sonríe—. Me han hecho unos puntos y me dicen que puedo irme. Sé que es un abuso de mi parte, pero ¿podría usted llevarme a casa?". No tengo problema con ello. Llamo a mi hermano para preguntarle si se ha reunido con mi cuñada y, de paso, para contarle que tardaré en llegar al piso.

Tomamos un taxi, el viejo dice la dirección. Es a pocos pasos de la tienda donde lo encontré. Le ayudo a bajar cuando llegamos. Es un edificio de cuatro pisos. El viejo vive en el segundo. El espacio es pequeño y huele a humedad. Todos los muebles son de madera y la iluminación es tan tenue que tropiezo con mesas y sillas que hay por doquier.

Le pido prestadas las llaves de su piso y salgo a la tienda a comprar algunos alimentos. Regreso con una bolsa de papel llena de enlatados, galletas de soda y botellas de agua. Le preparo una sopa instantánea que vi en su alacena y le sirvo un poco de atún sobre las galletas. El viejo come con gusto. Hablamos un rato más, luego le ayudo a acostarse en su cama y lo dejo con más cobijas de las necesarias. El pobre no tiene calefacción y por una rendija de la ventana entra el viento helado. Trato de acomodar algunos libros que tiene en su mesa de noche para tapar esa rendija. Me despido del viejo y salgo de su piso. Ya en la puerta del edificio me cruzo con un hombre que se dispone a entrar. "Vino usted a cuidar al viejo, ¿verdad?". "Sí, ¿cómo lo supo?". "Diría yo que uno o dos días de por medio pasa lo mismo. Lo encontré tirado en el suelo, ¿verdad? Le pidió que lo acompañara a casa, ¿cierto? Venga, pierda cuidado, no es el primero".

Una semana después salgo con mi hermano y mi cuñada a ver los fuegos artificiales que dispone el ayuntamiento para la celebración de Navidad. Pasamos por La Gran Vía y tomamos por una calle que nos sirve para cortar trayecto. Frente a una tienda veo un bulto en el suelo. Cruzamos la calle sin detenernos, ya empieza a sonar la pólvora y se alcanza a iluminar parte del cielo. ❶

Viajar con los libros

BERNARDA REBOLLEDO

NO TENDRÍA EL INTERÉS QUE TENGO POR VIAJAR A ARGENTINA si no fuera por los libros que he leído recientemente. Aunque nunca he estado ahí, sé que cuando por fin lo haga podré pronunciar ciertas palabras y expresiones, ubicar ciertas zonas y hacer un itinerario por el simple hecho de haberme adentrado en la literatura argentina contemporánea de la mano de Mariana Enriquez, Camila Sosa Villada, Denis Fernández, entre otros.

Se ha dicho mucho que los libros son la mejor manera de viajar, y no sólo porque nos lleven a algún lugar, tiempo o época cuando leemos, también porque nos ayudan a definir los lugares a los que queremos ir físicamente, aquellos para los que sí debemos comprar un boleto de avión. No llamaré a este último el *viaje real*, porque los viajes que hacemos gracias a la literatura son tan reales como los que se hacen en un avión o un tren.

Pienso en esta idea y me pregunto cómo planea sus viajes o de dónde se inspira la gente que no lee. Si no te dan unas ganas inmensas de ir a Estambul después de leer *Me llamo Rojo* de Orhan Pamuk o de visitar el Père-Lachaise en París con *Después del invierno* de Guadalupe Nettel, no entiendo de dónde se te antoja. Una buena respuesta será que gracias a las películas, tal vez por las ganas de conocer algo muy diferente a ti o por lo que sabes de aquellos lugares. Sea como sea, me atrevería a decir que las decisiones que tomamos sobre nuestros viajes se enriquecen gracias a los libros.

Los libros son un pasaporte. Sea el libro que sea, cuando estamos leyendo estamos viajando, estamos en la ciudad de la novela, en la época de ese cuento, en el futuro o en el pasado. Con los libros sí existen los viajes en el tiempo y no hay barreras temporales. No es de extrañarse que cuando visitamos en el plano físico alguno de los sitios sobre los que leímos sintamos que ya estuvimos ahí o ubiquemos el modo de vida de aquel destino siglos atrás.

Lo bello de los libros es que estos viajes también se pueden hacer con los de otros géneros. Si leemos libros de historia, nos estaremos transportando a un momento en particular y conociendo gente de ese periodo. Si leemos libros de divulgación científica, estaremos viajando al espacio o a algún laboratorio. Si es ensayo, estaremos adentrándonos en las perspectivas y opiniones que tiene un autor o una autora sobre un tema. Y con una biografía, en la vida de la persona de la que se habla. Las posibilidades son infinitas.

Además, hay otro tipo de viajes que hacemos gracias a los libros y a veces ni siquiera nos damos cuenta: las conexiones, es decir, lo que se cultiva a través de sus páginas, los temas que nos interesan, la gente que conocemos.



Para ahondar en esta idea, pondré como ejemplo lo que me pasó cuando tuve que escoger un tema de investigación para mi tesina en Historia del arte. Soy mujer, feminista y mexicana: tenía claro que quería hacer mi trabajo sobre una pintora del país. Ahí empezó mi viaje. Esto me llevó a charlar del tema con una amiga historiadora que me platicó de creadoras de inicios del siglo pasado que hacían murales en México, algo que me interesó porque yo no conocía mujeres muralistas. Descubrí que las hay y muchas. Quise investigar sobre una en específico: Fanny Rabel, una alumna de Frida Kahlo que hizo un total de nueve murales (uno de los cuales está en la sección infantil del Museo Nacional de Antropología).

Con mi tesina surgió todo un viaje de conexiones y aprendizajes. Un viaje que no es físico, pero en el que hay un antes y un después. Llegué a libros de investigación, en concreto a *Eclipse de siete lunas. Mujeres muralistas en México*, de la doctora Dina Comisarenco, donde el viaje fue todavía mayor al leer sobre todas las mujeres que ahí se abordaban. Supe que hubo una exposición en homenaje a Frida Kahlo en Polonia gracias a un coleccionista de grabados que entrevisté. Fui a ver el mural de Fanny Rabel en el Museo Nacional de Antropología en octubre del 2022 gracias a lo que leí en esos libros. Yo misma hice una tesina que (espero) hará viajar a muchas personas cuando la lean. Todo lo relacionado a mi investigación ha sido un viaje: los intereses, la gente que conocí, el aprendizaje que obtuve y cómo cambiaron y se ampliaron mis perspectivas. Aunque el viaje empezó desde antes de llegar a los libros, éstos fueron imprescindibles para continuarlo y su principal vehículo.

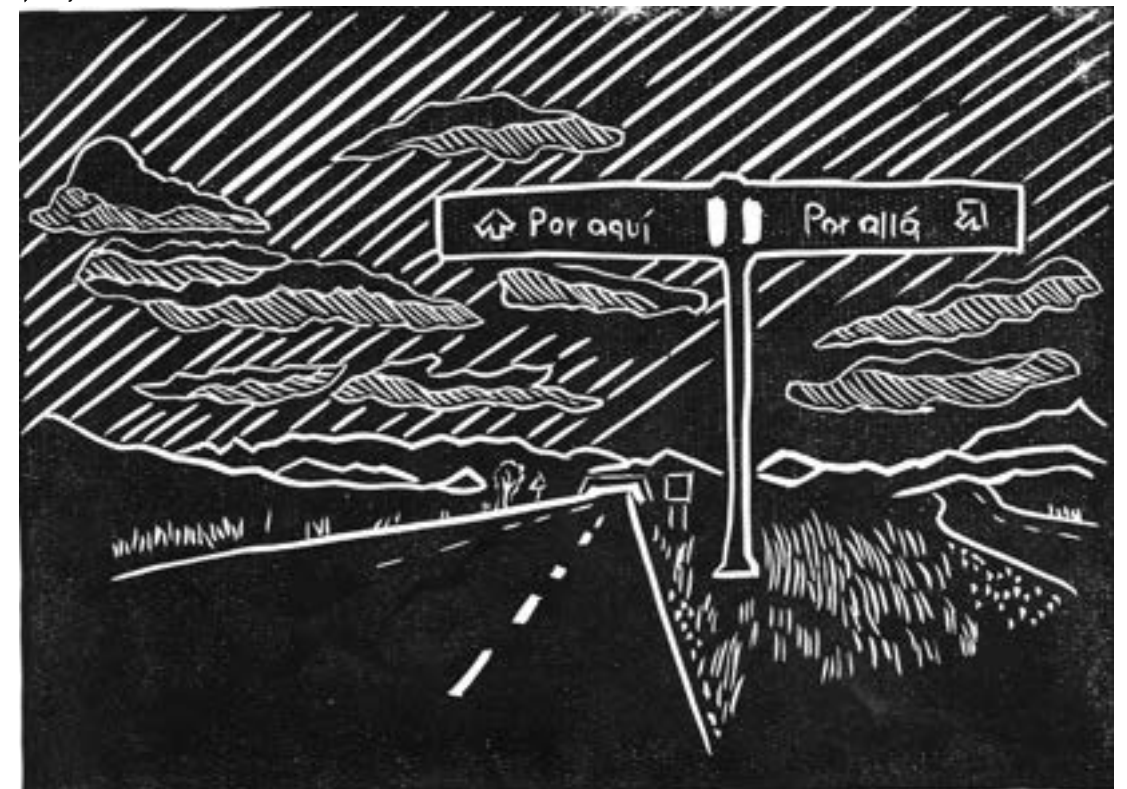
Los libros también nos hacen viajar hacia nuestro interior, ya lo dijo José Emilio Pacheco: “No leemos a otros: nos leemos en ellos”. En alguna presentación a la que fui en Barcelona, la autora comentaba que los libros nos escogen, aunque creamos lo contrario, y es verdad: sucede que así podremos conocer más sobre nosotros mismos. Tal vez lleguemos a algún autor porque nos gustó la portada (para los artistas es importante que un libro nos atrape por su imagen frontal) o porque nos lo recomendaron. Tal vez porque se menciona a su autora en otro libro o porque es de un autor que admiramos, porque el título sugiere que se trata de algo que ya nos pasó o porque una amiga pensó en nosotros cuando lo vio en la mesa de novedades. Si nos gusta algún autor o autora buscaremos más libros suyos, si nos interesa cierto período de la historia, leeremos acerca de él con mayor asiduidad. Poco a poco, sabremos qué autores y temas nos gustan más y se incorporarán a nuestros favoritos porque logran mantenernos enganchados. Sentiremos emoción y vértigo cuando algún personaje viva algo similar a nosotros o actúe como nosotros lo haríamos. O al revés: nos encontraremos con personajes que representen perfectamente lo que no queremos ser.

Al conocernos mejor gracias a los libros podremos entablar amistades o tener algún romance. ¡El viaje de conocer a una nueva persona! No hay nada más emocionante que darte cuenta de que a un amigo reciente le gusta leer y admira al mismo escritor o escritora que tú: “Ah, ¿leíste a tal? Uff, qué maravilla, me encanta la parte en la que...”. Y en ese momento piden otra cerveza, te recomienda un autor del mismo género, pero más atrevido, tú le cuentas de otro cuento que apenas leíste. Y nada, en poco tiempo ya tienes una amistad valiosa y comprendes que no podrían haberse hecho amigos sin esas lecturas de por medio. También sabes que no habrá

romance si a esa persona que te flechó no le gusta leer o lee poco. Los libros nos hacen conocernos, saber qué nos apasiona y qué no, a lo que aspiramos y a lo que no, pero también son un filtro excelente para las personas con las que nos cruzamos o no deseamos hacerlo más.

Los libros también son ideales para viajar de regreso al hogar. Si estamos fuera, será normal sentir añoranza por nuestros amigos y familia, las costumbres y la comida típica de nuestro país. No hay mejor manera de volver al territorio que con un autor o autora compatriota que nos haga sentir en nuestras tierras por un instante. Recomiendo llevar siempre un ejemplar de *Pedro Páramo* en la maleta, sea para un viaje vacacional o uno donde quememos naves: es un ejemplar delgado que cabrá en cualquier parte y que, como ningún otro, nos dará el sabor a tierra que sólo logra la pluma de Rulfo; una historia que no podría ser en otro lugar más que en México. 📖

✍ Alejandro Díaz. *Decisiones*






El camino

SAMA VAGAMONTES

*Hay cosas que no se explican, se viven.
Disfrútalas o súfrelas según sea el caso,
pero no pongas esa cara...*

AQUÍ TODOS LLEGAN TRABAJADOS Y CANSADOS. Lo que buscan es paz, esperanza. Aquí el calor de Semana Santa siempre es sofocante, el sol difícilmente es cubierto por nube alguna y así logra inundar la gran cañada con su brillo abrasador, hasta el río casi extinto donde todos se bañan, hasta el atrio donde miles se entregan al descanso desenfadado e inevitable después de jornadas extenuantes por paisajes que parecen interminables. Aquí todo peregrino busca alivio: del cansancio, de sus pecados. Aquí, en Chalma, lo que cuenta al peregrinar, al bailar y al rezar es tener fe.

Santuario sempiterno y depositario de las costumbres religiosas de un pueblo que cambia aunque permanece. Así, donde los antiguos realizaban sacrificios humanos al dios Oztoteotl (dios de las cuevas), los actuales ofrendan su agotamiento peregrino

 David Robles. De la serie
Oztoteotl, Señor de Chalma

al Santo Señor de Chalma, al Cristo Negro que por milagro destruyó la imagen del prehispánico y que promete bienestar a sus fieles devotos. Los dioses pueden cambiar, pero la fe que ennoblece aun a la gente más blasfema ha permanecido en México por siglos, cada vez más enraizada a pesar de los tiempos de crisis.

Son los chalmeros un tipo de peregrinos muy singular, su estampa es la de gente de clase baja, pero no pobre; son resistentes a la marcha, pero no caminantes; son personas rudas, reales, pero no peligrosas como dictan los prejuicios; son trabajadores y son creyentes a su manera; caminan con una cruz en la espalda y una cerveza en la mano, con el alma llena de fe y las neuronas ahogadas en solventes, pues una buena parte de ellos se droga para aguantar la jornada —máxime las nuevas generaciones—. Son los chalmeros, en conjunto, un mosaico diversiforme de la fe de un pueblo. Cada uno es personaje principal de su propio andar, y la riqueza del viaje consiste en conocer a muchos otros muy distintos, a pesar de ser todos peregrinos.

El camino

La ruta es la misma de siempre, aunque nunca es igual. Cada Semana Santa, así como durante otras fechas importantes para la religiosidad católica, los caminos se decoran con chalmeros fieles a la milagrosa imagen de Cristo. El trayecto de una buena parte de los peregrinos defeños comienza en la Magdalena Contreras, hay que llegar a Los Dinamos para empezar la andanza. Hoy en día todos se aprovechan de la fe y los taxistas del lugar cobran 50 pesos —el doble del precio común— por subir a los chalmeros hasta el lugar de salida. También algunos comuneros cobran peaje para los que transitan la carretera de ascenso.

El día miércoles de la Semana Mayor, algunos tuvieron suerte de subir a un camión desde Taxqueña, contratado especialmente para llevar a un grupo grande de devotos muy variados, desde familias hasta chavos banda. La mayoría viene de Iztapalapa, por los rumbos de Santa Martha, y algunos no resistieron las ganas de que el viaje se fuera volando, así que en un par de minutos armaron cuatro grandes porros que, en un instante, sofocaron el retacado camión de un humo reconfortante para casi

todos. Quienes llevaban a sus hijos menores apenas atinaron a colocarlos frente a la ventana para que no les pegara tan fuerte el hornazo de mota que, en realidad, no espantó a nadie. Todo era alegría religiosa y esperanzadora por la aventura que comenzaba y prometía ser un buen viaje.

Una vez en el Cuarto Dinamo todos bajaron del camión y caminaron los primeros pasos con el alma relajada, no sin antes desayunar un pulque en los puestos de antojitos. Ahí van, un tanto dispersos, río arriba. Aunque lo están, no manifiestan asombro por la grandeza natural que los rodea. El ascenso se dificulta un poco, más aún por el equipo improvisado con el que realizan su marcha: mochilas comunes, cuando no hasta bolsas de mandado en las que cargan agua, cobertores muy grandes y, casi obligatoriamente, una grabadora para amenizar el camino con las de Vicente Fernández, pasito duranguense y, ahora, hasta reguetón.

Hacia el mediodía, la cima del Cerro de las Cruces recibe a los chalmeros con su marco de puestos de comida, pulque y cervezas, que delimita un paraje que sobrepasa la sacralidad. En este punto los peregrinos de todos los tiempos han enclavado cientos de crucifijos en rocas que también ellos suben cargando desde partes más bajas del monte. Aquí sobresalen tres cruces azules sobre una base de concreto. No importa la edad ni el estado mental, aun quienes se encuentran drogados pisan de forma hierática la cumbre crucificada donde es necesario un descanso, ya sea para beber, comer o simplemente disfrutar el paisaje natural y el firmamento donde majestuosas nubes chocan con armonía para cubrir el sol y brindar tranquilidad a quienes saben que el camino apenas empezó.

El resto del camino es en descenso y, aunque se antoja fácil, a todos les tiembla el paso al verse frente a un tobogán natural de tierra suelta. Muchos prefieren bajar con las nalgas pegadas al suelo porque resbalar es inevitable, y no es éste el único ni el mayor reto que el camino pone a los chalmeros para demostrar su fe y su devoción. Sigue un trayecto apacible por llanuras interminables y paisajes bucólicos donde la mancha urbana apenas se percibe en la línea del horizonte. Los fervorosos ánimos invitan a apretar el paso, se habla



de lo mucho que falta y de que nadie puede claudicar. Aun en grupo, cada persona da la impresión de caminar a solas con su Cristo.

Al llegar al municipio mexiquense de Xalatlaco, los inagotables creyentes son recibidos, literalmente, con las tiendas abiertas. Hay oferta de comida, aguas frescas, micheladas a discreción, sanitarios limpios, vendas, ungüentos para los pies y cubrebocas para el resto del camino. Pero lo que muchos buscan es el quiosco de la plaza principal para tirarse a la sombra. Son ya las 2:30 de la tarde y el calor arrecia. Como sea, la columna de chalmeros nunca es estática, siempre se mueve hacia su destino milagroso; atraviesa el municipio y a la salida se encuentra con niños que mercan bastones de a peso a la orilla del camino, donde nuevamente los adultos venden pulque y micheladas. Alguna madre con su pequeño da muestra de apoyo y regala bolsas con agua de jamaica o de limón, ésas le saben mejor a todo mundo.

Ahora se trajina por extensiones de campo árido, olvidado. Grupos de niños pequeños, todos hermanos y como paridos en camada, uno tras otro, con el apellido de la pobreza, acosan con ternura despiadada a los cristianos con rumbo fijo para pedir, con una tonadita siempre igual: “un peso, un dulce, lo que sea”. Quienes ya saben del ritual, cargan bolsas de dulces que sacan en esta parte del trayecto para tener la satisfacción espiritual

de dibujar una sonrisa —siempre efímera— en el rostro de los infantes enfrentados tempranamente a la realidad social de su país. Esa parte del camino es alegre para los niños y disfrutable para los que, sin dejar de caminar, se dan la oportunidad de contemplar a lo lejos la portentosa imagen del Xinantécatl bañado por el sol tardío.

Otra estampa única: un padre lleva a su hija de tres años en un diablito de mandado que finge ser carriola, la niña abraza una cruz mientras se asombra del paisaje y se extraña de los niños que tanto piden a todo mundo, mientras que las madres de algunos de ellos amamantan a los más pequeños a la orilla del camino.

San Nicolás Coatepec. En este municipio el primer puesto siempre es de grandes crucifijos y figuras de Cristo. Adelante, en una camioneta de carga, se regalan naranjas a quienes siguen el camino —que más bien parece un tianguis gastronómico— que indica la ruta y atraviesa el pueblo. Aquí se ven muchas casas de adobe que todavía sobreviven, para fortuna y desgracia de la gente que las habita: lo primero porque les brindan un techo, lo segundo porque son muestra de que no hay para más. Los últimos niños se animan a pedir caridad, pero no todos alcanzan. Alguien comenta: “si tuviéramos dinero estaríamos en Acapulco y no camino a Chalma”.



Son las cinco de la tarde, es preciso un descanso porque los medios no dan para más; contados son los chalmeros que calzan botas, el común de los pies peregrinos viste Converse o unos Jordan piratas cuya suela no resiste tanto como la fe de quien los porta. Hay aquí otro claro de sembradíos tristes, y quien descansa puede apreciar, a cada instante, escenas insuperables por cualquier artificio de alta definición.

Tirados bajo uno de los dos árboles que decoran el terreno, dos chavos intentan exprimir su estopa de solvente para obtener un poco más de fuerza, pero apenas se incorporan al sendero uno de ellos tropieza y comienza a llorar por el agotamiento, resulta lastimero verlo así a pesar de su ruda imagen que en otros casos intimidaría.

Aún hay que cruzar otra parte de serranía, ascender no más de 150 metros, que en otras condiciones resultarían fáciles. Los más realistas prefieren esperar, fumar un poco de mariguana y ver qué pasa después, de cualquier forma, han de llegar, además caminar de noche es menos agotador. Se buscan cortes en el camino que faciliten la marcha a señoras, adultos mayores y niños, a todo el que esté pensando en el cansancio antes que en la manda religiosa.

El verde de los montes comienza a difuminarse. A punto de alcanzar el siguiente poblado, La Esperanza, ocurre algo en el camino: mientras un joven espera a su padre —que se quedó atrás— desde un recodo de la brecha se aproxima un hombre no mayor de 30 años que trata de intimidarlo para conseguir dinero o droga. “Qué pasó, carnalito, ando bien erizo, además entre chalmeros no se transa, banda”. “Si ya estás bien puesto, mejor ahorita a ver si te hacen el paro ahí en La Esperanza”, responde el muchacho. Ante la convincente negativa, el chalmero venido a maleante —o viceversa— decide platicar con la fallida víctima y con torpe voz se presenta como Óscar, viene desde El Olivar y asegura ser de la banda Los Panchitos. Muestra sus tatuajes y, luego de un rato, caminan juntos hasta que el padre alcanza a su hijo. Óscar empieza a gritar desaforadamente, le avisa a Dios que ya mero llega, que no le va a quedar mal. A la entrada del pueblo se queda junto a una barda para orinar.

En este punto sólo los valientes, los resistentes o quienes no tienen dinero ni trajeron cobijas deciden continuar el camino. Son las 7:30, el sol se guarda por unas horas y quienes se lo propongan llegarán a Chalma después de las 11 de la noche. La mayoría prefiere descansar, quienes no pueden pagar por un pedazo de tierra para acampar (15 pesos con WC incluido) se acurrucan en las banquetas del pueblo o en el atrio de la iglesia que de inmediato se llena. Antes de dormir se entablan charlas amenas con propios y extraños sobre las vivencias del camino.

El sereno y lo que falta

Para el segundo día —la última parte del trayecto— es preciso evitar el sol y con ello el agotamiento extremo, así que en punto de las 3:30 de la madrugada hay que armar las mochilas nuevamente, beber un café y partir junto con el sereno mientras la luna, que apenas la noche anterior estaba llena, ilumina el sendero lo necesario para no tropezar. El arenal se atraviesa a oscuras. Se trata de una brecha con una gruesa capa de tierra muy fina que se levanta en volutas arenosas al menor impacto de los pies. Hay que usar cubrebocas, paliacate o de plano aguantar que las fosas

nasales se llenen de tierra. La ventaja es el masaje que supone el tapete natural de arena para los pies cansados.

Santa Mónica es el último municipio. Al llegar aquí amanece y los gallos cantan al alba y a los peregrinos que ya se preparan para coronarse con flores y bailar a su dios con toda la fe que cargaron en el camino. La bajada al ahuehuate milenario es muy pesada, se hace por una rampa de concreto y cada paso lo resienten las rodillas y los pies con ampollas.

Desde siempre bailar es un descanso, una ofrenda y un agradecimiento lúdico al Santo Señor de Chalma; culto católico que data del siglo XVI, al parecer difundido por los frailes agustinos Sebastián de Tolentino y Nicolás Perea. Es reconfortante enjuagar el sudor y beber del agua considerada milagrosa que fluye por debajo del majestuoso árbol inagotable, cuyas ramas parecen querer abrazar a los chalmeros que se inclinan frente a él.

Lo que falta son poco más de seis kilómetros en los cuales la fe es determinante, sólo así se puede concluir la devota jornada. En este último esfuerzo casi nadie habla, el andar se vuelve un acto de locomoción colectiva, casi por inercia. En la vereda hay un ruido sordo de pies que se arrastran sin perder la fuerza. El sol comienza a filtrar su energía en la barranca de Ocuilán y alumbra y abraza a los chalmeros justo donde empieza la bajada hacia el templo monumental.

Hay que formarse para poder bajar por lo angosto de las escaleras del exconvento. En un murmullo colectivo se agradece la oportunidad única de estar ahí, algunos lloran de alegría. Es en ese momento cuando se entiende que la fe no se explica, se vive.

Ya en el atrio de la iglesia, los fieles creyentes son conducidos como manada religiosa por las autoridades del lugar (la policía estatal y los encargados de la sacristía). Hay que avanzar, estar unos instantes frente a la milagrosa imagen del Cristo crucificado. El templo se ahoga en un sopor humano de aglomeración. Hay que circular por la izquierda para recibir agua bendita y dejar limosna si se quiere una estampita —dependiendo de la limosna te pueden dar una, dos o más imágenes—, luego es opcional pasar a la tienda de la iglesia para comprar llaveros de 30 pesos o imágenes plastificadas por diez pesos. La mayoría no tiene dinero, pero tiene fe y con eso le basta para estar bien con Dios. Si no hay nada que comprar o nada más que hacer en el templo, hay que salir pronto. Afuera el tianguis sigue, como una venganza de los comerciantes que alguna vez fueron echados del templo.

El milagro

Lo último es correr hacia el río para bañarse, terminar la muestra de fe al estilo mexicano, es decir, en una verbena donde se convive muy a gusto con gente de todo tipo. Empinar las últimas cervezas, terminar la mariguana que sobrevivió hasta ese punto o simplemente echar relajo y aguantar el hambre.

La esperanza no muere y, bien o mal, motiva a muchos para seguir adelante por un momento más, por unas horas, un día, por el tiempo que sea necesario hasta que las cosas cambien. Y para que esto pase hay que moverse, caminar, bailar y, si es posible, rezar para que las causas difíciles no lo sean tanto. Esto es lo que refleja la



actitud de un peregrino, de todos ellos que andan, danzan y claman frente al Santo Señor de Chalma porque tienen fe en conseguir una quimérica y efímera calidad de vida —o, por lo menos, una mejor vida en el reino de los cielos—.

Al final, es seguro que la fe nunca moverá montañas, por el contrario, mueve cosas más grandes. La sola devoción generalizada moviliza a las personas, a los grupos, a las comunidades y, si de veras se tiene esperanza, a todas las sociedades. Claro que esta fe, que se vive, no es la oficial de las religiones ni la demagógica de los gobiernos, sino aquella que constituye un elemento real del pueblo.

Quod vidimus testamur
“Lo que vimos testimoniamos”



Postales

ÁMBAR LUCILA MICHEL DE LA SELVA

Para Arturo y Mariana

I

Preocupado por la enorme cantidad de misivas —alrededor de 96,5 millones— enviadas en Austria entre 1866 y 1869, Emanuel Herrmann, que en aquel entonces era profesor de Economía en la Academia Militar de Viena, publicó un artículo en el *Neue Freie Presse* para compartirle al mundo una idea que revolucionaría la correspondencia para siempre: la tarjeta postal. Su novedad era doble. Por una parte, permitía reducir el costo monetario —la papelería, el sello, el sobre y el precio del lacre— así como el trabajo físico —el tiempo que lleva doblar la carta y sellar el sobre—. Por otra parte, al tratarse de una tarjeta en blanco con un sello preimpreso, permitía al emisor escribir un mensaje contundente en una superficie de 12,2 por 8,5 cm. Su popularidad fue tan apabullante que para 1870 comenzaron a circular las primeras ediciones ilustradas, y en 1889 ya habían desbordado las fronteras austríacas, como lo muestra la primera postal de la Torre Eiffel. Este nuevo formato epistolar coincidió con el surgimiento del turismo de masas y, echando mano de la creatividad de artistas como Kandinsky, logró seducir a los usuarios para renunciar a uno de los derechos humanos fundamentales: la confidencialidad del mensaje. La vida privada se volvió pública. En retrospectiva, uno podría pensar que el precio pagado fue demasiado alto, aunque siendo objetivos ¿quién en su sano juicio es lo suficientemente valiente como para renunciar a la ilusión de enviar un objeto capaz de generar un vínculo emocional entre el emisor y el receptor? Yo, por ejemplo, no lo soy.

II

Hace poco comprendí que mi gusto por las postales tiene su origen en mi infancia. A los ocho años, lo recuerdo muy bien, encontré un montón de postales que

mi padre tenía guardadas en un cajón. Mi curiosidad nata de niña me llevó a explorarlas una por una. Me tomé el tiempo de leerlas, observar sus fotografías y dejarme cautivar por todos esos lugares. Mas mi fascinación se vio interrumpida al toparme con una postal cuyo mensaje al reverso era sumamente revelador:

Sin fronteras jamás, vives en mi corazón.
Tienes mi amor ayer, hoy, mañana y allende.
Apúrate, que la niña crece y sin ti no podrá decir “papá”.

María

El sucinto mensaje me dejó en *shock*. Resulta que mi padre, poco más de 12 años antes de conocer a mi madre, tuvo una relación con una canadiense. Su nombre: María Labrecque. El resultado de dicho romance sesentero fue una niña que, hoy en día, permanece desconocida para mi progenitor. No sólo en cuerpo y espíritu, también en nombre. Si bien nunca me han sido revelados los motivos por los cuales mi papá nunca fue al encuentro de su otra familia, a esa edad y gracias al invento libertario de Emanuel Herrmann, me enteré de que en alguna parte de Canadá habitaba una persona con la cual comparto la mitad de mi sangre. Desde ese momento, durante muchos años, imaginé que mi hermana me mandaba postales para compartirme su vida. *Recuerdo* con especial cariño la que me mandó por mi cumpleaños número nueve, la primera de todas:

Feliz cumpleaños, hermanita. Me encantaría que estuvieras aquí para explorar el bosque y el lago que están cerca de mi casa, sé que te gustarían mucho. Podríamos hacer un picnic y comer mucho pastel de chocolate. Espero puedas venir el próximo año. Acá te espero.

Te quiero.

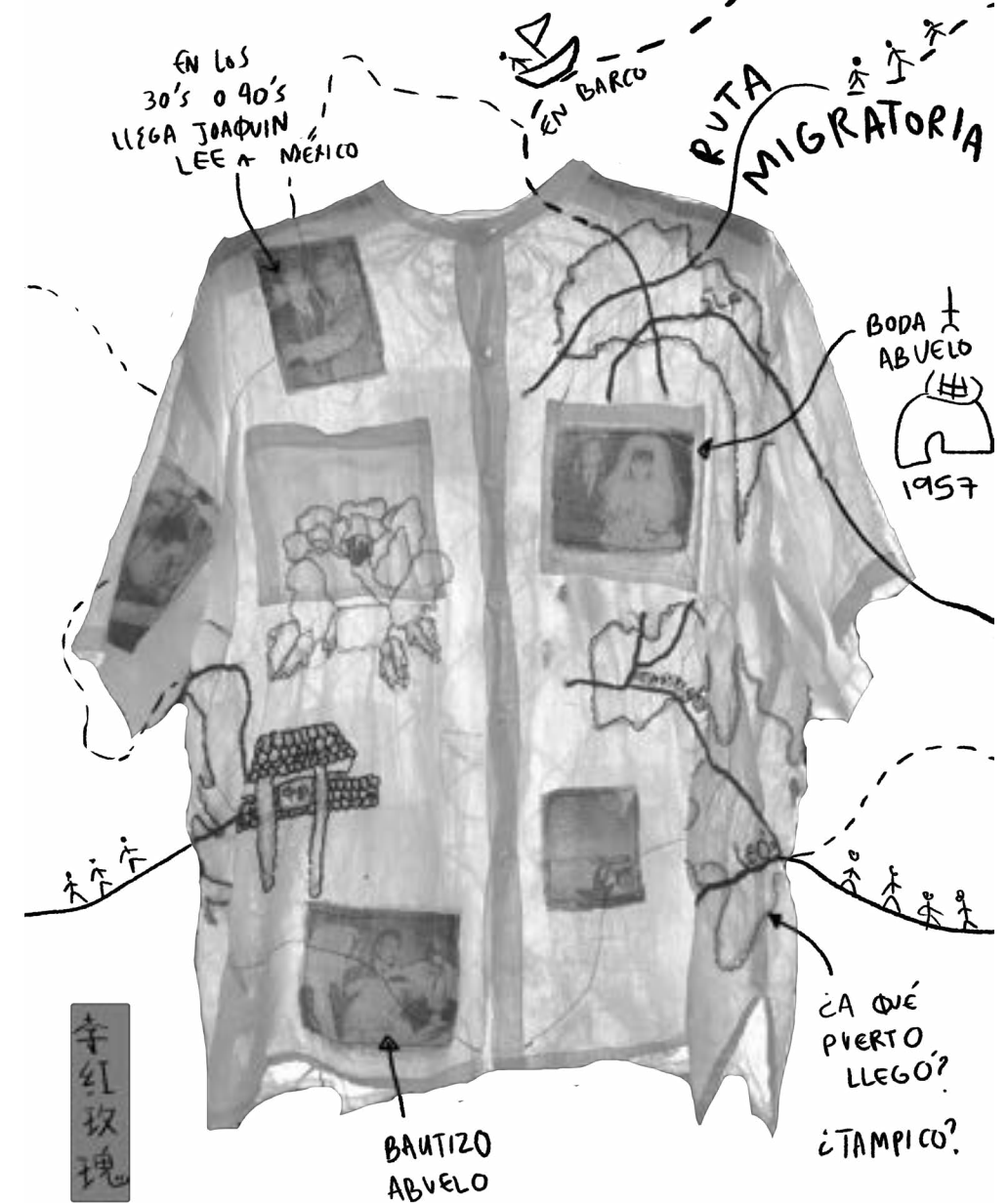
El paso del tiempo trajo consigo la pérdida de mi capacidad de fantasear y, como consecuencia, el olvido de la hermana que durante toda mi niñez me esforcé en inventar. No hubo más postales ficticias llenas de complicidad y acompañamiento, sólo perduró un amasijo de promesas vacías y la decepción de confrontar el hecho de que nunca conocería a mi hermana. Siempre sería hija única.

III

Era el año 2019. Mi vida en México era una absoluta pérdida de tiempo. Aproveché la falta de sentido para buscar un empleo lejos de mi zona de confort y, tras una larga búsqueda, encontré uno como niñera en París. —¿Qué tan complicado puede ser? —me dije a mí misma —Sólo se trata de cuidar a dos niños—. Llegué a París a finales de enero. La vida en ese lugar era muy distinta a como la había imaginado. Para mí, París no era una fiesta tal y como lo fue para Hemingway. El intenso frío, que calaba hasta lo más profundo de mis huesos, y la actitud de los parisinos, apáticos y distantes, no ayudaban en lo absoluto. Y de los niños bajo mi cuidado, ni hablar. Decir que eran unos adultitos pedantes sería hacerles justicia. Quizá si mis padres me hubieran bendecido con la dicha de procrear otro hijo mi experiencia como *au pair* hubiera sido más sencilla. Busqué mil y una excusas para irme, hasta que un día encontré un pretexto para quedarme. La *Shakespeare and Company* es, sin lugar a dudas, uno de los santuarios de libros más importantes de todo el Hexágono. Si bien no es la librería original —la cual cerró sus puertas en 1941 durante la ocupación nazi de París—, el recinto ubicado en el 37 de la rue de la Bûcherie lleva impregnado hasta la médula el espíritu literario de la crema y nata literaria de la época. Después de echarle un ojo a su impresionante acervo vi un aparador lleno de postales. La atmósfera cambió de gélida y sombría a luminosa y cálida. Supe que había encontrado mi señal. Escogí la que representaba a toda la Generación Perdida discutiendo en la entrada del recinto, la más trillada de todas, por supuesto. Sin prisas, escribí desde el fondo de mi alma, con los recuerdos a flor de piel. Nunca he recibido una postal, no obstante, pese al miedo hacia los ojos chismosos del cartero o la posibilidad de pérdida total en algún punto de la ruta aérea, sentí la satisfacción de mandarle una a mis padres:

Queridos mamá y papá:

Comienzo esta postal diciendo que siempre quise recibir postales de otras partes del mundo y, tras años de espera, he llegado a la conclusión de que ahora me toca mandarlas a mí... 📧

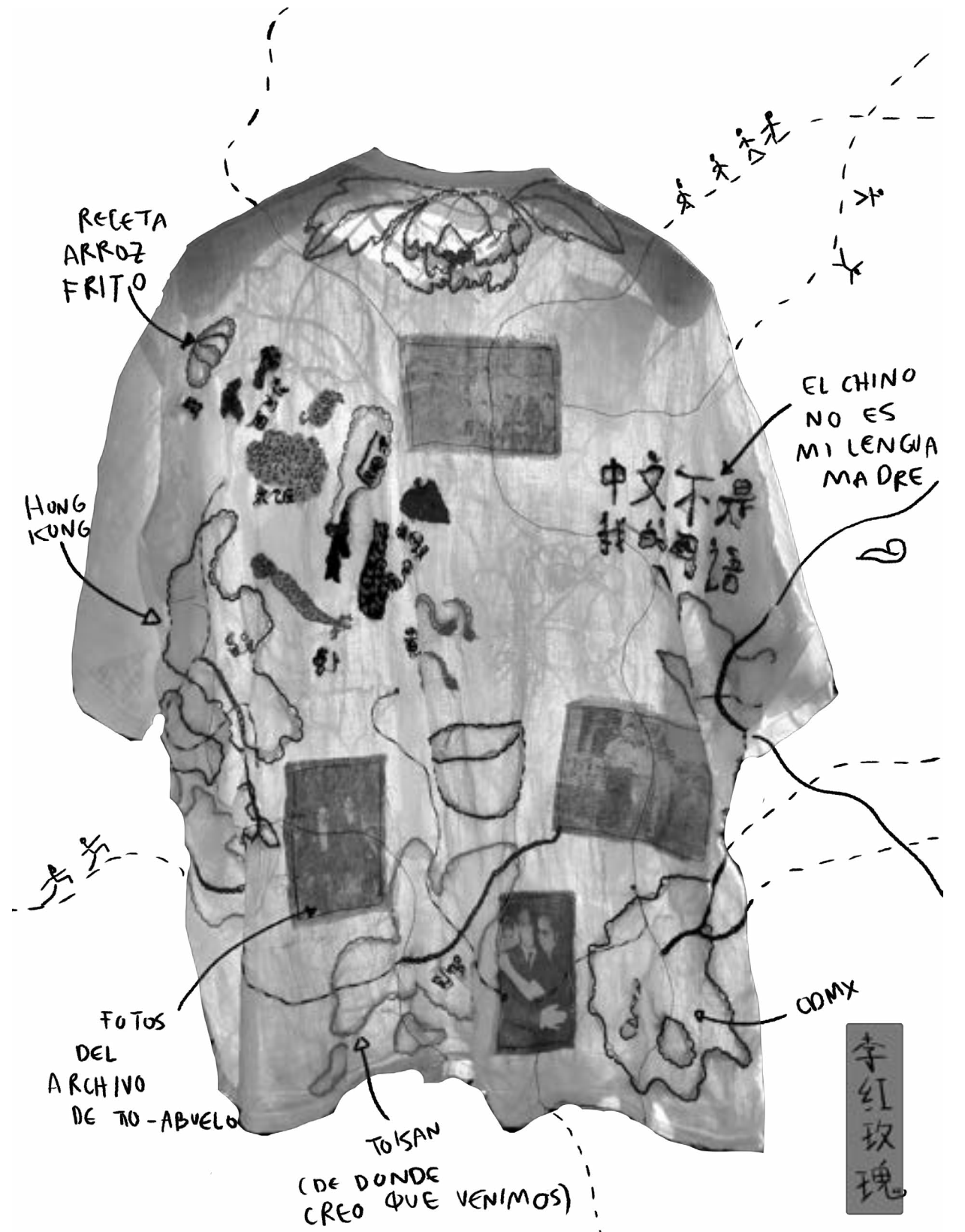


CAMISA DE ANTONIO LEE LAU

PALOMA MUY KUAY

El proyecto “Antonio Lee Lau” tiene como tema central la comida y su relación con la memoria y la identidad. Esta pieza es un mapa de la migración de mi abuelo, en el que conviven letras chinas, dibujos y recetas tomadas a partir de chismes de la familia y el archivo de mi tío abuelo. Las palabras incluidas pretenden hacer tangibles las relaciones migratorias que se cristalizaron en platillos y rituales de comida.

Técnica mixta: bordado, cosido a máquina (a cargo de Andrea Martínez), fotografía en tela e intervención digital, 2022.





Sabino

ANDREA LUNA

VIVIR ES UN TRAUMA FÉRTIL Y SABINO MI VERDUGO. Lo supe desde chamaca; su sombra me acorralaba en las canchas de lodazal, cerquita del huerto de don Hilario.

Lo miraba acercarse despacio. Surgía como un manchón amorfo debajo de las rocas, atrás de los troncos. Luego, se agazapaba inmenso pisándome los talones. Una vez se me ocurrió esconderme con las gallinas de tía Eugenia. Después de brincar la reja, las infelices decidieron corretearme toda la noche. Quizá advirtieron en mí una amenaza que extinguiría su linaje: tres desafortunados huevos colorados que con sólo verlos daba lástima.

Huí del sitio derrotada, con la dignidad a cuestras entre las arterias de tepetate. Exhausta, llegué a casa de Tarcila hecha una maraña de plumas. No supe qué decir. Tomé un baño con agua helada —la única que había— y al salir me dirigí al cuarto atrancando la puerta. Lentamente deshice las sábanas tumbándome en aquel catre maltrecho esperando que Sabino no me llevara hasta sus zanjas fúnebres.

Al día siguiente nos enteramos de que las emplumadas amanecieron bien tiesas.

—Aquí ya ni los animales quieren vivir —dijo Tarcila con voz temblorosa.

No sé si buscaba tranquilizarme de una manera extraña, pero yo sabía que era un mal augurio. Allá hasta el arroyo escupía presagios; el agua arrastraba un sinfín de animales diminutos que fenecían en los bordes angostos.

Convenimos emigrar durante la fiesta patronal de un santo recién incorporado. Recuerdo haber tomado un guacal lleno de ropa, la cajita de Tila y verla arrancar el cacharro rojo que dejó papá tras el abandono —jamás sospeché que esa señora menuda y temerosa supiera conducir—. A lo lejos, tres cohetes se lamentaban al unísono dispuestos a reventarnos los oídos como castigo.

Nos alejamos sin arrepentimiento. La aplastante travesía nos mantuvo rígidas hacia el frente, absortas sobre el asfalto lleno de agujeros.

*

Agradecí el desplazamiento durante los 28 años siguientes. Tuve numerosos días soleados, el *smog* de la ciudad revitalizó mis alergias, conocí a Diego; sin embargo, toda partida arrastra una deuda que debe saldarse y a mí me llegó la fecha de caducidad.

Reencontrar su silueta trajo un ápice de nostalgia entremezclada con irritación. Me siguió desde el trabajo, se atoró en las suelas de los tacones negros, encajó las garras entre las llantas del transporte público. Más tarde, aguardó en las llaves hasta lograr insertarse en la ranura de acceso.



Ya en la sala común se extendió sobre el sofá de terciopelo verde. Lo ignoré. Anduve entre habitaciones desordenadas, como si la acción de vagar entre compartimentos desapareciera al intruso. Entré al baño, la fatiga se desbordaba a través de los globos oculares y yo sólo sentía el chorro de agua fluir sobre mis manos rasposas.

Deambular con desgana me llevó a la cocina. Comí directamente de los recipientes expuestos sobre la estufa y al terminar subí a la habitación con Diego. Seguía dormido. Mi cabeza aún no lograba entender cómo conseguía descansar en aquella posición extendida que le apachurraba el estómago. No lo moví, me recosté a la derecha en cámara lenta y me quedé dormida a los cinco minutos.

Abrí los ojos de madrugada gracias a los números fluorescentes del reloj en la mesita de al lado. Su brazo, envolviéndome la cintura, otorgaba la temperatura idónea del hogar. Le di un beso en la nariz, bajé las escaleras —segura de haber tenido un mal sueño— e ingresé a la ducha dispuesta al reposo. Al salir noté que el celular vibraba

Alejandro Díaz. *Viajando*



insistente. Tila marcaba asustada advirtiéndome que lo había visto. Fue entonces que entendí: el sexto sentido de las madres es premonitorio.

Le dije que todo iba estupendo, no merecía una angustia más. Quedamos en hablar el jueves ya que el trabajo me dejaba deshecha. Sé que no la convencí por la forma en que terminaba las frases al despedirse. Colgamos entre silencios forzados.

Quise enredarme una toalla enorme sobre el torso desnudo. Fallé. Me mantuve en el rincón hecha un ovillo hasta que un roce en el hombro me espabiló la mente. Vacilante, di una sacudida brusca alejándome del intruso. Las manos temblorosas se dirigieron instintivas al rostro hinchado con la finalidad de ahogar los sollozos. Tenía miedo, el peor de todos. La casa, mi casa, ya no lo era. Quizá nunca lo fue.

La osadía del cuerpo alerta hizo que siete zancadas fueran suficientes para alcanzar el cesto de ropa limpia. Tomé un conjunto interior, los *jeans* flojos, un par de tenis y la chamarra que gané como botín en una apuesta absurda. Sin demora, dispuse la fachada frente al espejo mientras alargaba el brazo hacia el bolso tirado sobre la loseta. A veces realizaba un inventario de objetos que debía reunir antes de partir al exterior —llaves, teléfono, dinero, termo—, pero luego del suceso inmediato no me detuve, vacié el horror dentro y cerré de un portazo sin despedirme.

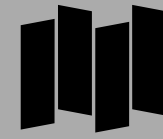
Diego lo atribuiría a la discusión de hace ocho días gracias a mi poca tolerancia al perdón. Soy rencorosa, es verdad, así como fiel creyente de que todos los que absuelven son astutos fanfarrones. Las decepciones, como astillas, se van encarnando en el pecho y una vez que llegan a tope, el indulto se transforma en ilusionismo. Tal vez eso fue lo que atrajo a Sabino o siempre estuvo ahí, escabulléndose entre quimeras de antaño para destazar mi psique en un arrebato bestial.

Detuve la vorágine reflexiva al llegar a la tienda de conveniencia de la avenida Consuelo. Di un respiro, era el único establecimiento en la zona similar a una cafetería. Compré un americano —no tuve otra opción— e ingerí el primer sorbo quemándome la lengua. Afuera bebí un trago más largo sin la vista mordaz de la cajera en turno; no era el mejor brebaje, aunque cumplía la función de llenar el hueco desprovisto de cafeína. Mientras tanto, el viento matinal me arrancaba el agobio e invitaba a pisar las rayitas de la banqueta. Luego de 166 líneas atropelladas advertí que había estado merodeando en una especie de *déjà vu*.

Fingir que Sabino no me acompañaba duró una calle extra. Estaba harta, el efecto placebo que estimuló la intemperie se agotaba junto con mi sensatez. Decidida abordé el autobús en una zona consagrada a la espera. Un montón de olvidos subieron conmigo, apretujados entre manos sudorosas sosteniéndose de los barandales metálicos.

Alcancé asiento junto a la ventana. Manchones de paisaje se desplegaron en cuanto el vehículo adquirió velocidad. Cerré los ojos, imaginé devolver la llamada a Tila, regresar al abrazo, repetir los hábitos, pero Sabino anuló el ensueño acomodándose en el asiento contiguo. Escuché su quietud, los cohetes, las gallinas. Vi de nuevo a Eugenia, a papá, a Tarcila arrancar el auto, el descenso a los baches, el horizonte. De repente ya no tenía miedo, el destino era evidente y la sentencia clara: la tierra siempre exige un viaje de vuelta. **P**





CARRUSEL

HEREDADES

RETRATO A VILLAURRUTIA O LA PRESENCIA
DEL VACÍO
CÉSAR CAÑEDO

ENTRE VOCES

FUCK TU GRUPO: EL ARTE EN LA PERIFERIA
MATEO PERAZA VILLAMIL





Autor desconocido | Fondo Xavier Villaurrutia | Coordinación Nacional de Literatura-INBAL

Retrato a Villaurrutia o la presencia del vacío

CÉSAR CAÑEDO

CREO EN EL SUICIDIO DE XAVIER VILLAURRUTIA. Con la fe de quien se ha sentido interpelado muchas veces por su poesía, por la voz estruendosa de su vacío. El enorme poeta ha hecho de la muerte un asunto más para detectives que para críticos. No sé si identificarme con sus pistas cerradas o inventarlas sea retratarlo con humo y sombra, si dibujo un Villaurrutia imaginario que se quita la vida por amor, por soledad y desesperación. Un dejarse morir, un morir en vida que fue prefigurado en sus poemas, una despedida abrupta de anestesia sin retorno a la angustia y al miedo. Un secreto que se desnuda a medias y ve todo con ojo obsesionado. Ese suicidio es el que me presta sus ojos, su obsesión ahora es también la mía. Su poesía ha tenido el efecto de no poder olvidarla en otros, en Elías Nandino, Octavio Paz, Manuel Ulacia, Christian Peña. Es, ante todo, su instalarse en las sombras lo que ha llevado a que otros poetas busquen su oscuridad inhalándola. Y como un mar de sombras entre más cerca rompe, más se esfuma. Y entre más profundo más se distancia y el misterio persiste como persiste la interrogación. La vida cóncava

que se hundió en 47 años. La vida que fue literatura, y la literatura que fue, para él, vida. Despertar es morir, no me despierten.

Acaso fundó (no en soledad) la estirpe del poeta inteligente, con esa inteligencia moderna, inclinada a la crítica, interesada por la traducción, espejo a escala de las tradiciones. Sabiduría, digamos, de la distancia con la pose afectada y afin a la belleza estética acorde con los rigores de los tiempos de la imagen poética —perseguida y soñada pese a todo—. Inteligencia moderna ceñida muy de cerca por el genio, por la soledad y por la insuficiencia y estrechez que ha podido ser este mundo. Estrechez ante todo moral, una de sus cárceles. Practicó una lectura de insomnios para reconocerse y reconocer a sus modelos en poetas franceses, en Gide, en ingleses barrocos, en decadentes de todos los siglos, en Ramón López Velarde, en pintores eclécticos, en sus amigos y contemporáneos. Sabemos que era maestro de la paráfrasis de otros poetas (el que esté libre... arroje...), y más aún del robo exacto, uno que borra al afectado y declara el triunfo del ladrón de versos en que se convertía cuando intercambiaba —transmutaba— metáforas y sentencias; alquímico y molicie, orfebre atento a la luz que da la sombra. Un incansable, la fatiga sólo la conocía en la pereza. En uno de sus cuadernos habla de procrastinar como otra forma de la razón, como un saber. Su saber entonces es uno que no tiene salida. Supongamos que eso a la larga erosiona la imagen propia, presumamos que saber incansablemente le dolía. En este juego de voz con Villaurrutia he presentado ya parte de su epitafio. Su último poemario, al que volveremos, cierra con un epitafio para Jorge Cuesta, uno de sus íntimos —la intimidad, esa escucha de uno mismo en otro—. Abajo del de Cuesta pone el suyo. En ese acto le pone llave a su poesía. Jorge Cuesta se quitó la vida.

El poeta aprendió de memoria la hondura en sus pisadas deambulando por la antigua calle de San Juan de Letrán, por los muelles de Los Ángeles. Lustraba continuamente sus zapatos negros para no ser perseguido por claroscuros. Sus pasos giraron a menudo en torno del deseo. Un deseo vigilado por el miedo y la locura. Novo, su mejor amigo de adolescencia y primera juventud, nos cuenta en *La estatua de sal* cómo retrasaba su confesión en la heterodoxia del deseo, lo difícil que fue para Villaurrutia abrirse. También nos dice que en su familia habitaba una estirpe de tragedias conyugales, enfermedades nerviosas y desequilibrios. Deseo en el miedo y miedo en el deseo. Novo también menciona que la manera de aludir a la homosexualidad entre ambos fue gracias a las lecturas que compartían. Otros poetas modernos (Whitman, Wilde) fueron ejemplares ejemplos, le dieron pauta para incluir pinceladas del entonces otro amor, el que no decía su nombre, pero sí dejaba sus huellas en los versos. Aprendieron a hacerlo y alcanzaron sutilezas y claves, muchas hoy todavía ocultas, otras olvidadas, como se ha olvidado lo dulce que es guardar y compartir el secreto sólo con la persona elegida. Hoy parece que todos deben saber los asuntos sexuales de uno, el régimen del *coming out* tristemente lo es todo.

Contradiciéndome, me gustaría profundizar en el secreto de Villaurrutia. Una de sus lecturas para identificarse en la homosexualidad, el decadentismo, la extravagancia, los nervios y la locura fue su investigación atenta sobre Luis de Baviera

(Luis II, 1845-1886), el loco rey que admitía a los hombres en su corte sólo si los atormentaba la belleza. El que se iba a almorzar con sus estatuas. Uno de los primeros en ver en una verga un cisne. Villaurrutia dice, decepcionado, después de leer una biografía de este peculiar personaje: “Todo lo que el autor deja en la sombra es lo que me habría interesado saber”. Repito lo mismo ahora sobre Villaurrutia y la discreta información sobre su vida: “Todo lo que Villaurrutia deja en la sombra es lo que me habría interesado saber”, lo que aún me interesa. Hombre de interiores, dice de sí, recluso. Con tendencia a olvidar, con el único sueño de no dejar memoria, porque el resto lo había convertido en pesadilla. Sin embargo, sus recuerdos se asoman en algunas de sus cartas, en testimonios familiares y amigos, en su literatura: ecos que se convierten en hipótesis, y la revelación de su poesía como un código de seguridad que abre una caja fuerte dentro de otra y otra más. Su poesía, debajo de tanta oscuridad, se vuelve la verdadera transparencia de vida. Hay que aprender a ver su rostro entre líneas, debajo de las líneas, *subleerlo*, en particular ante alguien a quien interesaba tanto lo *subconsciente*. En sus cartas le explica a Novo del “subentendimiento”, de ir hacia el deseo a tientas, de no encender la luz, de no dejar que atravesara sus ventanales. La homosexualidad era un conflicto, una profundidad sin límites claros, un mar antiguo y airoso al que tenía que encerrar y dejarlo apenas lamer sus barrotes, culpa y raíz de sueños, ternura y arrullo para calmarlo sin que dañe, así le susurra a Novo en “Nocturno mar”.

Para Villaurrutia la noche es psicoanálisis. Conflicto mordeándose la cola, cicatriz luminosa, reflejo mar de un hombre desnudo frente a otro. Me aproximo a esa dimensión simbólica homoerótica escondida en sus metáforas, en las que he aprendido a leer las letras evanescentes del deseo. Para esto fueron de gran ayuda tanto aquella íntima amistad con Novo como las cartas que lo atestiguan. Sabemos que fue un poeta cuyas migraciones ocurrían en su alcoba las más de las veces. Ensayaba tránsitos y pasos alrededor de un tintero de sombras y de una hoja de palidez mortal. Aunque hubo, al menos una vez, un viaje importante: entre 1935 y 1936 obtuvo una beca para estudiar teatro en Yale y radicó en New Haven junto con el *caballero* Rodolfo Usigli, así lo nombraban con distinguida sorna para marcar una distancia heterosexual. Conocemos 14 cartas que le envió a Novo durante ese viaje. En 1966 fueron editadas y publicadas por su destinatario, quien las censuró en un acto de pudor por edad y por distancia con aquella juventud febril. Villaurrutia había muerto y el otro se sentía anticipadamente viejo. El tiempo de la homosexualidad anhela la adolescencia y la juventud temprana, lo demás pesa. He trabajado las cartas mecanografiadas, sin las omisiones de Novo, quien quitó alusiones sexuales directas, nombres propios de amigos y enemigos (y los ataques a éstos), el afeminamiento con el que se hablaban, es decir, la diversión y el desenfado. Las construyó derechas, uniformemente uniformes, paisajistas, sin lubricidades ni crisis de identidad, que las hubo al menos de parte de Villaurrutia.

En New Haven el poeta se aburría, por eso decidió terminar el viaje con unas vacaciones por la costa californiana, donde encontró lo que buscaba: *cruising* y poesía. Mar abierto. Da cuenta de ello el bellissimo “Nocturno de los ángeles”, fechado en Los Ángeles en 1936 y dedicado a Agustín Fink, amigo en común de Novo, al que



conocieron en México y a quien Novo describe, con conocimiento de causa, dotado de una herramienta descomunal, propietario de una lata de salmón de diámetro en la entrepierna. Villaurrutia se reencuentra con él en Los Ángeles y le cuenta a Novo que fue quien le proporcionó, entre otros enseres, la brújula nocturna para encontrar oscuras calles que fluían como ríos de sedientos seres. A los 33 años, edad que tenía cuando enviaba las cartas, Villaurrutia conservaba su buen humor, un humor que se fue apagando. Un humor cercano a la *perrez* en la intimidad con su amiga Novo, travestidas por las epístolas, en las que se feminizan: “Me asombra un poco ver la lista de nombres femeninos que aparecen con frecuencia en tus cartas: ¿te has convertido a la heterodoxia sexual? —Emma, Delia y Amelia— ¿dime si falta alguna de todo el aturdido palomar?”. Villaurrutia se refiere a Novo con su nombre de batalla, *Adela*, en algún momento. En otro, al preguntarle por los amigos en común dice: “veo que se entregan al *bridge* con furor uterino permanente. Me imagino que están hechos unas fieras. No he vuelto a jugar”. Este afeminamiento también fue un código poético que practicaron juntas las adolescentes que compartieron lecho y techo. En ellos, muchas referencias literarias serán traslocadas, tras loca das, identificación femenina y deseo entre sus plumas. Su antigua amistad construye la palabra “hermano” para hablar del amante y ven en Cástor y Pólux y en el hijo pródigo (del evangelio de Lucas y de un cuento de Gide) “subentendimientos” homosexuales. Imagino que en algún momento Novo y Villaurrutia tuvieron sexo. El sexo entre amigos no adolecía del corporativismo que en algunos casos tiene ahora.



Las relaciones que establecían podemos llamarlas libres, más de amantes que de monógamos. De ahí que Agustín Lazo no fue, como nuestra mirada gay-romántica desea a veces, el amor de su vida. Un compañero sin duda. Otro cartógrafo para su goce artístico y erótico.

Me he obsesionado con la lectura sexualizada de ciertas metáforas complejas de Villaurrutia. El mar como el deseo homosexual y como la personificación de un varón que desea otros. La rosa, un código que comparten Villaurrutia y Novo, como una subversión anal. En el primer poema que Novo dedica a Villaurrutia le dice: “Porque tu voz es sabia en callar y ceder/ al claro simbolismo del rosal florecido”. Curiosamente, uno de los poemas más celebrados de Villaurrutia es “Nocturna rosa”. Sobre él nos dirá: “‘Nocturna rosa’ es un poema en que a la rosa de otros poetas, de todos los poetas, opongo una rosa particular, creada o descubierta por mí en mis sentidos: la rosa del tacto, la rosa del oído, la rosa de la vista”. La literalidad importa en este caso: el poeta habla de una rosa tocada, oída y vista por él. Una tradición poética continuada, por muchas y diversas tradiciones, hasta el hastío, el desgaste y quizá el machismo, ha sido metaforizar la rosa como la vulva, lo cual no sería un hallazgo, ya que Villaurrutia presenta su rosa como un inusitado descubrimiento poético. Además, su rosa es negra, oscurecida y oculta para el espacio visible a simple vista. Nos obliga a buscarla en todo el cuerpo. Anthony Stanton roza con su interpretación hasta las profundidades de una boca. Para mí puede ser la rosa-ano: “Es la rosa de humo,/ la rosa de ceniza,/ la negra rosa de carbón diamante/ que silenciosa horada las tinieblas/ y no ocupa un lugar en el espacio”. También aparecerán la espuma y la nieve como metáforas del semen en “Nocturno amor”, dedicado a Lazo, particularmente en los versos: “sobre la almohada de espuma/ sobre la dura página de nieve”. No soy ajeno a la polisemia brillante del poeta y sus metáforas, la rosa oscura también puede ser una boca y la nieve citada cocaína, como ha leído con certeza Evodio Escalante.


Hay otra pista encubierta de sombras que me inquieta y que relaciono directamente con el suicidio. *Canto a la primavera y otros poemas*, su último poemario, canta obsesivamente un amor oculto, prohibido, que tiene que callarse forzosamente. No hay dedicatorias, no hay alusiones directas en estos versos desgarrados. Elías Nandino, quien fue un descreído de la muerte por angina de pecho y el primero que encendió la sospecha de la muerte por mano propia, nos dice que poco antes de morir Villaurrutia tenía una angustia personal, ligada con el espacio familiar y doméstico: “una ruptura entre los amantes, un matrimonio inevitable, una gran fiesta la víspera de una muerte fulminante y el gran arrepentimiento posterior de alguien, a la única conclusión a que me llevaron mis pensamientos fue a la de que Xavier se dejó morir”.

Mi hipótesis, la más arriesgada y delirante, es que Villaurrutia tuvo un intenso amorío con un hombre destinado a convertirse en su cuñado, un dolor hondo, un amor secreto casado con una de sus hermanas. En uno de los más bellos poemas de este libro, “*Amor condusse noi ad una morte*”, Villaurrutia refuerza la tónica del amor que tiene que callar su vínculo. Aquí la clave es el título, verso del canto V de la *Divina comedia* de Dante dicho por Francesca de Rimini, en el consabido placer entre ésta y Paolo, amantes que leen juntos en el infierno, una condena por haber desatado su pasión siendo cuñados. Villaurrutia se identifica con el adulterio y padece en este poema

la voz de Francesca. Como dramaturgo no dejó fuera esta obsesión, ya que en una de sus últimas piezas para teatro insiste en una escena muy similar al adulterio que quizá fue también un drama personal. El monólogo *La tragedia de las equivocaciones* (1950) relata brevemente la historia de dos hermanos gemelos (código homoerótico). Uno está casado y el otro decide permanecer soltero. Una noche de ausencia del casado, el gemelo tiene sexo con la esposa ajena fingiendo ser el marido idéntico. El otro, al descubrirlo, entra en crisis y la obra termina con incertidumbre, con el duro impacto de la inacción:

¡Pero y él, mi rival, mi traidor hermano! Tuve impulsos de ir en su busca y de matarlo. Pero, si lo mato, más que un asesinato será un fratricidio y, más que un fratricidio, puesto que nacimos al mismo tiempo y al mismo tiempo tendremos que morir, será un suicidio. Por lo pronto, he suspendido los viajes. Y tengo encerrada a mi mujer. ¡A mi mujer que es encantadora, ingenua y, a pesar de todo, inocente! Mi mujer no se explica por qué la tengo encerrada. Y yo no puedo decirle por qué. ¡Con qué cara voy a decirle que todo fue una equivocación! Con qué cara voy a confesarle que mi tragedia consiste en tener un hermano tan parecido, tan idéntico a mí, que ni ella misma fue capaz de notar la diferencia. ¡No supe, no he sabido, no sé qué hacer!

Aquí se cierra el telón. Y con él mi ficción y mi delirio en el que Villaurrutia padece hasta el límite de lo tolerable, de la cordura, por el matrimonio de una de sus hermanas.

Códigos y ocultaciones revelándose. Juegos subentendidos para entendidos que se desentienden. Metáforas. Evocaciones. Y silencios. Las obsesiones traducen los delirios. Desentrañar a Villaurrutia agota, conduce al placer del callejón vacío. Cauteriza las heridas que dejaron de intentar cerrarse. La angustia fue una fiel compañera del poeta y ahora ésta me conduce a parques oscuros donde sólo uno de los columpios está lejos del óxido, meciéndose, arrullado por el tibio silencio de la noche. Salgo a caminar, creo que salgo, pero en mi mente cruza habitaciones un hombre que observa en otro hombre un fondo blanco. Un blanco familiar, desgajado por agotamiento. Ni una sola certeza se entinta para rubricar estas páginas con las que he intentado retratarte, Xavier. Acaso me dibujo en la promesa que lanzabas al polvo: “alguien, en la angustia de una noche vacía/ sin saberlo él, ni yo, alguien que no ha nacido/ dirá con mis palabras su nocturna agonía”. La próxima vez que me acontezca el arrebató de tu poesía habré puesto el oído en más palabras tuyas. Hasta entonces, Xavier, contigo duele, respira, la presencia del vacío. 



Fuck tu grupo: el arte en la periferia

MATEO PERAZA VILLAMIL

Llegaron desde la periferia para cambiar el panorama literario. Fundado en 2018, el Centro de Experimentación es un proyecto interdisciplinario —narradores, poetas, artistas plásticos, escénicos y músicos— radicado en Yucatán, el cual engloba propuestas de arte que persiguen la trascendencia más allá del canon. Son, a su vez, amigos que, a costa de retroalimentaciones y espaldarazos oportunos, han salido adelante. Es uno de los grupos artísticos más importantes del medio cultural yucateco. Además de la literatura, los une el interés por la música, el anime, los videojuegos y el freestyle. En esta entrevista participan Daniel Medina, Daniel Sibaja, Andrés Segovia, Mariana Pacho, Diego Olvera, Román Sansores, Edson Martínez y David Mayoral. Todos artistas reconocidos en sus disciplinas. Sus testimonios se basan en dos preguntas: ¿por qué creas? y ¿qué significa el Centro de Experimentación para ti?

Daniel Medina y Andrés Segovia ganaron las emisiones 52 y 53 del concurso Punto de Partida de la UNAM en la categoría de Poesía (el ganador anterior de Yucatán, Agustín Monsreal, obtuvo el premio en los ochenta). Sus propuestas radican en poemas breves que toman como argumento los hechos que los formaron en la niñez, apostando hacia la universalidad desde lo singular.

Nos conocimos en una presentación en 2019. Se rumoraba que eran un grupo cerrado y frontal. Escuchaban y criticaban un programa de radio que dirigí con otro escritor. Cuando nos vimos se disiparon las rencillas. Discutimos horas sobre literatura y terminamos rapeando en el balcón de la casa de Medina, donde ahora converso con ellos para esta entrevista. Aquella noche supe que el Centro de Experimentación se fundó en la amistad generada en el Centro de Educación Artística, un proyecto gubernamental para formar artistas desde el bachillerato. Lo que siguió lo definen como “fichajes”. Entre los integrantes eligieron gente joven, con talento, que pudiera aportar al grupo. Daniel Medina invitó a Román y a Andrés al taller. Tras la preparatoria llegaron más integrantes: Edson Martínez, Carla Alonzo y Michelle Arrébola. Dos poetas y una artista escénica.

Pusieron normas claras: no puede haber faltas al taller sin avisar antes, vínculos con el Estado (Ayuntamiento o Secretaría de Cultura) ni con grupos literarios cuyo modelo fue el punto de inicio para “no hacer lo mismo”, y los textos deben ser ultramodernos. El Centro de Experimentación consolidó dos proyectos previos: la revista literaria Bistró y Ediciones O, de la que Fernando Sierra es parte, ambos fundados en 2015. Sus apariciones son fortuitas y calculadas. Como grupo persiguen la transmisión de un mensaje concreto, uno de resistencia para no asumir las imposiciones que por años han existido en la literatura yucateca, un mensaje que transforma los hechos de la vida cotidiana en

figuras luminosas. Entre sus fundamentos estéticos están: contemporaneizar, alejarse de construcciones y recursos tradicionales y romper los límites entre los géneros artísticos y literarios. Cuando los menospreciaron tachándolos de jóvenes con poca formación, se abocaron a la tarea de generar un bagaje que los justificara.

Al principio el grupo estaba integrado por Luis Jorge May, Mariana Pacho, Daniel Medina, Román Sansores y Daniel Sibaja. Los últimos dos cuentan que se formaron robando libros de algunas bibliotecas institucionales, libros viejos que nadie tomaba en cuenta. Dicen que uno de sus principales referentes en la juventud fue Alfredo Tapia, un maestro del Cedart que les dio lecciones de literatura, así como el escritor Will Rodríguez. Tapia les enseñó cómo funciona la literatura fuera del estado, mientras que Will amplió el panorama de lecturas. Ambos fueron contrainfluencias de Jorge Lara, un maestro polémico con el que tuvieron malas experiencias. Sibaja dice sobre él: “Venía de la generación que cree que se debe enseñar el arte de manera cruel”.

Daniel Sibaja (1998), narrador

Tuve miedo la primera vez que dije: “mi oficio es la escritura”, pero luego lo adopté como un hecho y reflexioné sobre mi cercanía con el arte. Tras pensarlo, entendí de dónde vino esa ansia por leer y escribir: fue el trabajo de mi mamá, Nelda Guadalupe Tuz, quien fue maestra de preescolar en el estado. Ella trabajaba en los programas de promoción de la lengua maya y viajaba a poblados pequeños donde la gente no hablaba español. Eso me llena de orgullo.

Recuerdo un verano en que estuvimos sin luz, sin internet, sin celular, sin agua. Sólo teníamos libros para distraernos (porque ella tenía un descuento como maestra para comprarlos). Eso me acercó al programa de la SEP “Rincón de lectura”. Desde la carencia, pienso, convertí la lectura en un hábito.

La escuela me llevó a un concurso de declamación. Iba a los cibernets para bajar música pirata, y en esas idas leía poemas para declamar; uno de ellos fue el tercer canto de Altazor, de Vicente Huidobro. El poema me conmovió sin que supiera quién era Huidobro. En esos concursos avancé a nivel regional mientras seguía leyendo poesía.



Daniel Sibaja



Diego Olvera



Román Sansores



David Mayoral

Tuve libros de Borges, Sabines, Benedetti, de cada autor que me llamaba la atención. Algunos, debo admitir, los tomé prestados para quedarme con ellos. En un principio quise estudiar música, pero cuando me comentaron del programa del CEDART supe que la literatura, luego de ver a mi madre hospitalizada, sería un oficio ideal para mí.

Hasta la fecha recuerdo aquellas noches sin luz, cuando llovía, en las que mi mamá nos leía leyendas mayas para arrullarnos, o cuando traducía canciones de la iglesia al maya y nos las cantaba como canciones de cuna. Hice de ese gusto por la oralidad, por las leyendas y por la poesía un pasatiempo, y a partir de ahí me interesé por contar historias. La fuerza de la sonoridad maya me llevó a experimentar con el lenguaje. Y la pobreza, las carencias, las enfermedades y la separación de mis padres fueron las primeras historias que quise contar.

Ya más formado entendí que los autores pertenecen a un tiempo y a una forma de hacer arte. Marguerite Duras dice que lo que menos quiere es politizar su creación artística y literaria. Para ello, mi principio al escribir es seguir el lenguaje y la respiración como Italo Calvino o, como Georges Perec, jugar con las piezas para contar una historia. Juntándome con personas que comparten el mismo deseo de decir lo que es nuestro tiempo, encontramos otro significado de la literatura: una que está fuera de todo centro, que habla de lo que escuchamos en la música, de lo que vemos en las películas, de cómo pirateamos anime o un álbum de canciones.

Crecimos en una esperanza de la globalización que, en realidad, sólo es un símbolo para ver desde qué vías nos identificamos, pues consumimos historias de todas partes del mundo, y ese origen es lo que más me gusta explorar. Con libros en mente, día y noche, pensé: ¿cómo contar que veíamos anime en la televisión mexicana?, ¿cómo contar que la esperanza tecnológica siempre ha sido un fracaso? Actualmente estoy interesado en los instructivos, en cómo son creados con una inteligencia artificial y cómo se puede controlar todo por medio del lenguaje. A la larga, habrá una pregunta: ¿cómo equilibrar lo falso y lo real? ¿A través de qué recursos? El juego se acabará, entonces, hasta que mueva la pieza del tablero que me dé el final preciso de la partida contra la escritura.



Mariana Pacho



Edson Martínez

Diego Olvera (1997), músico

Los que realmente pueden denominarse creadores o están dedicados a *full* en esta carrera ven la creación como una necesidad, como su vida. Comencé a crear porque me voló la cabeza que exista música para cada contexto y situación, y que sea parte de la vida colectiva. Me impresionó cómo una melodía de lo más sencilla puede expresar algo fuerte, complejo. Eso fue lo que me impulsó a estudiar y a dedicar mi vida a esto. Se pueden decir muchas cosas a través de los sonidos, de los silencios. La música me ha ayudado como persona y creador.

Lo más importante del Centro es que antes de hablar de arte somos amigos. El Centro supone un núcleo de amistad importante en mi vida, podemos hablar de cualquier cosa, y eso, a nivel profesional, es una gran retroalimentación.

Román Sansores (1996), ensayista

Me empecé a interesar por el ensayo leyendo poesía. Concretamente, gracias a los pocos libros que tuve a mi alcance en la Biblioteca Manuel Cepeda Peraza y en la Biblioteca Central de la Universidad Autónoma de Yucatán. Eso fue en la preparatoria, en el CEDART, cuando quería dedicarme a la música, y me di cuenta de que la que enseñaban ahí no era en la que creía. Mi proceso fue raro. Me cambié de prepa y me aislé mucho. Fue una etapa de crisis. En ese contexto me enfoqué en investigar y leer todo lo que caía en mis manos. Cuando entré a la Facultad se me facilitaba escribir reflexiones en los ensayos finales. Me percaté de que me divertía y eso era una salida a mis preocupaciones.

De niño tuve interés por el arte, pero mis padres no tenían dinero para costear cursos. Era eso o comer. Ellos se esforzaron mucho. Las razones por las cuales escribo no las tengo claras. Recuerdo que mi abuelo solía leer la Biblia en voz alta. Él vivía en una casa antigua en Seyé. Se acostaba en una hamaca en la otra habitación y su voz abarcaba los demás espacios de la casa, retumbando, introduciéndose en mi pensamiento. Las historias bíblicas eran como la voz que salía al final de cada capítulo de Dragon Ball Z, una especie de promesa sayayín en la que cada escena sería más brutal que la anterior. Supongo que esas coincidencias pueden resumir la idea de que hubo una inclinación por la escritura en mi infancia.

Al final encontré mi casa en el ensayo. No quisiera abonar más al *shipeo* entre el ensayo y Montaigne. Pero sí, Montaigne es una de las razones que me han arrastrado hacia la escritura de este género. Y me refiero a la idea del ensayo en general, no la impuesta por los sistemas educativos y académicos. De hecho, quisiera apegarme a esa condición que Phillip Lopate sostiene como “amateur”. Hay temas que representan heridas en mí y se han vuelto obsesiones. Pienso que la poesía es el estado puro de la filosofía, y el ensayo es la intersección entre ambos monstruos. Mi lugar en ese choque es caminar de un lado a otro cargando mis traumas. Deseo que el ensayo aspire a algo más radical fuera de Montaigne y de su forma base. Algo así como lo que pretenden Eliot Weinberger o Margo Glantz.



El Centro de Experimentación es la excusa que tengo para trabajar con mis amigos. A veces se piensa que por la amistad no se pueden señalar las deficiencias en el oficio. Aquí no es el caso: hay apertura, un amor total y una total franqueza.

David Mayoral (1998), periodista, poeta

Me gusta crear porque no tengo que pensar tanto. Crear para mí es descansar de todo lo demás. Para mí el Centro de Experimentación, en este proceso creativo que es el descanso, significa poder vulnerarme al grado de decir: “Escribí esto, ¿quieren leerlo?”.

Edson Martínez (1998), poeta

Escribo para vivir la experiencia de un *deathmatch* enorme. Hay mucha gente que entra a concursos, a certámenes, a becas, entonces, cada propuesta individual es una propuesta como jugador. Al final de cuentas, la poesía es el juego mismo de la poesía. Somos jugadores buscando recompensas. Al principio escribes para expresar emociones, para sacar lo que tienes dentro, y llega un momento en el que te das cuenta de que no es el camino adecuado. Cuando comencé a leer en serio, a los 18 años, noté que estaba atrasado en muchos temas y que sólo escribía poesía con métrica. Y claro, las referencias literarias dependen del maestro que tengas. Así comencé a leer a los maestros de la métrica. Por entonces hacer un madrigal nos parecía algo innovador, muy cabrón, cuando en realidad es una apertura para la proyección del verso, según dice Charles Olson: cortar ciertas palabras para darle importancia a una sola. Es lo que yo entiendo como proyección.

Comencé a juntar la escritura con la diversión y noté que en muchos libros la gente no se divierte escribiendo, simplemente están sufriendo la partida como una sucesión de acontecimientos. La poética actual enaltece las mismas vivencias y las emociones desde hace dos siglos. Eso es lo que el juego premia. Las propuestas nuevas se castigan.

Admiro a los que se arriesgan, como Leónidas Lamborghini, quien se encarga de hacer deconstrucciones literarias, apropiaciones de textos. Eso me gusta: gente que entra dentro del código del juego y lo está cambiando por completo. Hay que contemplar las posibilidades que el código te puede dar; por eso, desde hace unos años, escribo para desmembrar el juego.

Mis abuelos son músicos troveros. Esos poemas son los que más le llegan a la gente, y yo, a los 11 años, empecé a replicar esas formas. Cuando entré a la universidad y me preguntaron por autores yucatecos sólo pude citar troveros. Luego me llovieron una tanda de citas de las que no tenía idea. Ahí conocí un mundo nuevo, aunque no tan distinto a lo que ya conocía. Sólo cambios de ritmo y métrica. Pasaron años, maduraron mis lecturas y reparé en que mucho de lo que lei de literatura yucateca no era lo que buscaba, sólo cambia el lenguaje y el ego de la gente.

Más que un grupo, el Centro de Experimentación se ha convertido en una familia. Gente con la cual he encontrado cobijo. Gente que no juzgó mi bagaje ni lo que creía sobre la poesía. Gente que me dijo: “Tienes potencial, has ganado premios. Puedes

ser un gran escritor, pero te estás yendo por una línea distinta”. Fueron una guía. Mi futuro es batallar contra una lírica, una poética dominante. Pero no espero premios. No busco reconocimiento.

Andrés Segovia (1999), poeta

Asistía al CEDART porque quería estudiar música. Estaba en el segundo año cuando me distancié por algunas actitudes de los maestros. Caí en una especie de depresión y empecé a escribir porque vi en una película que la mejor forma de superar algo es escribiendo. Y me dije: “bueno, ¿por qué no? Vamos a intentarlo”.

Después entré a un taller de poesía por recomendación de un amigo. Ahí leí mi primer libro: *Una temporada en el infierno* de Rimbaud. Me gustaban las imágenes, las cosas raras que aparecían, cómo las palabras podían crear conceptos increíbles. En el último semestre, cuando estaba en mi clase técnica de piano, estaba muy enfocado en escribir poemas y me había postulado para la beca de la Fundación para las Letras Mexicanas. Noté que le estaba dedicando más tiempo a la escritura que a la música.

Por entonces tenía que presentar un examen técnico de piano. Una maestra —que ya me había wachado porque llevaba más de un año fallando las piezas que debía entregar— me pidió una ejecución y, en ese momento, explotó. Me pidió repetirla tres veces y al final agarró la partitura, la arrugó, la destrozó y, rota, la puso sobre el atril del piano. Me dijo: “¿Esto es música para ti?” Y me reí. Y me dijo dos veces: “¿Esto es la música para ti?” Y seguí riendo sin saber cómo reaccionar.

Me dije: creo que voy a estudiar literatura. Entré a la licenciatura y posteriormente al taller del Centro de Experimentación cuando solamente éramos Sibaja, Medina, May y yo. Actualmente estoy terminando mi licenciatura y pronto entregaré mi tesis sobre Ulises Carrión. Mientras, pienso en nuevos proyectos de escritura, pero soy consciente de que nada de lo que he logrado se hubiera dado sin la ayuda del Centro. Me apoyaron para consolidar mi poesía, para consolidar mis ideas y mantenerme informado sobre otros escritores. El premio que gané en Punto de Partida tuvo mucha influencia de la obra de Yoko Ono y de los ensayos de John Cage.



Andrés Segovia



Michelle Arrébola



Daniel Medina



Carla Alonzo

El Centro se funda en la amistad: corregir, editar textos, compartir música, cosas que están *cherrys*, ¿no? Al acabar el taller nos quedamos a rapear, a escuchar música. Un grupo literario es como un imán porque siempre estamos al tanto de la otra persona. Estamos unidos.

Mariana Pacho (1997), artista plástica

Desde que tengo uso de razón el arte ha estado conmigo: la disciplina de dibujar, de observar, de analizar todo desde una óptica visual ha estado despierta en mí desde niña. Es una necesidad, algo básico en mi existencia. Siempre he sido visual. Sin el arte no sería yo.

Formé parte del Centro desde que eran pequeñas plásticas con Daniel acostados en la cama o caminando hacia nuestras casas. Él tenía la idea de hacer un grupo, un lugar donde los que compartimos pensamientos pudiéramos hacer cosas juntos. Para mí el Centro lo es todo, es mi familia, mi casita. El Centro es una oportunidad para darle un giro al arte yucateco, que está muy localizado, canonizado. Es una oportunidad de crecimiento dentro de Mérida. Tenemos nuestro propio perfil: nos entendemos primero como humanos, luego como artistas. Y no respetamos ninguna imposición.

Daniel Medina (1996), poeta

¿Por qué escribo? Muy simple. En la vida he sido bueno para dos cosas. La menos conocida: jugaba *The King of Fighters* a muy alto nivel. Gané torneos y me di cuenta de que tenía mucho talento, pero no tanto como para ser un profesional. Era lo único en mi vida que tenía sentido y la única cosa en la que había gente que me admiraba. Pero me preocupó que todos ya tenían idea de a qué preparatoria iban a ir. Yo no. Terminé en el CONALEP porque era lo más cercano a casa. Entonces era un desmadre, entré dos semanas a la prepa y luego me fui a dormir a un parque cercano. Estaban tan hartos de mí que me hicieron firmar mi baja aun siendo menor de edad. Pasé un año sin estudiar y me ganó la ansiedad porque ya no podía jugar maquinitas.

Al final entré al CEDART cuando apenas había salido una generación de literatura. Originalmente entré por la música: tenía una banda, tocaba el bajo y sabía cosas



Fernando Sierra

básicas, pero cuando descubrí qué es el solfeo, qué es la armonía, me dije: “no mames”. No sabía qué hacer.

Ahí conocí a Mariana (mi novia, quien me salvó la vida) y ella me instó a que no fuera tan desmadroso. Llegó el día de elegir especialidades: elegí Literatura por emergencia (nunca me había interesado) y Música como segunda opción (una excusa por si fracasaba). Cuando me aceptaron en Literatura ya había comenzado a escribir poemas. Eran poemas en verso libre porque no sabía ninguna formalidad. Una maestra me dijo: “Tienes talento, inténtalo”. Ese año me hice muy amigo de Román y de otro amigo —que se suicidó hace poco—, Gerardo.

Cuando entré al primer año en Literatura, me encontré sólo con seis alumnos más. Todos eran de los que sacaban diez y yo era el vato de siete. Nadie me hablaba, me veían como un apestado, pensaban que era un “metalero de mierda”. Y en ese contexto entra Jorge Lara, un poeta que había sido mi maestro de Ética y que no daba un peso por mí. Tras verme al fondo, se río y dijo: “¿Qué haces aquí? Tú no vas a poder con mi materia (Etimologías griegas)”. Su primera tarea fue aprender el abecedario. Lo hice y descubrí que tenía buena memoria. Desde entonces, saqué diez en todos los semestres de ese maestro.

Me volví uno de los alumnos favoritos de la escuela, con la mejor calificación. Entonces conocí a Juan Ramón Góngora, uno de los maestros que más quiero, un actor de Yucatán. Nos dio clases de Lengua francesa, uno de sus ejercicios fue copiar el estilo de un autor. Me dio a los simbolistas y ahí estaba Rimbaud, el “Kurt Cobain de los pobres”. Me tocó copiar *Una temporada en el infierno*. Hice el ejercicio, y como alguien que no esperaba nada de mí, se impresionó por el nivel de mi trabajo. Dijo: “Hay un concurso que tiene el nombre del maestro Lara, ¿por qué no entras?” Entré al premio Nacional de Poesía Jorge Lara (2014) y lo gané. Además, gané un concurso a nivel nacional de los CEDART.

En poco tiempo pasé de ser el vato al que le daba nervios ir a presentar un examen a ser el tipo con el que los demás querían estudiar. Ése fue uno de los primeros *shocks* de mi vida: volverme un teto. Estaba muy feliz por esa posición, ser inteligente y sentir que aportaba algo. En ese sentido no soy una persona de inseguridades: soy feliz con lo que hago y abrazo mis limitaciones.

Durante mucho tiempo me trataron mal por ser el más joven en ciertos espacios. Por ejemplo, hubo irregularidades en ese concurso que derivaron en la negación de apoyos por parte del gobierno, a través de Jorge Lara, para poder asistir a un congreso al que me había invitado Balam Rodrigo. Sin embargo, en algún punto me dije: “Balam Rodrigo (a quien veo como un maestro sin que él lo sepa) confía en mí. ¿Qué me importa lo que digan los demás?” Eso me dio ánimos para bajar a una de las cenas del congreso de Carruaje de Pájaros. Y ahí, estando solo, Balam me llamó y me invitó a sentarme con él, con su familia, con el círculo de escritores importantes. Una de las primeras cosas que me dijo fue: “No tienes que llevarte con nadie. Tú vienes a hacer lo que tienes que hacer”. Esa experiencia me hizo pensar en el Centro de Experimentación como un círculo que había que cerrar para que no pasaran ese tipo de cosas. Cuando regresé del congreso me buscó mucha gente, incluso me invitaron a la boda

de un escritor. Y recordé lo que me dijo Balam: "No tienes que llevarte con escritores por el simple hecho de escribir".

En el 2017 conocí a Luis Jorge May en la universidad. Me pasó sus poemas y lo ayudé a trabajar uno que ganó el Premio Nacional de Poesía Rosario Castellanos. A partir de eso May, Sibaja y yo comenzamos a juntarnos para corregir textos. A ese taller, con el fin de volverlo una plataforma para dar asesorías por cobro, le pusimos, al principio, Centro de Experimentación Literaria. Ahí llegó Andrés Segovia, nos gustó lo que hacía y lo incluimos. Nos dijimos: "Hagamos que esto crezca".

La decadencia entre los grupos, así como los espacios de publicación (como el Ayuntamiento, la Sedeculta), nos ha hecho perseguir espacios por fuera. Ni Yucatán, a nivel de Estado, ni la UADY, a nivel de escuela, me han dado algo para escribir. Lo he hecho yo solo gracias a mi esfuerzo, a mis amigos y a ciertos maestros, como Alfredo Tapia Sosa, cuya filosofía era que la literatura yucateca está estancada porque "les gusta el agua puerca".

Es el fenómeno de la representatividad: tenemos que ser muy yucatecos, tenemos que ser de la UADY. La media general se siente culpable si no ama abiertamente a la universidad o al estado, o si en su literatura no hay elementos del paisaje o del color local, porque no hablar del mar "no es yucateco". Eliminé esos elementos de mi poesía porque no quiero pertenecer a ese encasillamiento.

Sobre el futuro, queremos crecer el Centro como plataforma. Retomamos un proyecto de lecturas en voz viva, para las cuales tomamos como base un proyecto de la UNAM aunque cambiamos algunos detalles. Le pusimos "Biblioteca de sonidos". Nos parecía poco interesante tener la cara del autor mientras lee y decidimos que Mariana participe con collages.

También queremos usar otro tipo de elementos fuera de la textualidad para seguir haciendo literatura a un nivel interdisciplinario: instalaciones, audiovisuales, videojuegos, arte conceptual, música. No sorprendería que en algún momento publiquemos rap, algo que nos unificó. En términos generales, el Centro también es un respaldo para quienes lo integran: de ahí que promocionemos los talleres en línea.

Fuck tu grupo, nuestro slogan, viene de cuando a través del internet muchos grupos nos atacaron. Nosotros intentamos ser todo lo contrario; si ellos son el frente, nosotros somos la espalda. Vimos la frase en la sudadera de un traperero, Duki, y nos pareció hermoso, que nos representaba no sólo a nosotros, sino a cualquiera. Es un homenaje a lo bélicos que éramos antes, a lo dispuestos que estábamos a discutir con otros. Estamos orgullosos de los golpes que dimos, aunque ya no los volveríamos a dar. Ya no pueden competirnos en un *round*. 📍

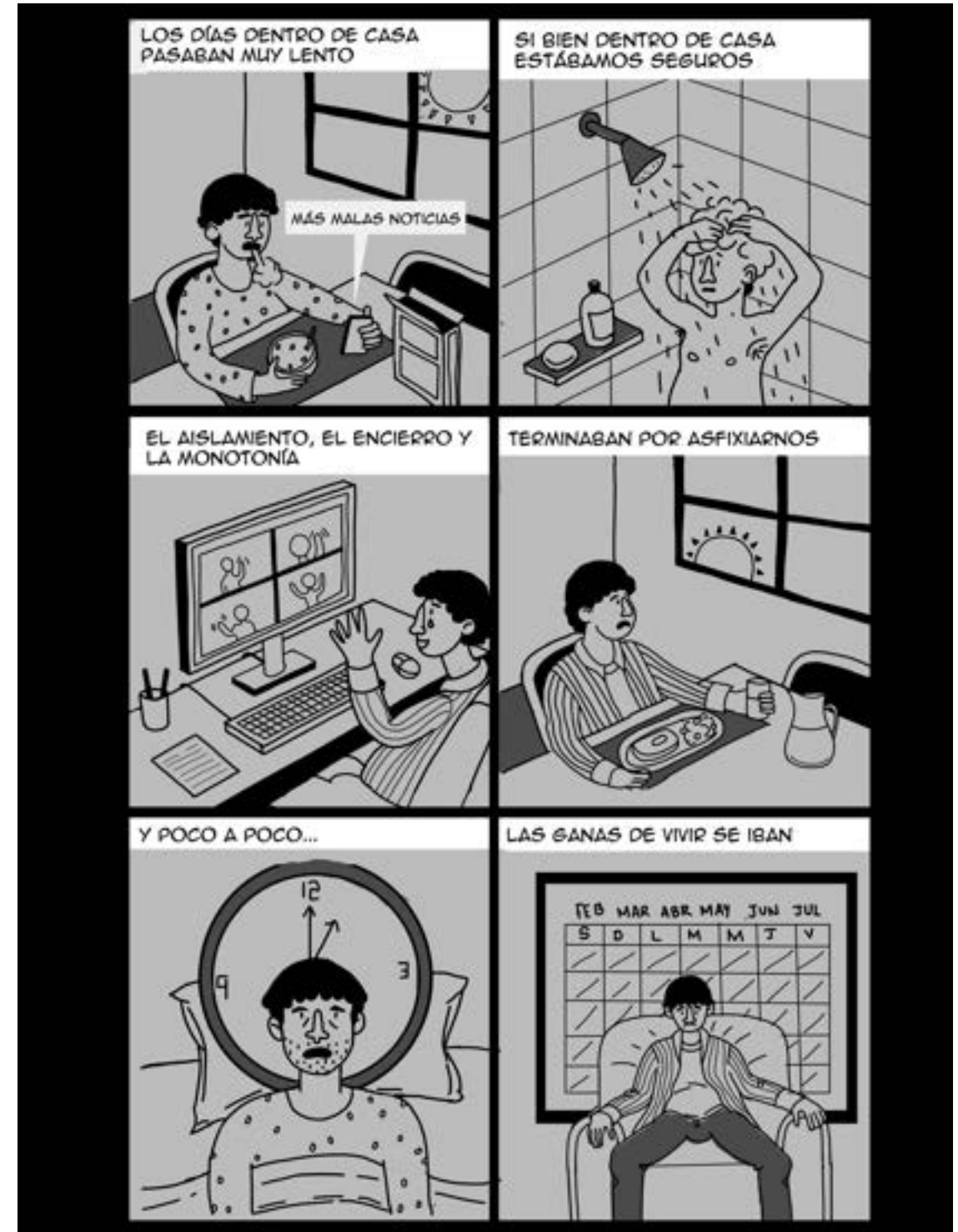
Para conocer más sobre el Centro de Experimentación visita:
<https://centroexperimentacion.wordpress.com>

TINTA SUELTA

"UN VIAJE POR LA PANDEMIA"

POR: DANIELA ROMAGNOLI







© Alexa Barbory



Alfonso Salas
(Ciudad de México, 1990). Maestro en Historia Internacional por el CIDE y licenciado en Historia por la UNAM. Colaboró en el proyecto editorial *Lado b* entre 2018 y 2020.

© Eduardo Macchetto



Alma Itzel Franco
(Ciudad de México, 1997). Estudió Letras Modernas Inglesas en la UNAM. Ha trabajado como mediadora de arte y como maestra de inglés.



Ámbar Lucila Michel de la Selva
(Ciudad de México, 1991). Filósofa y traductora del francés al español. Actualmente cursa un Diplomado en Estudios de Ciencia, Tecnología y Sociedad en la UNAM.



Sama Vagamontes
(Anáhuac, 1989). Estudió Comunicación para poder hablar con las montañas, en el idioma que sea. Sabe caminar y le gusta hacerlo. [@vagamontes](#)



Andrea Luna Mendoza
(Querétaro, 1993). Licenciada en Estudios Literarios por la UAQ. Ha publicado en diversas revistas digitales e impresas del país, su trabajo narrativo también se encuentra en *El Universal Querétaro* y en diversas antologías.

© Christian Daniel Hernández



Itzel Romi
(Guadalajara, 1995). Licenciada en Letras Hispánicas por la UdeG. Ha publicado en *Página Salmón*, *Larvaria*, *Letralia* y *Luvina*. Becaria del FONCA 2020-2021 en Novela y del PECDA Jalisco 2022-2023 en Cuento.

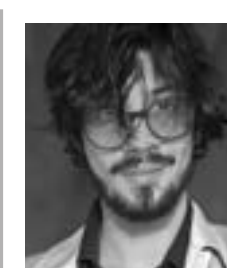
© Nicole Rivera Tejeda



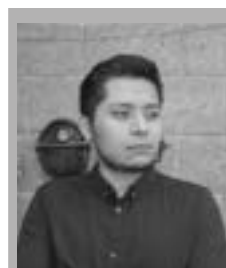
Chejo García
(Bogotá, 1988). Escritor de cuentos y crónicas, aunque sólo publique poesía. Sus textos aparecen en distintos medios. En sus ratos libres se dedica a la ingeniería.



Paloma Muy Kuay
(Cuernavaca, 1993). Estudia el doctorado en Pedagogía en la UNAM. Trabaja como docente de artes. Investiga las relaciones pedagógicas a partir de la comida, y su producción gira en torno a la narrativa gráfica y la memoria.



Carlos Ávila Villamar
(Holguín, 1995). Editor y escritor. Graduado de Letras por la Universidad de La Habana. Ha publicado en revistas como *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Literal Magazine*, *La Santa Crítica* y *Erial*. Actualmente estudia la maestría en Letras Modernas en la Ibero.



Armando Gutiérrez Victoria
(Ciudad de México, 1995). Cursa el doctorado en Literatura Hispánica en el COLMEX. Ha publicado en revistas académicas nacionales y extranjeras, y en *La Palabra* y *el Hombre*, *Campos de Plumas*, *Primera Página*, entre otras. Es director de *Irradiación. Revista de Literatura y Cultura*.

• COLABORADORES •



© Natalia Solís

Jorge Martínez (Torreón, 1994). Hispanista por la UNAM. Posnortño. Literaturas contemporáneas y de anticipación, escritura creativa y archivo, principalmente lector. Ha publicado en *Tierra Adentro*. Escribe en la aldea global desde el western y la distopía. [@lagunauta](#)



© Sergio D. Lara

Bernarda Rebolledo (Ciudad de México, 1993). Licenciada en Artes Plásticas por la UAEM y maestra en Historia del Arte por la Universidad de Barcelona. Ha colaborado en *Tierra Adentro* y *Voz de la Tribu*. Ilustró el cuento "Orimar Laugán" de Francisco Rebolledo.



Cindy Hatch (Zapopan, 1997). Obtuvo el PECCA 2020 y 2022 en Ensayo. Edita en *Poesía Mexa*. Ha publicado en *Luvina*, *Biblioteca de México*, *Punto de Partida*, *Letras Libres* y *Periódico de Poesía*. Es autora de *Citerón: crónica del grito de la liebre* (2022).



Gabriel Hernández Chávez (Reynosa, 1997). Obtuvo mención honorífica en poesía en los Certámenes de Literatura Joven UANL 2021 y 2022. Ha publicado poemas, cuentos y cartas en revistas, libros y blogs.



Eduardo Rodríguez Torres "Lucas Lucatero" (San Luis Potosí, 1987). Estudió la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Ha publicado en *Demencia*, revista electrónica de Colombia, y en *Palabrijes* de la UACM.



Rocío Saucedo Ceballos (Ciudad de México, 1982). Escritora, migrante y artista visual. Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM, Fotografía en la EAF y Fotoperiodismo en la UAB. Ha vivido en Centro América y en Europa ejerciendo múltiples oficios. Actualmente vive y escribe en Barcelona.



César Cañedo (El Fuerte, 1988). Poeta y profesor universitario. Doctor en Letras por la UNAM. Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes 2019 por *Sigo escondiéndome detrás de mis ojos*. Premio Nacional de Poesía Joven Francisco Cervantes Vidal 2017, por su poemario *Loca*.



Mateo Peraza Villamil (Mérida, 1995). Periodista y narrador. Ha publicado en *Punto en Línea*, *Por Esto!*, *Tierra Adentro*, *Juventudes Iberoamericanas*, *Efecto Antabus* y *Crónicas de Asfalto*. Fue seleccionado para el taller "Periodismo de investigación" impartido por Daniela Rea y auspiciado por la FLM y la Casa-Estudio Cien años de soledad.



Fabián Espejel (Ciudad de México, 1995). Poeta y traductor. Fue becario de la FLM y del FONCA. Colaborador de varias revistas y suplementos mexicanos y latinoamericanos, así como de antologías poéticas y de ensayo. Traduce poesía en *Letras Libres*. Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes 2023 por *Antártida*.

• COLABORADORES •



Yola Reyes (Ciudad de México, 1987). Estudia Arte y Comunicación Digitales en la UAM Lerma. Ha participado en publicaciones de la UNAM, UAM, JAPEM, CICEM y el Ayuntamiento de Metepec. Colabora con Aleph Multimedia y es parte del colectivo #UnoMás. [@yoladaisuke](#) Yola Reyes - Fotografía



David Robles (Ciudad de México, 1991). Artista no disciplinario con estudios en la Universidad del País Vasco, la Universidad de Vigo y la Universidad de Kingston. Ha presentado su obra en Pontevedra, Londres, Karlsruhe y la Ciudad de México.



Diego Tapia (Tepotztlán, 1993). Fotógrafo autodidacta enfocado en la danza, la fotografía documental y antropológica. Estudió Letras Modernas Italianas en la FFYL, UNAM. Actualmente cursa la maestría en Estudios de Arte y Literatura en la UAEM. [@diego.tapia.foto](#)



• COLABORADORES •



Tamara Vega
(Ciudad de México, 1997).
Arquitecta por la UNAM,
donde estudia el
posgrado en la misma
área. Fue ganadora de la
Segunda Bienal de Artes
y Diseño UNAM 2020
Pedir lo imposible y
finalista del Premio Félix
Candela 2021.

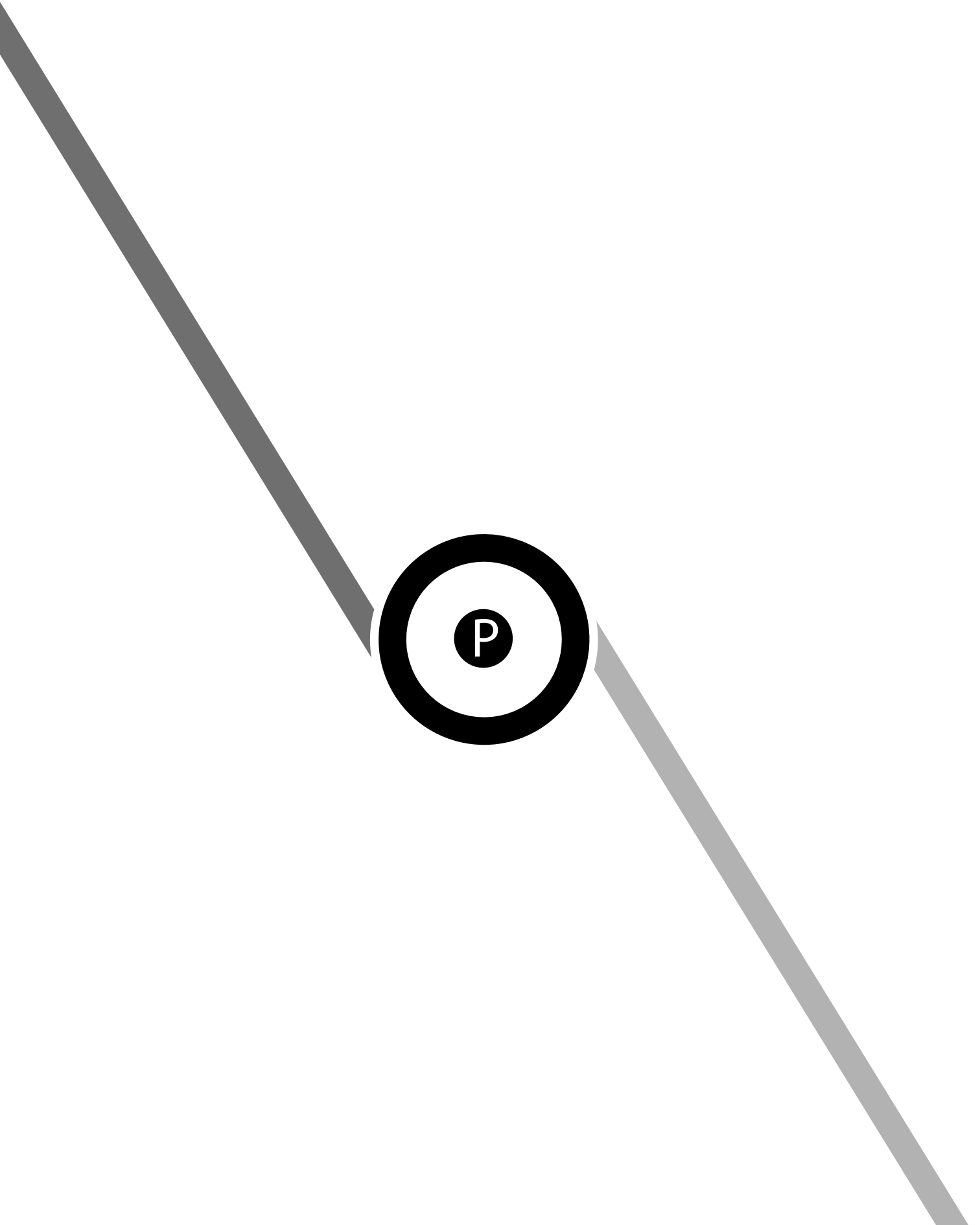


○ TINTA SUELTA



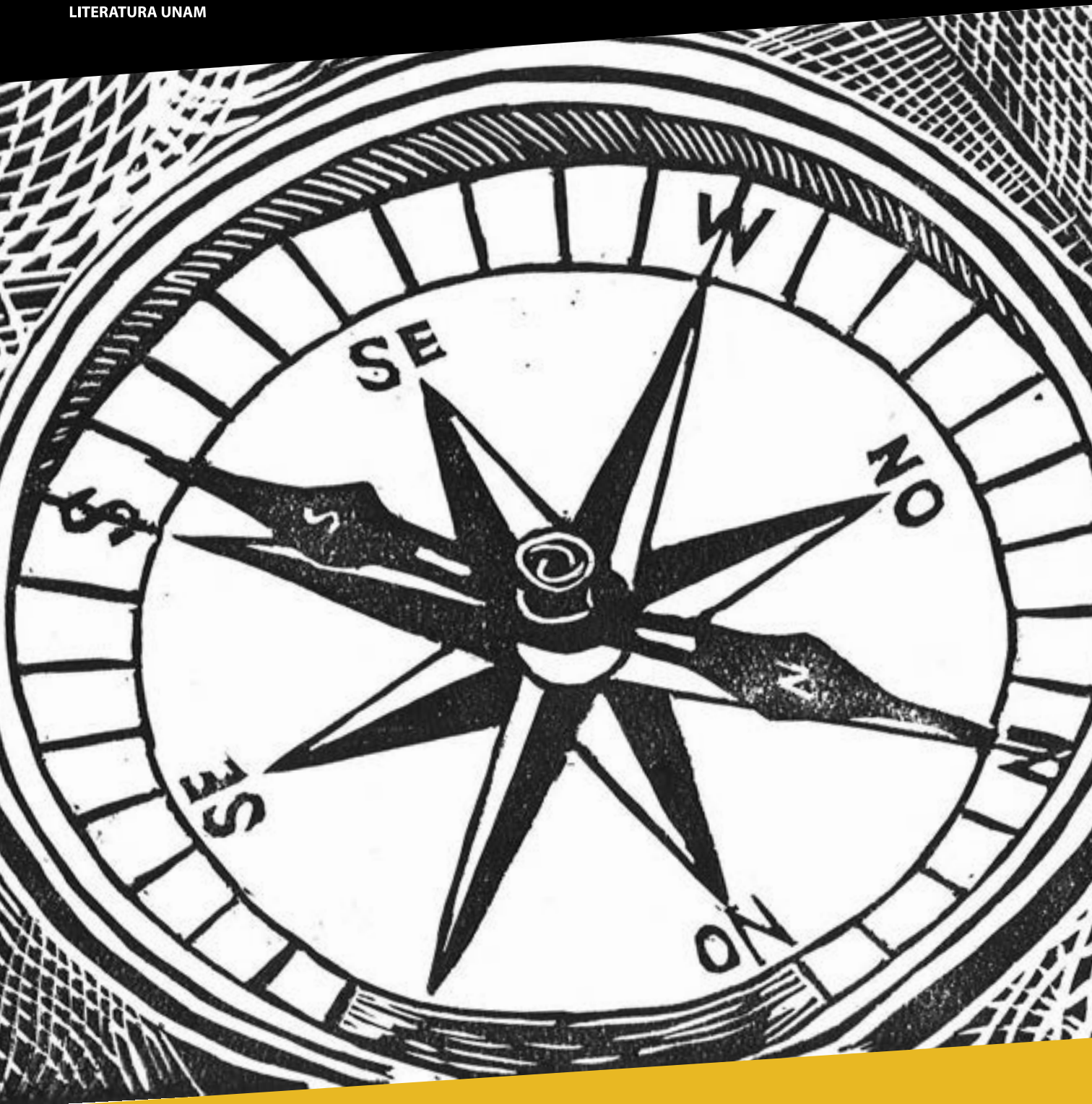
Daniela Romagnoli
(Ciudad de México, 1998).
Pedagoga e ilustradora.










LITERATURA UNAM



 @Puntodepartidaunam
 @P_departidaunam
 @puntodepartida_unam

www.puntodepartida.unam.mx